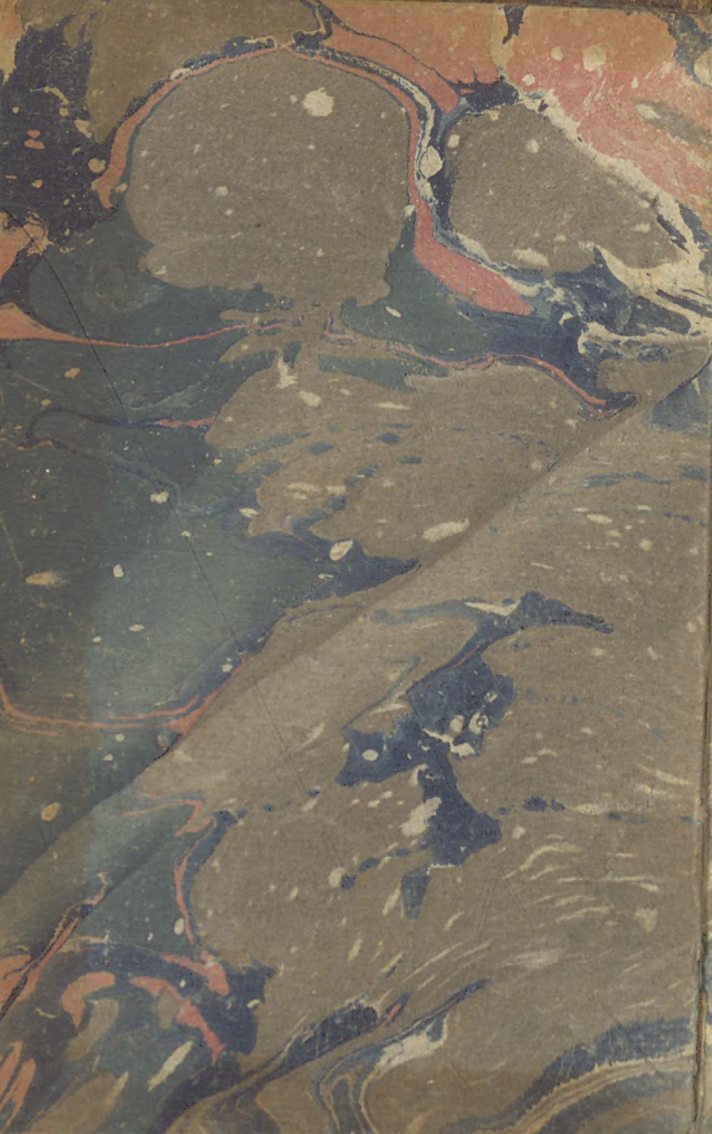
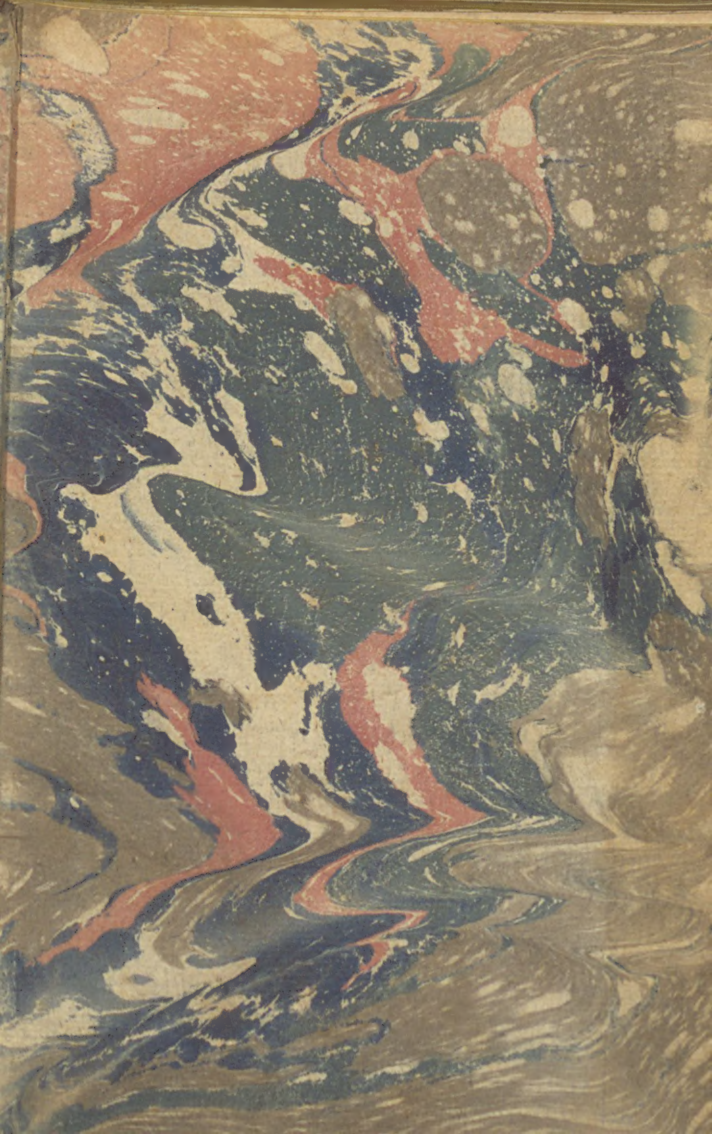






GALERIA FUNEBRE

DE ESPECTROS

Y SOMBRAS ENSANGRENTADAS.

TOMO XI.

GALERIA FUNEBRE

DE HISTORIAS TRÁGICAS,

Espectros y Sombras ensangrentadas.

SU AUTOR

D. Agustin Perez Zaragoza Godinez

dedicada

Á LA AUGUSTA REAL PERSONA DE S. M.

DOÑA MARIA CRISTINA DE BORBON,

Reina de las Españas,

bajo la Real proteccion del REY N. S. (Q. D. G.)

TOMO XI.

MADRID: Noviembre, 1831.
Imprenta de D. J. PALACIOS, *calle del Factor.*


BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
SEVILLA



Dejadme marchar, ó temed todos mi furor y desesperacion.

CAPITULO VIII.

Un mes se habia pasado de esta manera, cuando recibí de parte de mi padre una órden para ir á su casa. Al pronto me admiró este recado, cuando no esperaba semejante atencion; pero me serené cuando despues de haberme encarecido lo que habia hecho por mí, y los votos que formaba por mis adelantamientos, me dijo: «Que mi tio habia hecho eleccion, en mi nombre, de una muger tal

como la podia desear. Yo permanecí mudo al oir esta declaracion; y tomando mi silencio por un consentimiento y conformidad de mi parte, añadió: que estaba encantado de gozo al verme dispuesto á condescender con su voluntad.

— ¡Cómo, dispuesto á condescender! no, no haré tal por todas las riquezas del universo.

— ¿Qué quiere decir eso? me replicó lanzándome una mirada furiosa: yo creo no querrás sin duda esponerte á perder la gracia de tu tio, despreciando la honrosa alianza que te prepara: pero debes saber, que si te propones desobedecerme, puedo reducirte á la mas horrorosa miseria.

— Siempre tendré, respondí, lo

bastante para sustraerme á los rigores de la indigencia; pero de todas maneras considero, que la tranquilidad del alma es preferible á los honores y á las riquezas.

— El diablo se lleve, esclamó él, al viejo tonto que te ha llenado la cabeza de semejantes quimeras. ¿Qué harás con doscientas libras esterlinas al año? ¿Y quién no se burlará de tu estupidez?

— ¿Qué me importa? repliqué yo. Sin la muger que yo amo, el palacio de Creso fuera pará mí una prision.

— Te comprendo, y una de las hijas de ese miserable hipócrita es la que te ha trastornado asi la cabeza; pero yo te prometo que se-

rá castigado, y volverá al polvo de donde ha salido.»

Estuvimos disputando mucho tiempo sobre este punto: yo le confesé que Elisa habia cautivado mi corazon; pero le dije al mismo tiempo, que su padre me habia prohibido entrar en su casa, y habia hecho todos sus esfuerzos por separarme de su hija. Trató todas mis seguridades de fábulas, y acabó diciéndome: te doi tres dias para decidirte á obedecerme; y si te resistieses, verás mui pronto á Hanson amarrado á un palo mastelero de cuarenta pies de altura, y á su muger y sus hijas sufrir la suerte de Simpson.

— No, esclamé yo, despues de haber tenido la paciencia de oir

aun otras imprecaciones: jamas tendré otra esposa que Elisa, ó vuestra estirpe quedará estinguida. Yo abrí la puerta despues de haber pronunciado estas palabras, y ya iba á escaparme cuando llamó á sus criados para detenerme. Uno de ellos se avanzó para agarrarme, y de un solo golpe le derribé por tierra: ya estaba para hacer lo mismo con el segundo, cuando mi padre, queriendo detener mi brazo, recibió el golpe: al momento me serené, mi cólera habia pasado, y aunque yo no le hubiese hecho mal, me quedé confuso de haber puesto la mano sobre el autor de mis dias: me dejé entonces conducir á una pieza alta; y creo que si hubiese aprovechado

el momento, hubiera yo consentido en todo cuanto se hubiese exigido de mí.

Habiendo empezado despues poco á poco á reflexionar, juzgué que no me habian encerrado sino para alejarme de Hanson hasta que hubiesen hecho desaparecer á él y á toda su familia; y en su consecuencia, me resolví á aventurarlo todo por escaparme, huir á Escocia con Elisa, y á no volver á estar bajo el dominio de mi padre ni de mi tio.

Esperé con impaciencia el momento en que la calma de la noche me advirtiese que nada tenia que temer de los habitantes de la casa, y entonces traté de ejecutar mi proyecto. Faltándome las herramientas necesarias, tuve preci-

sion de emplear fuerzas y precauciones indecibles para forzar sin ruido muchas puertas cerradas con todo cuidado; ya lo habia logrado y me creia en libertad, cuando me sentí asido por un brazo vigoroso, contra el que forcejeaba inútilmente: sordo á mis súplicas y á mis promesas, y persuadido, como mi padre lo habia dado á entender á sus criados, de que yo habia perdido el juicio, llamó en su ayuda el que me detenia, y bien pronto todas las personas de la casa acudieron con mi padre á la cabeza. Se compadeció de la pretendida enfermedad de que decia estar yo afectado, respondió con una fingida dulzura á las espresiones que la cólera me arrancó, y

me hizo conducir á otro cuarto, donde habia menos que temer que yo me escapase.

Al dia siguiente vino á verme. «Ola, amiguito, me dice, tú crees poder jugar conmigo; pero estás vigilado de manera, que serán inútiles todos tus esfuerzos: permanecerás preso toda tu vida si no te resuelves á casarte con la que te he propuesto por esposa. A mas de esto te advierto, que toda la familia de los Hansones se halla ya dispersada, y no dudo, que despues de maduras reflexiones, y no teniendo á tu lado á estos seductores, convendrás bien pronto en que una fortuna considerable es preferible á la miseria.

Nada respondí á este apóstrofe

insultante, y no traté de otra cosa sino de discurrir el medio de dar la paz y la libertad á una familia virtuosa, aunque tuviese que sacrificar al intento mi vida. Al momento que estuve solo, examiné mi cuarto con cuidado, para saber si me quedaba algun medio de salvarme, y no perdí las esperanzas de lograrlo: no se trataba sino de dejarme resbalar, á beneficio de las sábanas, pañuelos y otros paños anudados, hasta un canalon, y despues bajar lo mismo un conducto de plomo hasta el jardin, de donde me seria fácil salir escalando la pared: esperé para tentar esta empresa que los criados me hubiesen llevado la cena, lo que hicieron con muchas precaucio-

nes; persuadidos de que yo estaba loco, y loco peligroso.

Despues de haber tomado algun alimento, ejecuté mui felizmente mi proyecto. Hacia una luna hermosa, cuya claridad me contrariaba: en el temor que tenia de ser perseguido, y habiendo llegado sin ningun accidente hasta un trozo de bosque mui espeso, me oculté en él para esperar que volviese la noche. Luego que creí poderlo hacer con seguridad, me puse en camino para la ciudad inmediata con la intencion de implorar la proteccion del magistrado; pero apenas entré fuí agarrado por dos herreros, que gritando decian: «Este es nuestro hombre: las cinco guineas son para nosotros.

— Os han prometido, les dije, cinco guineas por prenderme, haciéndoos creer que estoi loco; pero sabed que gozo de toda razon, y os daré diez porque me dejeis marchar.» Ya estaban resueltos á ceder, cuando uno de ellos hizo la reflexion de que se esponian á sufrir la cólera de mi padre. Esta conversacion entretuvo algun tiempo, y dieron lugar á que se reuniesen muchas personas: los esfuerzos que hice entonces por escaparme, confirmaron la idea de que yo habia perdido el juicio, y todos creyeron hacerme un favor en conducirme á casa de mi padre: este me hizo atar de pies y manos, y en este estado me condujeron al dia siguiente á una

casa particular, destinada para los locos, cuyo custodio ó director era el hombre mas malvado que jamas formara la naturaleza.

La casa estaba dispuesta y guardada de manera que no me dejaba ninguna esperanza de salud: la pérdida de mi libertad me parecia un suplicio insoportable; pero cuando pensaba en mi Elisa, en sus padres, en los males que sin duda sufririan, y en que yo era la inocente causa, saltaba de cólera, rechinaban mis dientes, y me lanzaba contra las rejas y cerrojos de mi prision como el pájaro nuevamente cogido contra los lazos que le retienen.

Muchas veces concebí el pro-

yecto de poner fin á mi existencia; pero la idea de Elisa me hacia tener apego á la vida, y me parecia que mi padre relajaria de su severidad, ó que su muerte al menos me daria un dia la libertad de que tan injustamente me privaba: yo acariciaba y amenazaba alternativamente á mi custodio, y nunca me respondia sino con injurias, y tuve lugar de presumir que habria una fuerte recompensa para vigilarme tan exactamente.

Estuve un dia dispuesto á escaparme: el custodio habia subido solo á mi cuarto para llevarme la comida; me arrojé á él, le tiré al suelo, hice pedazos cuanto hallé al paso, y el deseo de recobrar mi libertad, la esperanza de

lograrla, me habian dado tal furor, que todo el mundo huia al acercarme: me habia armado de una barra de hierro que habia hallado en el camino, y amenazaba al primero que se me acercase; pero me faltaba forzar una reja, y esta empresa era superior á mis fuerzas, por lo que en vano traté de escalarla. El custodio, que solo se habia atontecido con el golpe que yo le habia dado, se habia levantado y venia en mi persecucion: estaba dispuesto á tratarle con menos consideracion que á los otros; pero un hombre á quien yo no habia visto, me lanzó una cuerda larga, en la que me enredó las piernas, caí en tierra, y tuve que sucumbir al número que cargó so-

bre mí; me volvieron á conducir á mi cuarto, y fui abandonado de nuevo á las mas negras reflexiones.

En tan horrorosa situacion, mi pensamiento se ocupaba únicamente de Elisa; la ofrecia mis tormentos en expiacion de los que ella sufria por mí: yo la dirigia ya un eterno á Dios; habia tomado la resolucion de morir; no podia hacer uso de mis manos para poner fin á mi existencia, pues me las habian atado á las espaldas; no me quedaba mas que un medio, cual era el de dar con la cabeza contra la pared, y le puse en ejecucion; pero solo logré atontecerme y derramar mucha sangre, lo que asustó tanto á mi custodio, que creyó debia dar cuenta de este aconteci-

miento á mi padre: me desataron las manos, me pusieron en una cama, y le enviaron á buscar.

Yo habia recobrado ya mis sentidos cuando llegó: me lanzó una mirada severa al entrar en mi cuarto, y me dijo: «Espero que al fin sucumbirás, y que reconocerás la inutilidad de resistirte á mi voluntad.

— Señor, le respondí, aunque haya perdido la mitad de mis fuerzas por recobrar mi libertad, no lucharé menos contra la tiranía hasta mi último suspiro: tambien tiene sus límites la obediencia que un hijo debe á su padre. ¿No os he sacrificado todas mis ideas desde que he sido capaz de tener una voluntad? Por ejecutar vuestras ór-

denes, ¿no he respetado á mi tio como un padre? ¿os he resistido jamas sino es en esta ocasion, de la que depende la felicidad de mi vida? Vos, Señor, me atormentais, me arrancareis la existencia, pero no me hareis variar.

—¿Cómo que no? esclamó pateando. He obligado á la obediencia á unos seres sobre quienes tenia menos poder que sobre ti, y no pienso desistir en mi resolucion por prestarme á las estravagancias de un atolondrado: no atentaré á tus dias; pero si me obligas.... mi venganza será terrible.»

Yo me sonreí á estas amenazas, y me desdeñé de responder: salió del cuarto encargando se me custodiase con el mayor cuidado;

y que si era necesario, se me encadenase para responder de mi persona.

Yo habia recobrado un poco de espiritu; la esperanza es para los desgraciados; un momento la vi renacer en mi alma: una tentativa en que se ha malogrado el suceso una vez, puede lograrse en otra ocasion; y el deseo que yo habia concebido de poner un pronto fin á mis sufrimientos, se habia disminuido considerando que podia dar á Elisa mi pequeña propiedad y mi renta, al paso que si yo moria sin haber hecho testamento, este aumento de fortuna no haria mas que dar mas poder á mi padre para hacer mal.

No reinaba la mayor limpieza

en la casa que yo habitaba, y habian dejado en un rincon de mi cuarto virutas y otras porquerías los carpinteros que allí habian trabajado antes que yo entrase. Removiendo un dia estas virutas, hallé unas tijeras que habian dejado cubiertas, sin duda por olvido: una mina de diamantes no me hubiera parecido mas preciosa, y las escondí cuidadosamente en mi cama. Luego que me creí suficientemente restablecido de mis heridas, me trasladaron á otra pieza situada en el centro de la casa, que llamaban calabozo: no habia ventana, y la poca luz que penetraba en la pieza, entraba por el techo: allí me ataron una pierna á un madero que salia de la pared

con una cadena de hierro que no tenia mas que cinco pies de larga; suplicio insoportable, pero al que era preciso resignarse.

Yo habia tenido la fortuna de salvar mis tijeras, y luego que pude empecé á sondear las paredes de mi prision, hasta que reconocí con la mayor satisfaccion que habia un tabique construido solamente de mortero; pero no fuí mas feliz esta vez que la primera, á pesar de haber logrado romper mi cadena, abrirme paso por muchas paredes é introducirme en el patio: las tapias eran tan elevadas, que me fue imposible salvarlas; y habiéndose visto las aberturas que yo habia hecho en ellas, les fue fácil á mis Argos descubrir la cueva

donde me habia escondido y apoderarse de nuevo de mi persona. No resultó para mí de esta tentativa sino la pena de verme en otro cuarto peor y de ser mas estrechamente atado y vigilado que nunca.

Mi tercera tentativa en fin fue coronada del suceso; ¡pero qué de penas y paciencia no tuve que emplear para lograrlo! Yo sabia que el agua, el mas suave de todos los fluidos, constantemente empleado en un mismo parage, acaba por destruir los cuerpos mas sólidos, y de este medio fue del que me serví para minar poco á poco mis cadenas. Ya habia logrado librarme de ellas, y me las cargaba en el momento en que tenian costumbre de hacer la visita. Para alejar

las sospechas de mis guardias y tenerlos en la mayor seguridad sobre mí, fingí sucumbir á tantos y tan dilatados sufrimientos, y por el ruido que hacia en mi cuarto y las estravagancias de que los hacia testigos, llegué á persuadirles que realmente habia perdido el juicio: tantos esfuerzos sin embargo no me hubieran sido de ninguna utilidad, si la casualidad no me hubiese favorecido mejor que yo podia esperar. Una tempestad horrorosa de tal manera habia estropeado el edificio, que habian tenido precision de llamar obreros para repararle y apuntalarle. Solo el ruido que hacian me habia enterado de todo esto, y esperaba, si podia llegar á ponerme sobre el

tejado, que las andamiadas me servirian para bajar: no tenia otra salida que la de la chimenea; estaba cerrada por dos barras de hierro que no permitian á un hombre franquearla, y mis fuerzas no eran suficientes á romperlas. Habiendo perdido mis tijeras, y no teniendo otro instrumento que un clavo viejo y los clavillos de mis hebillas, con este débil socorro emprendí el pensamiento de destruir los ladrillos que sostenian las barras, y al fin lo logré aunque con mucho trabajo.

Era necesaria la mas profunda oscuridad para escapar sin el riesgo de ser visto. Yo elegí una noche de las mas sombrías; y la casualidad me favoreció tanto, que el

tiempo cargado de espesas nubes, no permitia distinguir los objetos á la mas corta distancia: inundado por torrentes de lluvia y atontecido por el horroroso silvido de los vientos, me lancé por el cañon de la chimenea hasta salir al tejado, me dejé resbalar con precaucion agarrándome bien para poder resistir al furor de los vientos hasta llegar á ver mis pies puestos con seguridad sobre un andamio; pero la oscuridad me impedia ver el sitio por donde podria bajar: un relámpago de los mas fuertes vino á mi socorro y alumbró bastante tiempo para poder distinguir un pie derecho que bajaba hasta el jardin, y graduar la altura que tenia que descender;

corrí al momento á este lado, y casi al mismo tiempo me vi en el suelo lleno de alegría: ya no me faltaba mas que una tapia que saltar, y esto lo logré fácilmente.

Pero me quedaba aun mucho que hacer: mis guardias no podian menos de advertir pronto mi fuga, y era preciso estar lejos de aquella maldita tierra cuando fuese de dia. Miré al rededor de mí para resolver por qué lado dirigiria yo mis pasos: deseaba visitar la cabaña de Hanson, y un movimiento involuntario me llevaba á este lado; pero reflexionando bien pronto que esta desgraciada familia habia cesado ya hacia mucho tiempo de cuidarla, y que esto seria esponerme al peli-

gro de ser preso otra vez, desistí de este pensamiento y tomé el camino enteramente contrario.

Estuve marchando muchas horas sin parar á paso precipitado con toda la presteza que podian permitírmelo mi larga prision y el peso enorme de mis vestidos empapados de agua. Un zarzal, el menor ruido me atemorizaba y alarmaba: me creia en el peligro de ser detenido por mis perseguidores.

Continuaba siempre lloviendo, y duraba aun la lluvia cuando empezaba ya anunciarse el dia: yo temia á todos los hombres, y no me atrevia á presentarme de dia en campo raso, ni me parecia ofrecerme un asilo seguro ninguna ca-

sa. Un monte rodeado por un rio y lleno de rocas y de precipicios, me pareció el parage mas á propósito para sustraerme á las miradas de todos y para estar seguro hasta la entrada de la noche; allí busqué un abrigo, y despues de haber cogido algunas frutas silvestres que hallé en abundancia, me senté en medio de una espesura de cambrones y zarzas, para reparar con este alimento agreste mis débiles fuerzas: yo no he esperimentado jamas en toda mi vida satisfaccion mas dulce que en este instante; gozaba el bien de la libertad, cuyo valor aun no habia yo jamas conocido; podia ya estender mis miembros casi helados por el frio de la noche y por la hume-

dad. «Ahora, tirano cruel, esclamé yo, estoi libre de tu poder; he triunfado de tu maldad.» Apenas pensaba en mi Elisa por considerar la consternacion que se apoderaria de mis guardias cuando supiesen mi fuga.

El cielo se habia despejado; ya el sol brillaba sobre mi cabeza, y me habia aprovechado de sus beneficios para secar mi vestido: no me atrevia á salir del escondidijo ínterin el tiempo no estuviese bastante sombrío para ponerme en camino sin riesgo de ser descubierto: mi madre tenia un hermano que residia á cuatro millas de allí: siempre habia existido entre mi padre y él la antipatía mas terrible que se puede imaginar, y su

casa me pareció por este motivo el asilo mas seguro que yo podia escoger.

Apenas habia andado algunos pasos en el monte para hallar una salida, cuando oí las voces de dos hombres que hablaban á poca distancia. «Sí, él es, decia uno de ellos, yo le he visto entrar aquí, y he acechado todo el dia para ver si salia: yo respondo de él con mi cabeza, y nuestras son ya las cien guineas.» Se acercaban ya á mí, y me subí al momento á la copa de un árbol, por cuyo pie pasaron sin descubrirme; pero como les oí toda la noche por el monte en todas direcciones, no me atreví á salir de mi sitio, y permanecí quieto aun en aquella elevacion: volvie-

ron á pasar á cierta distancia que me permitia oir su conversacion.

«Es el mismo diablo, decia uno; y si le hallamos es preciso tomar mil precauciones para acercarnos.

— ¿Quién duda eso? respondió su compañero. Todo el pais sabe lo que hace; y á pesar de las cien guineas prometidas de recompensa, pocos hombres se atreverán á cogerle.» Su conversacion fue mui larga, y toda se redujo á referir mis grandes hazañas con la exageracion que todas las cosas se cuentan: me atribuian acciones que eran prodigiosas, y todo se dirigia á decir que mi nombre habia infundido ya el terror en el pais. Al momento recuperé nuevo valor, y

aprovechándome del momento en que estos hombres se habian alejado para volver á reconocer el monte, bajé suavemente del árbol, me armé de un palo grueso, y salí felizmente de aquel sitio: ya empezaba á amanecer cuando puse mis pies en el camino real. El desórden de mis vestidos no podia menos de descubrirme habiéndose enviàdo mis señas á toda aquella comarca; por consecuencia creí debia arrojarme á todo, y vender cara mi libertad si alguno se atrevia á atentar á ella, justificando mi determinacion, para asegurar mi felicidad, la opinion que se tenia ya de mi persona. Marchaba á paso redoblado con mi fuerte palo, tan pronto sobre el

hombro, tan pronto remando con él en la mano: me habia armado de un mirar feroz, y viendo en efecto muchos paisanos que se retiraban del camino cuando me veian á cierta distancia, se aumentó mas aun mi atrevimiento.

Llegué á un pueblecito del tránsito, y animado de mis primeros sucesos, me resolví á entrar: me presenté en el patio de la casa de postas, donde vi una silla dispuesta á partir: todo el mundo, con el terror pintado en sus ojos, se habia alejado de mí; me metí en la silla, mandé acercar al postillon, y con un tono de voz imperioso le di órden de conducirme á Helton-hall, pueblo de la residencia de mi tio.

Habiéndole hablado al oido el maestro de postas, sospeché que le mandaba conducirme á casa de mi padre; y no me habia engañado, porque al momento tomó el camino: yo le dejé salir del pueblo, y despues de afirmarme de que nadie nos seguia, le grité para que se detuviese, si no queria que yo hiciese pedazos á él, al carruage y á los caballos. El pobre hombre, todo temblando, no me respondió, y atravesando tierras tomó la direccion que yo le mandaba, y me condujo en fin á Helton-hall.

Era de noche cuando llegué á la casa de mi tio: el portero abrió la puerta; pero al momento que me vió, la cerró, jurando que no dejaria entrar en la casa á un loco

que podia asesinarlos á todos. «Ya veis, dije al postillon, que me es imposible pagaros en el momento; pero volved mañana y sereis satisfecho.» El buen hombre, mui satisfecho de verse á tan poca costa libre de las garras de un loco, volvió á montar y desapareció al momento.

Yo estaba singularmente admirado de este recibimiento de mi tio, y no podia atribuirlo sino al crédito que daba sin duda al ruido esparcido sobre mi supuesta demencia. Me senté sobre los escalones de la puerta, persuadido de que no tardarian en venir á ver lo que habia sido de mí. Cinco minutos despues su hijo Eduardo, que venia de caza, se presentó: se

estremeció al verme, y no sabia si seguir ó volverse atras. Yo le tendí mi mano, diciéndole: supongo, mi querido amigo, que vos no dareis crédito á las fábulas inventadas por los mas execrables motivos: yo deseo hablar á mi tio: lo que tengo que decirle os convencerá á los dos de que gozo de toda mi razon, á pesar de lo mucho que han hecho para hacérmela perder.

Me miró un momento, y no viendo en mí ninguna señal de demencia, me condujo al cuarto de su padre: el buen viejo tuvo dificultad en creerme, hasta que me oyó razonar sin alteracion ni señal alguna de las que tiene un demente: todo cuanto le referí esta-

ba bien lejos de la idea que se habia formado de un padre, y era bien contrario á lo que él podia esperar de la reputacion de generosidad que Teodorico habia usurpado; pero la historia de los Simpsones, de la que oia hablar por la primera vez, le persuadió de la verdad de mi narracion, y me valió su confianza y su seguro apoyo.

Apenas me habia visto desembarazado de mis temores, cuando mi pensamiento se ocupó esclusivamente de Elisa y de su interesante familia. No sabia como informarme de su suerte, y no pensaba ya sino en los medios de obtener la anuencia del padre y la mano de la que tanto adoraba.

Aun tenia que tomar muchas

precauciones ; pues no debia esponerme á caer otra vez bajo el yugo tiránico de mi padre; y por consecuencia, propuse á mi tio que me comprase mis tierras, y enviase conmigo para reconocerlas á su hijo, su mayordomo y dos criados. Esta propiedad habia pertenecido á sus padres, y se vanagloriaba de verla otra vez en poder de su familia : al momento se hizo el convenio, y algunos dias despues marchamos todos bien armados por el temor de alguna nueva tentativa sobre mi libertad.

Llegamos al pueblo casi al anochecer: el fondista me felicitó sobre el restablecimiento de mi salud; y despues de comer, acompañado de mi primo, me aventu-

ré á dar un paseo hasta la casa de Mr. Hanson. No me es posible espresaros el dolor que yo esperimenté apenas llegué. En vez de una bonita casa, de un jardin bien plantado, bien cultivado, no hallé mas que ruinas y un terreno triste y árido, en cuyo través se habian formado muchos senderos. Este espectáculo me arrancó un suspiro de lo mas profundo de mi corazon; y echando mi rostro contra aquella tierra, esclamé impelido del dolor: «¡Oh, venganza, venganza! ¡hé aquí lo que tú puedes! ¡tu mano ha cargado todo su peso sobre la cabeza de la inocencia! ¡Elisa, Elisa!!! ¿dónde estás?»

Eduardo derramó sus lágrimas

conmigo: yo le habia hecho confianza de mis secretos, y aunque no aprobaba mi eleccion, porque pensaba como otros muchos hombres, que semejantes amores no debian ser considerados sino como una diversion pasagera, no podia menos de indignarse de la barbárie con que se habia obrado con Elisa, y de considerar como justa la oposicion que yo habia hecho á un tratamiento tan tiránico.

Yo habia esperado descubrir en este parage algunas señales de los desgraciados por quienes mi corazon suspiraba hacia ya mucho tiempo. No me quedaba ningun punto de apoyo, y volví á la posada entregado al mas vehemente dolor: traté de ver si podia adquirir al-

guna noticia de nuestro patron; pero todo lo que pudo decirnos, era que la familia de Hanson habia desaparecido sin saber cómo: que sus muebles habian sido vendidos para pagar una deuda, y que su hijo habia sido sacado del colegio y enviado como limosnero á bordo de un navío de guerra, destinado á permanecer cinco años en crucero por los mares de la India.

Me acordé que en el pueblo habia una vieja codiciosa por saber siempre todo lo que pasaba en el pais: nada se escapaba á su curiosidad, y confiaba en que podria darme algunas noticias útiles: al dia siguiente fui á verla, y apenas podia referirse al testimonio de sus ojos sobre mi restablecimien-

to; y cuando la pregunté si sabia alguna noticia de la familia Hanson, removió la cabeza mirándome.

«Yo os adivino, me dijo, Teodoro; pero nosotros, pobres infelices, no podemos decirlo todo. Hai alguna cosa sobre eso, y por mi parte no creo hayais deshonrado á la pobre Elisa como se dice.

— ¿Quién lo dice? esclamé yo. ¿Quién puede injuriar tan atrozmente á una virtud sin mancha?

— Yo no sé, me respondió ella; pero se ha dicho, aunque yo siempre he sostenido que no creia nada, que Mr. Cyphon no era como la mayor parte de nuestros jóvenes de alta gerarquía, que creen

honrar á una pobre muchacha quitándola su reputacion. — No, no, he dicho yo, tiene sentimientos mas honrados, y todo eso es una calumnia.

— Dejemos eso, buena muger, la interrumpí yo, y decidme si sabeis algo; porque temo haber sido la causa de grandes desgracias, y quisiera hacerlas desaparecer.

— Conozco vuestros motivos, repuso ella sonriéndose: el amor siempre se encamina á alguna cosa, y yo sé que un jóven como vos no pasa tanto tiempo en compañía de las niñas, solo por el placer de la conversacion; pero como he dicho antes, nosotros no podemos dejar conocer todo lo que pensamos, y nunca diré yo á todo el mundo lo que sé.

¡Oh, yo os suplico! esclamé, no me tengais mas tiempo suspenso: prometo recompensaros mas allá de vuestras esperanzas por las noticias que me deis.

— Y bien, replicó ella bajando la voz: se dice con mucho sigilo que vuestro padre ha arruinado al pobre Hanson y perdido su reputacion; que este desgraciado ha marchado desnudo á Liverpool, y que su muger y sus hijas ganan allí su vida cosiendo y lavando; pero sobre todo no digais que yo os he dado esta noticia, porque me veria bien pronto privada de esta miserable choza, que al presente es mi única propiedad.»

Todo lo demas que yo puedo deciros es, que esta muger sabia

esto de un criado de mi tio, que habia llevado á esta familia una carta de parte de su amo, quien se lo habia confiado todo bajo el mas rigoroso secreto. Si yo hubiese seguido mi primer movimiento, hubiera partido en aquel mismo instante para Liverpool; pero no podia arriesgarme á emprender solo este viage. Conocia demasiado la influencia que podia tener una recompensa de cien guineas, y de qué invenciones infernales mi padre y mi tio eran culpables.



CAPITULO IX.

Al dia siguiente fuí con Eduardo á mis posesiones; y estando de acuerdo con él sobre todos nuestros planes, no quise dilatar mas mi partida para Liverpool. El camino me pareció mui largo; pero entretuve el fastidio, ocupándome del placer que iba á esperimentar al ver una familia que yo miraba como á la mia, y que me hallaba en estado de arrancar al infortunio. Formé el proyecto de establecerme con ella en los desiertos del pais de Galles, y de respirar

allí un mismo aire con sus felices habitantes los hijos de la independencia.

Apenas habia puesto el pie en Liverpool, cuando empecé á hacer mis investigaciones. La pobreza de la familia de Hanson habia impedido que se la mirase con atencion para poder ser marcada como todas las personas de alta clase, y no pude adquirir ninguna noticia. Este nombre era desconocido en el correo, en todas las fondas y posadas, y no podia tener otro medio que la casualidad. Esperé al domingo con la mayor impaciencia, recorrí todas las iglesias; pero este medio no me proporcionó mas satisfaccion que los otros.

Al dia siguiente entré en todas las tiendas de modistas, de trages y de lienzos: se reian todos de mis preguntas, y ninguno me daba una respuesta satisfactoria. Yo me hallaba en esta perplejidad, cuando una mañana ví á un criado de Teodorico que atravesaba la calle; le seguí, tomando las precauciones necesarias para no ser visto; entró en una casa de tan miserable apariencia y en tal estado de ruina, que la habia tomado en mis reconocimientos por una caverna de ladrones: habiéndome ocultado en un rincon de esta casa, donde no habia puertas ni ventanas, y permanecido mas de media hora en esta posicion, le vi al fin salir y hablar á una persona que se que-

daba dentro, que lloraba, suplicaba, y cuya vóz me pareció ser la de mistriss Hanson.

Mi primer movimiento fue el de correr á ella y volar hasta mi amada Elisa; pero la prudencia me contuvo: hice un esfuerzo sobre mí mismo, y esperé la salida del criado, que se retiró al instante con el aire imponente de un hombre encargado de una mision importante.

¡Tan cerca de mí Elisa!!!... temblaba presentarme á ella, y estuve vacilante mucho tiempo, hasta que por último toqué ligeramente á la puerta: mistriss Hanson abrió, y se retiró con una especie de espanto: mi nombre fue al momento repetido por sus hijas con esclamacio-

nes de sorpresa y de alegría: yo me eché á los pies de Elisa, yo suspiraba, yo lloraba, y pasaron muchos minutos antes que yo pudiese pronunciar una sola palabra.

Luego que pude recobrarme un poco, miré al rededor de mí, y me vi penetrado de dolor al ver la apariencia de miseria de que me veia rodeado. La voz de Mr. Hanson me sacó de aquella especie de sueño que me tenia abismado: pasé á la pieza donde estaba, y su vista hizo en mí el efecto de un puñal que se me hubiera sumergido en el pecho: la imágen de la muerte se presentaba en todas sus facciones: este hombre virtuoso estaba ya para sucumbir bajo el peso de su infortunio, y su

mayor tormento era la inquietud que le causaba la suerte de su familia cuando hubiese dejado de existir. Estaba sentado cuando yo entré en su cuarto; quiso levantarse, pero no tuvo fuerzas, y se contentó con tenderme la mano sonriéndose, para espresarme la satisfaccion que esperimentaba de volver á verme. Mi corazon se irritó acordándome del autor de tantos sufrimientos, y maldije en este momento los vínculos de la sangre que me unian á él. Procuré reanimar el abatido espíritu de este desgraciado: le recordé la palabra que me habia dado, y le comuniqué el proyecto que yo tenia de vivir con ellos en un retiro.

«Estamos solos, Teodoro, me

dijo, y os diré el motivo de mis temores con la franqueza de un hombre próximo ya á dejar el laberinto de esta vida. Yo sé que el amor que teneis á mi hija es una consecuencia de la educacion que habeis recibido, y de los principios que yo mismo he sembrado en vuestro corazon: sois el heredero de una fortuna considerable; pero no habeis visto aun el mundo, y temo si consiento en vuestra union, que venga un tiempo en que os arrepintais de haberos resistido á la voluntad de vuestro padre, ó que os pese haber tomado una muger que no habrá llevado por dote mas que sus atractivos y la mas estrema pobreza.»

Yo combatia sus temores, y al

mismo tiempo insistia con todo el calor del sentimiento que me arrastraba hácia Elisa, para obligarle á consentir en mi dicha.

«El amor es mui elocuente, me respondió en un tono de calma: confieso veré con satisfaccion que mi hija os nombre su esposo; pero mi religion me prohibe resolver en esto sin el consentimiento de vuestro padre.

—¿Y podreis vos, esclamé yo, despues de todo lo que he sufrido, tener la crueldad de poner en sus manos mi felicidad?

— Aunque emancipado, me respondió, y libre de disponer de vuestra fortuna, vos no sois dueño aun de vuestra persona. Esperad á la edad de veinte y un años:

reconoced el mundo, y volved si vuestros sentimientos no se han mudado.

— No, no, mirad á lo que esponeis á vuestras hijas si las dejais al fallecer sin protector. ¿Qué significa la dilacion de algunos meses contra unas consideraciones tan poderosas?

— Moderaos, jóven: yo conozco mis deberes, y aunque duros de cumplir, no debo estraviarme de ellos: á mas de esto, vuestro enlace seria nulo ante las leyes.

— ¡Las leyes! esas no impiden que el hombre siga sus inclinaciones, ni hacen distincion de personas.»

Tal fue nuestra primera conversacion, y las que siguieron se

diferenciaron bien poco: siempre hallé en él la misma firmeza; pero tenia la felicidad de ver contínuamente á Elisa, y soportaba mi mal con mas paciencia. No salia jamas de la casa; allí gozaba de una tranquilidad tan perfecta, que me lisongeaba de que la cólera de mi padre se habria disminuido, y que se habria determinado á permanecer espectador pasivo de mis acciones. Me engañé: estaba informado de todos mis movimientos; pero no queriendo obrar abiertamente por fuerza, escribió un dia á Mr. Hanson, mandándole imperiosamente que me privase de toda relacion con su casa, ó de lo contrario que temblase al considerar el castigo que le preparaba.

«¿Y vos obedecereis semejantes órdenes? esclamé yo. ¿Vos tambien, vos os hariais el cómplice de su tiranía? Dadme vuestra hija y despreciad sus amenazas.

— Teodoro, vos me pedís un imposible. Vuestro padre sabe que estais aquí: vos no estais en la edad de poderos pasar sin su consentimiento. Un viage á Escocia es impracticable; y aunque yo me halle dispuesto á consentir en vuestra union, no veo ningun medio de efectuarlo.

— ¡Puedo yo ser mas desgraciado! esclamé lleno de dolor. ¿Es posible que en el momento que toco la felicidad, se desvanezca á mi vista como un sueño? Caro amigo, preceptor mio, amado padre,

¿quién os impide hacernos felices? ¿Qué puede resultar? Los males que vuestra familia y yo hemos sufrido, ¿no justifican la temeridad de las medidas que podemos temer? ¡Ah! sí, el cielo sancionará una union de la que él mismo ha formado los primeros lazos: el cielo triunfará de la injusticia de los hombres.»

Hanson movió su cabeza, frunció los labios, dejó ver algunas lágrimas y cayó en una meditacion profunda: con los ojos fijos en el suelo, sin pestañear, le veia yo vacilante y confuso sin pronunciar una sola palabra. Fuime corriendo á Elisa, la cogí una mano que llené de besos y de lágrimas. Ven, ven, Elisa mia, vamos á ser

esposos; sí, hoi vamos á ser el uno para el otro, ó nunca.» El mismo carmin la cubrió repentinamente sus mejillas: Elisa quiso hablar: «Ven, amor mio, tu padre te espera. — ¡Mi padre!» Zozobrosa y como asustada se dejó conducir á su cuarto, sostenida sobre el brazo de su madre.

«Aquí teneis, señor, en vuestra presencia á vuestros hijos, esclamé yo: pronunciad su felicidad ó su eterna separacion.

— No puedo ya resistir, dijo él suspirando: si hago mal, perdonadme, Dios de misericordia, y tened piedad de la debilidad de un padre que quiere poner al abrigo de los huracanes de la vida á uno de los seres que le habeis confiado.»

Mi espíritu se habia calmado al oir esta invocacion: enjugué las lágrimas que derramaba Elisa, y nos dispusimos á la celebracion de la ceremonia; pero no fue sin suspender el señor Hanson muchas veces la lectura de las oraciones del matrimonio: el anillo de su muger sirvió de arras; y de esta manera, la carta que habia tenido por objeto romper el nudo que nos uniese, no tuvo otro efecto que el de estrecharle mas.

Al dia siguiente dí una noticia exactamente detallada á Eduardo de lo que habia pasado, suplicándole al mismo tiempo fuese al parage que *yo* le indicaba para acompañarnos al pais de Gales. Aunque la salud del señor Hanson se dete-

rioraba mas y mas de dia en dia, tenia yo alguna esperanza de que el aire libre de las montañas y la tranquilidad de espíritu contribuirian á su restablecimiento.

Mi tio Teodorico no se habia declarado jamas abiertamente contra mí; antes bien habia enviado muchas veces algunos pequeños presentes á la familia Hanson, de lo que yo inferia, que si no me trataba era por no indisponerse con mi padre. Por consecuencia, creí debia informarle de mi enlace, dándole gracias por los beneficios que me habia dispensado en mi juventud; y de esta manera publiqué yo mismo lo que la prudencia exigia callase hasta mi mayor edad.

Mi primo se fue al parage señalado; y aun tuvo tal complacencia, que se informó del sitio que pudiese corresponder á mi gusto y acomodarse á mis rentas, y tomamos sin accidente alguno posesion de nuestra nueva residencia. Eduardo permaneció un mes con nosotros: gozamos durante este tiempo de la tranquilidad mas perfecta: yo le miraba como mi ángel tutelar, y hubiera querido detenerle mas tiempo en nuestra compañía; pero no quiso dilatar mas su partida, y me confesó que Sofía, una de las hermanas de Elisa, habia hecho tal impresion en su alma, que temia dejarla tomar demasiado imperio. Mi ejemplo le habia entusiasmado, pero no pensaba se-

guirle, porque miraba la conveniencia de condiciones, ó al menos de fortuna, como la circunstancia principal que debia consultarse tratando de contratar un enlace.

Me separé de este amigo sincero con el mayor sentimiento, pero me consolaba con la dulce compañía de mi amable Elisa. Me consideraba en la mas completa seguridad, y todos nuestros momentos de vacío los consagrabamos al dulce placer de formar proyectos para en adelante. Nos hallábamos en esta situacion, cuando mi tio Teodorico nos hizo una visita, causándonos gran sorpresa; me espresó su satisfaccion sobre el asilo que habia elegido, y despues de algunas ligeras demostraciones so-

bre la ostinacion de que me habia hecho culpable, declaró que Elisa era una buena disculpa, y que haria todos sus esfuerzos para reconciliarnos con mi padre.

Un favor tan inesperado nos llenó de alegría, y todos á porfía discurrimos los medios posibles de hacer grata á mi tio la estancia en nuestra pequeña habitacion. Yo no preveia apenas la horrorosa tempestad que se formaba sobre mi cabeza y que debia mui pronto reducirme á ceniza.

No hai cosa mas penetrante que el ojo del amor: yo creí notar que el aire de Elisa no era ya el mismo: en el momento en que se entregaba á su alegría natural, se detenia, y despedia un profundo sus-

piro: mas de una vez la habia yo sorprendido anegada en lágrimas en su cuarto, y ella lo atribuia, por disimular, á los temores que la inspiraba la salud de su padre; pero yo estaba poco satisfecho de esta razon, pareciéndome que su padre iba de mejor á mejor: temí no la hubiese agradado alguna cosa en mí, y se lo declaré al señor Hanson, suplicándole me aconsejase y me dijese su parecer.

«Teodoro, me dice, voi á despedazar tu corazon: mi hija, no pudiendo ya guardar silencio por mas tiempo, me ha suplicado te descubra un misterio horroroso; y tú tienes necesidad de todo tu valor y talento para oir con serenidad lo que tengo que decirte. Tú

conoces el carácter de tu tio, y te acuerdas del modo injusto y cruel con que trató á los Simpsones; pues bien, Elisa le ha inspirado una pasion criminal, y parece que está dispuesto á usar de violencia para lograr sus designios.»

Al escuchar tan horrorosa noticia, me sentí casi privado de mis sentidos; se me arrebató al momento toda mi sangre á la cabeza, y me fue imposible pronunciar una sola palabra: Mr. Hanson me suplicó con las reflexiones posibles, me calmase, y continuó:

No ignoras que de cuando en cuando nos hacia algunas visitas un criado de Teodorico en Liverpool, bajo el pretesto de llevarnos de su parte algunos socorros por

disposicion de tu padre; pero su objeto no era otro que el de lograr prestase Elisa oidos á la seduccion. En las cartas que la obligaba á recibir secretamente, la hacia presente el interes de su familia; la prometia que yo seria reintegrado en mis bienes, indemnizado superabundantemente de todas mis pérdidas; que proporcionaria enlaces ventajosos á sus hermanas, y que haria volver á su hermano de la India para proporcionarle un buen beneficio.

En esta ocasion fue cuando tú te reuniste á nosotros: calmado su espíritu con tu presencia, nos ocultó este funesto secreto; pero la visita de tu tio despertó otra vez todas sus alarmas. Evitaba con

la mayor prudencia hallarse sola con él; pero este al fin ha proporcionado la ocasion de renovarla sus ofrecimientos, y amenazarla en caso de resistencia con todos los efectos de su furor. La cólera de Cyphon, la ha dicho, comparada con la mia, no será sino como un ligero viento del sud, comparado con el terrible huracan que nos envian los climas helados del norte. Ha querido ya usar de la violencia; y Elisa, temiendo las consecuencias que pudiera causar su silencio, me ha suplicado te instruya de todo, para que trates de alejarle de aquí como mejor te parezca, y vivir prevenido contra sus amenazas.»

Mi primer movimiento fue de

ir á sumergirle un puñal en el corazon; pero volviendo en mí del enagenamiento que me tenia tan despechado, escuché la voz de la prudencia que me aconsejaba disimular. Fuí á buscar volando á mi Elisa para consolarla, para calmar sus alarmas, y para asegurarla que Teodorico no tenia ningun medio de realizar sus amenazas.

Era mui difícil para mí conservar sangre fria en su presencia; y mi emocion, que no dejó de conocer, le daba á entender mui bien que no ignoraba su perfidia; por consiguiente, fingió haber recibido cartas que le obligaban á restituirse á su casa en el mismo dia: yo no puse ningun ostáculo á su marcha, y aun hice brillar á sus

ojos la alegría que me causaba.

¿Qué podia yo temer de su parte? Ignoraba como se podia obrar contra las leyes: yo era un hombre libre, era un propietario, no debia cosa alguna á nadie, y por todas estas razones me creia en la mas perfecta seguridad.

A los dos dias de la partida de Teodorico, hallándose Mr. Hanson un poco mejor, le hicimos salir de su cuarto á dar una vuelta por el jardin; y nos hallábamos entregados á nuestra inocente alegría, cuando llegaron dos dependientes de policía á turbarla, presentándose y exhibiendo un decreto de prision contra Mr. Hanson por causa de felonía.

Las mugeres se sobrecogieron,

segun lo demostraron su palidez y su temblor. «¡Por crímen de felonía! esclamé yo. Señores, yo creo que os equivocais: nunca Mr. Hanson se ha hecho culpable de un acto ilegal.

— Eso no es cuenta nuestra, replicó uno de ellos: yo me alegraré que lo pruebe cuando se halle ante los jueces. ¿Estais, Señor, pronto?»

Mr. Hanson estaba dotado de una admirable firmeza; se acercó á uno de ellos y le dijo: teneis razon; yo sé por qué se me aflige, y no me arrepiento: no os angusticis, queridos mios; esto es lo que os suplico; pues vuestro dolor me causa mas sensacion que la pérdida de mi libertad.

—¿Pero cuál es, pues, el crímen, esclamé yo, de que vos mismo os confesais culpable? — Es, respondió uno, el de haber casado clandestinamente á dos menores.

— ¿Soi yo, esclamé, quien ha preparado vuestra ruina? ¡Ah, señores, yo soi únicamente el culpable! llevadme en su lugar: su delicada salud no le permitiria sufrir largo tiempo el castigo que se le prepara.

—Nosotros no hacemos mas que nuestro deber: vamos, Señor, seguidnos.» Le hicieron entrar en un coche, y al momento desaparecieron los tres. Asi es como en un instante fue destruida la felicidad de que gozábamos, y yo no podia des-

conocer la mano infame que habia tramado aquel golpe.

Me fuí á la ciudad, donde Mr. Hanson debia permanecer hasta el dia de su sentencia, si su salud le permitia verle llegar, y llevé conmigo á mi familia, temiendo los ultrages á que podria estar espuesta durante mi ausencia. Yo habia contado con el crédito de mi tio Thomson; pero estaba espirando, y su hijo no podia dejarle en tal estado.

¡Qué cargos no me hice yo sobre mi precipitacion! ¡y cuánto el dolor de Elisa no aumentaba él mio! Yo me preparaba á ayudar al abogado de Mr. Hanson en su defensa; mas entretanto fuí atacado por otro proceso que mi padre

me formó para declarar nulo mi enlace.

El execrable Teodorico, despues de habernos sumergido así en el fondo del abismo, creyó ser favorable el momento para renovar sus proposiciones á Elisa; y para justificar su proceder, la escribió: «Que no era mi muger; que vivia conmigo en el estado de concubinato, y que aceptando sus ofrecimientos no haria mas que cambiar de amante. Esta mudanza, añadia, no puede ser sino mui ventajosa para vos; pues mientras que el imprudente acumula males infinitos sobre vuestra familia y sobre vos misma, yo me empeño en dar á vuestro padre y á vos la mayor opulencia y felicidad.»

Sorprendido al ver tanta impudencia, no senti ya mas que el deseo de vengarme; y este deseo vino á ser mas vehemente aun cuando Mr. Hanson, conducido ante los jueces, fue condenado á la deportacion, como se debia esperar. Por una casualidad bastante singular, la instruccion de mi proceso seguia inmediatamente á la de Mr. Hanson. Me costó mucho trabajo conservar bastante bien la serenidad necesaria para hacer mi defensa, porque no habia querido confiarla á nadie, persuadido de que hai circunstancias en que es preciso conmover el ánimo de los jueces, lo que no podia hacer un letrado con tanto calor y energía por mas esmero que pusiese.

Los jueces, en el proceso de Mr. Hanson, habian decidido, que siendo menor y no teniendo el consentimiento de mi padre, que habiéndome casado sin preceder la publicacion de las amonestaciones y en un cuarto particular, este matrimonio era nulo bajo todos conceptos. Yo obtuve la palabra.

«Acabais, dije, de declarar culpable á un hombre por un hecho imaginario, ó habeis sentenciado en justicia; y en este caso, la realidad de mi matrimonio y su indisolubilidad no pueden ya ponerse en discusion.» Esto es lo que emprendí probar en un discurso bastante largo. Con este motivo entré en el exámen de las leyes, á las que frecuentemente se da el

sentido que se quiere, y no el que deben tener. Mis jueces estaban prevenidos, y desde luego fué declarado nulo mi matrimonio.

«Yo suscribo á la sentencia que acabais de pronunciar; esclamé yo: ¿pero qué es lo que haceis, señores? El enlace que invalidais hoi por haberse contratado durante la menor edad, ¿quién podrá impedirme celebrarle de nuevo al salir de este tribunal, siendo ya mayor desde este momento? Y pongo al mismo por testigo de que nunca tendré otra muger que Elisa Hanson. Esta obligacion que me impongo públicamente, cuya resolucion he tomado ya á la faz del cielo, no será mas sagrada, porque las leyes humanas la sancionen.»

Quise satisfacer despues mi venganza, y atraer la indignacion pública sobre los autores de tantos males; pero se me impuso silencio, y recibí la órden de retirarme.

Me hubiera ocupado de obtener al instante dispensa para casarme con Elisa, si los cuidados que exigia la posicion de Mr. Hanson no me hubiesen parecido mas urgentes que ninguna cosa. Su muger y sus hijas estaban con él; le anegaban con sus lágrimas, y mi presencia pareció aumentar su dolor: no era posible ser indiferente mi corazon al ver á este respetable anciano cargado de cadenas como un criminal peligroso. Nosotros pasamos toda la noche con él; pero el sueño no nos per-

mitió gustar su dulzura para olvidar al menos por un momento nuestros infortunios.

Los primeros rayos del dia empezaban á penetrar en aquel triste calabozo donde estábamos encerrados : un silencio profundo reinaba entre nosotros ; y Elisa, que se habia dejado caer en mis brazos, se habia ligeramente acongojado, cuando repentinamente hizo un movimiento de sobresalto ; me rechaza aterrada, se precipita de nuevo sobre mí, y esclama articulando apenas : «No, no me alejarán de ti.» El dolor pintado en su semblante me interesó tan vivamente, que no pude conservar mi sangre fria : levanté las manos al cielo : «¡Esto ya es demasiado! es-

clamé yo enagenado: ¡naturaleza, esto es mucho! ¡Dios mio, dadme fuerzas para vengarme, y no permitais que tantos crímenes permanezcan tanto tiempo impunes!!!»

Despues de haber preguntado á Mr. Hanson cómo se hallaba, salí de la cárcel para respirar un aire puro y reflexionar lo que debia hacer: mi pais no tenia ya para mí ningun atractivo: habia sufrido en él muchas injusticias de los hombres, de aquellos sobre todo que la naturaleza habia llamado á protegerme: no divisaba el término á la sed de hacer mal que manifestaba mi padre; y las odiosas astucias de mi tio para satisfacer sus infames inclinaciones me aterraban y me anunciaban un terri-

ble porvenir. Me vino la idea, y la retuve con placer, de ir con mi familia á habitar los desiertos salvages de la América, de acompañar allí á Mr. Hanson, de trabajar para mantenerle, para tenerle al abrigo de las injurias del aire, y para recoger su último suspiro si estábamos condenados á perderle. Estaba abismado en estas reflexiones, cuando dos hombres se precipitaron sobre mí, y me dejaron helado, petrificado de terror, al oirles pronunciar estas palabras: «Estais preso.

—¿Qué es lo que yo he hecho? respondí, habiendo vuelto sobre mí de la sorpresa.

— Vos debeis, me dijo uno de ellos, dos mil libras esterlinas á

Teodorico Cyphon, lord D...., y pagando esta cantidad estais libre al momento.»

Me dejó admirado la espresion; pero no habia medio de resistir, y me condujeron á la prision destinada á los deudores insolventes.

Estaba ya tan acostumbrado á los acontecimientos imprevistos, que el dolor que esperimentaba, era menos relativo á mí, que á los infelices que por mi desgracia habrian de contemplar mayor su infortunio. El efecto que hizo sobre Mr. Hanson esta inesperada noticia, fue demasiado violento para que pudiese soportarlo: todas las esperanzas que habia concebido por su hija, fueron enteramente destruidas: previó la imposibilidad

en que nos hallábamos de concluir nuestro enlace; y cayendo en una especie de disolucion y de anonadamiento, no volvió á dar mas señales de conocimiento, y pocas horas despues exhaló el último suspiro.

Apenas se dió á mistriss Hanson y á sus hijas el tiempo de llenar sus deberes, dando sepultura á la desgraciada víctima de una atroz venganza, y despues se retiraron á una posada mientras se determinaba alguna cosa con respecto á mí. Para colmo de desgracias, se apoderó de mistriss Hanson una calentura violenta, y dió bastante que temer sobre su vida.

Tan sensibles acontecimientos habian abatido demasiado mi espí-

ritu; pero algunas reflexiones fueron suficientes para hacerme conocer la necesidad de armarme de firmeza. Escribí á mi primo que vendiese mi hacienda y títulos de los señoríos, para formar la suma que injustamente se me pedia, prefiriendo recobrar pronto mi libertad, á luchar largo tiempo por razones de interes con una conjuracion, cuyas consecuencias justamente temia, y despues me entregué á la dulce idea de poseer pronto á Elisa sin contradiccion.

CAPITULO X.

Yo creia que mis enemigos se contentarian con lo que habian emprendido contra mí, y que no inventarian otros medios de atormentarme: esperaba con mucha impaciencia el efecto de los cuidados de Eduardo, que á pesar de la muerte, que acababa de arrebatarle á su padre, no se descuidó en hacerme todos cuantos servicios dependian de él.

La enfermedad de mistriss Hanson tomaba todos los dias un carácter mas grave, y en menos de

un mes despues de la muerte de su marido, fue colocada á su lado: nueva víctima sacrificada al furor de nuestros comunes enemigos. Eduardo llegó, al fin, con toda la diligencia que exigia mi cruel posicion y que le inspiraba su celo. Habia tenido muchas dificultades que vencer para realizar los fondos, y sospechaba que era la causa alguna nueva intriga de mis parientes. Hablamos sobre la pretendida nulidad de mi matrimonio; y viendo que yo no habia cambiado de modo de pensar con respecto á Elisa, me aconsejó, que al momento que hubiese recobrado mi libertad, me marchase á Escocia, y no volviese á esponerme al furor de mis enemigos.

Yo era enteramente del dictámen de Eduardo; pero mi tio, que pagaba muchos espias al rededor de mí, fue inmediatamente informado de mis proyectos: sin embargo, no se opuso á mi partida; y Eduardo, despues de haber prevenido á Elisa y á sus hermanas para que estuviesen prontas á marchar conmigo, vino por la noche á traerme la órden de mi libertad.

Nosotros fuimos al instante al cuarto que ellos ocupaban: el ardiente deseo que yo tenia de volver á ver á mi Elisa, de estrecharla en mi seno, y de sustraerla en fin para siempre de los males que mi amor habia acumulado sobre su cabeza, parecia darme alas. Al fin, llegamos: Sofía y

su hermana dan un grito de sorpresa al vernos, y nos preguntan con inquietud: «¿Qué accidente os ha obligado á volver tan pronto?

— ¡A volver! esclamé yo: nosotros salimos en este momento de la prision. ¿Pero dónde está Elisa?

— Yo no lo sé, respondió Sofía espantada; yo no lo sé. ¡Ah, hermana mia! ¿qué será de nosotras? ¡Cómo! ¿se ha marchado y no la habeis visto?

— ¿Cuándo? ¿á dónde? esclamé yo lleno de admiracion y terror. ¡Qué rabia, qué horror!!! ¿Qué ha sucedido de nuevo? ¿á dónde? ¿con quién se ha marchado?» Yo estaba demasiado agitado para darles tiempo á responderme; pero mi primo supo de ellas

que un hombre embozado en una capa parda habia venido con una carta para Elisa, que dijo ser de nuestra parte, y la habia suplicado, por razones particulares, fuese al momento á una fonda que la indicaba, no siendo bastante segura nuestra primera cita. Convencida por este discurso y por la presentacion de un anillo que ella sabia me pertenecia (entonces conocí que me lo habian robado), de que el mensage era realmente nuestro, no habia vacilado en seguirle.

Un frio mortal se apoderó al momento de mis miembros, y al mismo tiempo cubrió un sudor copioso todas las partes de mi cuerpo. Conociendo Eduardo la revolucion que sufria en mi espíritu,

me cogió una mano y me animó, aconsejándome volar sin perder tiempo sobre las huellas del raptor. Abracé á mis hermanas, y enagenado de dolor, me separé de sus brazos en medio del tormento que destrozaba mi corazon, y con tanta mayor pena, cuanta hubiera sufrido si hubiese previsto el mucho tiempo que transcurriria antes de volverlas á ver, y los trabajos que me estaban reservados.

Mi primo se encargó de hacer las mas eficaces indagaciones; y á fuerza de preguntar supo en otra fonda á donde fuimos, que una persona, tal como la describiamos, habia salido en posta con un hombre solo, y que habian tomado el camino de Lóndres.

Al momento tomamos caballos y nos pusimos en su persecucion; pero corrimos muchas millas sin poder descubrir cosa alguna; pues la oscuridad de la noche favorecia demasiado á la empresa del raptor.

«¡Primo mio! esclamé yo, perdiendo ya la esperanza de hallarlos, siendo tan desgraciado, la vida es para mí mas bien un peso insoportable, que un favor del cielo! No quiero ya abusar mas tiempo de tu amistad, y voi á continuar solo la persecucion del mónstruo que me ocasiona tan cruel tormento: yo hallaré á Elisa ó pereceré.»

En vano trató de hacerme variar de resolucion, esponiéndome el peligro en que me ponia. Yo es-

taba armado de pistolas: enagenado de rabia, y metiendo las espuelas á mi caballo, me alejé á toda brida: el generoso jóven Eduardo queria seguirme; pero yo hice un rodeo y le perdí de vista á favor de la noche. Mi caballo, poco acostumbrado á un ejercicio tan violento, cesó ya de poderme llevar, y cayó; y habiendo yo caido debajo, me fue imposible volverme á levantar hasta el amanecer, en que un pastor me hizo la caridad de sacarme debajo del caballo que estaba muerto, y me llevó á su choza, donde su muger y él me curaron, prodigándome todos los cuidados imaginables.

No hallándome en estado de proseguir mi camino, escribí á mi

primo, y envié al mismo tiempo al pastor para tomar informes: este volvió en el mismo dia; pero todo lo que habia podido saber era que mi padre residia en Irlanda, y que Teodorico no habia vuelto á parecer en su casa desde la sentencia de mi proceso: de aquí deduje que temian los efectos de mi venganza, y aun empecé á dudar que mi tio fuese el autor del rapto de Elisa.

Eduardo vino á verme al momento que recibió mi carta; habia dejado en seguridad á sus dos hermanas, y no se separó de mí sin haberme prometido que no perderia un momento para descubrir donde estaba Elisa. Quedé solo, lleno de impaciencia, y con la pe-

na de no poderla satisfacer. Quince dias se pasaron asi sin poder tener ninguna noticia de mi amada, de la esposa de mi eleccion.

Algunos dias despues el criado de Eduardo me llevó una carta que se habia remitido á su casa con sobre para mí, y reconocí al momento la letra de Elisa: la abrí con precipitacion, y podeis juzgar la emocion que esperimenté leyéndola: Elisa, Elisa me escribia un eterno á Dios: declaraba no ser ya digna de mí; que un hombre, cuyo nombre no se atrevia á pronunciar, un mónstruo, habia triunfado de su resistencia, de sus fuerzas; que para lograrlo habia empleado la mas infame astucia, haciéndola tomar un licor que la em-

briagó; y que al despertar le habia hallado á su lado á este infame: en fin, ella me anunciaba que se habia desvanecido hasta la dulce esperanza de hacerme padre; que la criatura que llevaba en su seno, no habia visto la luz sino para perderla al momento, y que este era un delito mas que habia que añadir á los muchos que reclamaban la venganza del cielo contra mi tio.

La ira, la rabia y el horror que me destrozaban, no me permitieron sino con mucho trabajo concluir la lectura de una carta que hacia ya circular un veneno el mas activo por mis venas: sufrí menos aun por mí que por Elisa; y no sé cómo hubiera resistido á un golpe

tan horroroso, sin las contínuas atenciones de aquel virtuoso Eduardo. Pasé horas enteras considerando el retrato de Elisa, en llenarle de besos y en bañarle con mis lágrimas; y estando entregado á esta contemplacion, un movimiento de rabia, un sentimiento de venganza se apoderaron de mi ulcerado corazon: me fijé frecuentemente sobre esta última idea. ¿Pero contra quién? ¿Cómo vengarme? ¿Qué castigo bastante terrible podia yo hacer sufrir por semejantes crímenes? Todos los vínculos de la sangre habian cesado ya de existir para mí. ¿Qué podian influir para serenarme? ¿Podian volver la vida á Mr. Hanson, á su esposa? ¿Podian poner entre

mis brazos á mi Elisa sin mancha, como la habia dejado? ¿Podian volver á la vida al hijo de que me han privado? ¿Podian, en fin, borrar de mi memoria la larga cadena de males de que me habian rodeado?.... No, de ninguna manera. Yo reflexionaba contínuamente sobre los medios de ejercer mi venganza; pero todos aquellos que me ocurrian, me parecian demasiado suaves, comparados con los males que me inspiraban aquel deseo. La muerte, sí, la muerte sola me pareció debia ser el castigo de tantos y tan atroces crímenes; y esto por no poder hacerles sufrir mayor suplicio.

Yo sabia mui bien á lo que me esponia ejecutando semejante de-

signio; pero estaba ya cansado de vivir, y la cuchilla del verdugo nada tenia de terrible para mí. ¿Teodorico se habia hecho menos culpable que otro para mí, por ser tio mio? ¿Tenia yo menos motivo que otro para castigarle? Los calabozos, las cadenas, el suplicio no pueden ser temidos sino por el hombre que se conoce en su conciencia culpable; y yo, decia, voi á ejecutar un acto de justicia, librando á la tierra de un mónstruo que podia deshonrarla con nuevos crímenes: otro motivo me guiaba aun: yo conocia el orgullo de mi padre, sabia hasta qué punto se veria humillado, y maldeciria el momento en que me habia estrechado á cometer semejantes acciones.

¡De qué vergüenza no se veria cubierto cuando viese el nombre de Cyphon inscrito en la lista de los mas grandes criminales, y cuando el único vástago, la sola esperanza de su casa espirase en un patíbulo!!!

Tuve necesidad del tiempo y la reflexion para fortificarme en esta resolucion; y vacilaba aun, cuando un pequeño acontecimiento acabó de destruir mis escrúpulos y de armar mi brazo contra el culpable. Un desgraciado, agobiado por los años, y su muger pidiendo limosna para subvenir con demasiada escasez á su subsistencia, se dirigieron á los inspectores de la parroquia donde residia mi tio, y de cuyo número era, para

obtener el permiso de dar el último suspiro en el obrador de caridad, no permitiéndole ya sus pies ir mas lejos. Estos señores nada podian decidir sin Teodorico, visto que los féretros de estos desgraciados hubieran costado tres ó cuatro chelines cada uno. Decidió, que como no pertenecian á la parroquia, no convenia concederles sino el corto socorro de costumbre á los pasàgeros, y que por lo demas era preciso que volviesen á marcharse á su parroquia. Al salir de esta casa, el marido, tan debilitado por el hambre como por el peso de los años, cayó y se quebró una pierna: desde entonces tuvieron que dejarle y curarle; pero su desgraciada muger no pudo quedarse en su com-

pañía á pesar de sus esforzadas súplicas, y desde aquel mismo dia la obligaron á marcharse.

Este rasgo de inhumanidad que me refirieron, me irritó mas aun contra mi tio, y aumentó el deseo que tenia de vengarme inmediatamente. No pude menos de demostrar mi indignacion á mi primo que me lo habia contado; pero no le dije nada de mi proyecto, y me retiré para ir á reflexionar sobre los medios de ejecutarle.

Estaba resuelto á morir, y por consiguiente ninguna empresa era capaz de intimidarme; pero quise asegurarme ante todas cosas de lo que seria despues mi corta fortuna. Por consiguiente, escribí mi testamento, y dividí mis bienes en

tres partes iguales, entre las tres hijas de Mr. Hanson, estipulando que la parte de Elisa permaneceria intacta por espacio de siete años si se pasaba este tiempo sin tener noticia de ella. Dejé en casa de mi primo este testamento, y á mas una carta en que aseguraba estar resuelto á dejar la Inglaterra y ponerme al fin al abrigo del poder de mis enemigos.

Partí á media noche, fuí á Liverpool, y de allí pasé á Irlanda para que nadie pudiese tomar mis huellas: cambié allí mi nombre, estudié el idioma del pais, aprendí á imitar el acento, y volví á Inglaterra por el Northumberland: me habia disfrazado con un vestido de mendigo y una peluca, y

me habia dejado crecer la barba. Una cesta llena de papeles públicos, canciones y pastelillos que vendia en las poblaciones, me ayudó á atravesar el pais sin ser reconocido; y de esta manera llegué hasta el centro de los estados de Teodorico.

Yo habia oido hablar de mí en el camino: se creia que me habia suicidado, y mas tranquilo mi tio por este ruido, habia vuelto á su palacio.

No pude menos de enternecerme cuando pasé cerca del sitio donde habia existido la casita de Mr. Hanson. Despues tomé el camino de la casa de mi padre: tenia aun el deseo de contemplar las acciones de este hombre bárbaro, que

de su propio antojo habia entregado á su hijo á una desgracia eterna. Entré en la casa, y me dijeron que el amo habia salido á visitar á un amigo: me introdujeron en la cocina, y allí repartí algunos pastelillos y papeles, entregándome á una alegría bien distante de mi corazon, lo que me valió algunas aclaraciones de que tenia grande necesidad. Una de las cosas que me causó mas inquietud, fue la costumbre que me dijeron habia tomado Teodorico hacia algun tiempo, de no salir nunca sin llevar dos criados, y de hacer guardar constantemente su palacio por dos centinelas; pero si sentia que semejantes precauciones pusiesen algunos ostáculos á mi proyecto,

no me causaba pena por otra parte el saber que el terror de que estaba poseido era ya para él un principio de suplicio.

Desde la casa de mi padre fui á la de mi tio, donde logré, despues de mil súplicas, y á beneficio de mis vestidos, que me recibiesen los criados. Se me señaló un establo por dormitorio, y yo fingí quedar satisfecho de este asilo; pero al momento que todo el mundo se retiró, salí y traté de introducirme en el cuarto de Teodorico, despues de haberme revestido de una librea que hallé al paso, y de haber arrojado á un pozo mi disfraz de pordiosero.

Antes de entrar me detuve un poco para reflexionar sobre la hor-

rorosa venganza que estaba resuelto á ejecutar: la recapitulacion de los males que yo habia sufrido, la pérdida de mi muger, de mi hijo, de mis mas tiernos amigos, presentes todas estas cosas en aquel crítico momento en mi exaltada imaginacion, sirvieron para afirmarme en mi resolucion, y pronuncié estas palabras de César: *La suerte está echada;* y sentí adquirir mi espíritu nueva fuerza. Yo conocia perfectamente todas las vueltas de la casa, y sabia que el aposento de Teodorico tenia dos entradas: en la primera donde me presenté, que era una antecámara grande, vi una lamparilla sobre una mesa, y á el lado un hombre profundamente dormido: mi pri-

mer impulso fue matarle; pero al momento dejé esta idea con horror. ¿Qué me habia hecho este hombre? Yo no queria lavar mis manos sino en la sangre del culpable; por consiguiente trataba de tomar la otra entrada, y llegué sin trabajo hasta la biblioteca, que estaba contigua al dormitorio de mi tio.

La claridad de una bugía pasaba por el agujero de la cerradura: me quité los zapatos y el vestido; me avancé con las precauciones que toma un ladron nocturno, y aplicando la vista á la cerradura, distinguí perfectamente al mónstruo sentado á la chimenea leyendo unos papeles: mi sangre se inflamó al verle, abrí la puerta y me

presenté á él con un puñal en la mano: cubrió su rostro al momento la palidez de la muerte, tembló, y reconociéndome al fin, esclamó: ¡Eres tú, Teodoro! ¿Cómo has entrado aquí? ¿Qué intentas? ¿qué quieres?

¿Puedes ignorar mi designio, mónstruo inhumano? esclamé yo. ¿Puedes creer que tantos crímenes permanezcan por mas tiempo impunes? El cielo ha marcado esta noche como la última de tu criminal existencia. ¿Dónde está Elisa? responde, ó te divido el corazon.»

Levántase viéndose ya amenazado, y juzgando probablemente que el ayuda de cámara que le hacia la guardia le habia vendido, coge una pistola de encima de la chimenea,


UNIVERSITARIA
SEVILLA



B. G. lo g.^e

¡Ah Teodoro! merezco la muerte, mayor es tu dolor que el mio. Eres mi víctima, y por tu mano la providencia castiga mis delitos.

y azorado y balbuciente, retirándose al fondo del aposento, me dice: «Tiembla, retírate ó te mato: nada sé de Elisa; no está en mi poder: aléjate de mi presencia....

— No, le interrumpí yo; pues quiero hacerme justicia y hacerla al mundo entero: ¡malvado, ser infernal! ¡tú has atacado mi existencia hasta en su orígen: has asesinado á mi hijo, has deshonrado á mi muger, has perdido al jóven Hanson, has abierto con tus propias manos la sepultura de sus padres, has ultrajado á Dios, á la humanidad: no, no hai perdon, la muerte es poco aun para expiar tantos crímenes!»

En este momento se oyó una voz á la puerta: creí habrian des-

pertado sus guardias, y no teniendo ya un momento que perder, me lancé precipitadamente á él; hizo fuego sobre mí, no me acertó, y al instante.... le sumergí mi puñal en el corazon; cayó en una silla y espiró, despues de haber dicho con una voz débil: *Teodoro, me has muerto; lo merezco: mayor es tu dolor.*

Al momento se apoderó de mí un secreto horror: mi rostro y mi camisa estaban cubiertos de sangre de mi tio: me miré á un espejo y me estremecí al ver la imágen del asesino: tenia aun en mi mano el puñal ensangrentado; le oculté prontamente, no cuidando ya sino de ponerme en salvo, y temiendo que los criados no me die-

sen tiempo: antes de salir del cuarto miré sobre la mesa, y reconociendo la letra de Elisa, me apoderé de aquellos papeles, y me escapé por la escalera secreta de la biblioteca.

Me parecia estar sumergido en un sueño horroroso: tenia mi cabeza demasiado desconcertada para reunir mis ideas; la de huir de un sitio horrible ya para mí era la única en que podia detenerme, no por un sentimiento de temor, sino porque me parecia resonar á mis oidos por todas partes el nombre del asesino, y yo mismo huyendo repetia con horror: «¡Yo soi un asesino!»

Sostenido por mi delirio, corrí, ó mas bien volé un espacio de

veinte millas sin tomar aliento, y pasé dos rios á nado: fatigado en fin, sin fuerzas para continuar mi carrera, me senté para reposar un poco, y tratar de recobrar alguna calma. El dia empezaba ya á manifestarse, y ofreciendo un retiro la espesura de un bosque, me aproveché de aquella mansion de fieras hasta poder proseguir mi camino sin tanta esposicion. Entonces fue cuando yo empecé á meditar con un poco mas de serenidad sobre el partido que debia tomar, y que creí ser el mas prudente en las circunstancias en que me hallaba, decidiéndome á dejar la Inglaterra. Yo no dudaba que mi padre fuese el primero que me mandase buscar: sabia tambien que si po-

dia sustraerme á sus diligencias, estaria siempre en contínuas alarmas; que creeria ver á cada momento levantada sobre su cabeza la mano del asesino, y este principio de suplicio era bien merecido para que yo no mirase como justo el hacérselo sufrir. En fin, yo tenia aun un motivo para desear vivir; no podia abandonar la esperanza de volver á ver á mi adorada Elisa; debia consagrar el resto de mi vida al anhelo de buscarla, para darla, si era posible, alguna calma y consuelo en su desventura. La carta escrita por ella, y de la que me habia apoderado, no contenia sino reconvenciones, quejas y maldiciones; pero no me instruia del parage de su retiro.

Cuando andaba fugitivo, despues de haberme escapado de la casa de correccion donde me tenian encerrado, gozaba al menos de la paz del alma; pero entonces ya no existia para mí: una sombra, las hojas de un árbol me estremecian; y cuando Morfeo, hijo de la noche, pesaba sobre mis párpados, sueños espantosos turbaban mi imaginacion. Teodorico, bañado en su sangre, se presentaba de contínuo á mi vista, y el arrepentimiento de no haber dejado al cielo el cuidado de mi venganza, me despedazaba el corazon.

Pasé el resto del dia en el centro del bosque, y por la noche me aventuré á llamar á la puerta de un labrador, á quien hice creer

que habia sido robado, pero que felizmente me habian dejado en un bolsillo que no habian registrado, algunas monedas que me sirvieron para pagar la comida, un sobre-todo de lienzo burdo y unos zuecos que me vendió. Salí de su casa al amanecer, me oculté en un monte inmediato, y á la noche volví á ponerme en camino. Despues de haber corrido cerca de tres millas, retiráudome de los caminos frecuentados, y siguiendo las sinuosidades de un riachuelo, me hallé cerca de un antiguo castillo arruinado: una pobre muger anciana habia formado allí su asilo, y vivia de pan y leche que la daban por caridad, y de berros que cogia de las orillas del arroyo.

Trataba de retirarme cuando la ví; pero ella me preguntó cuál era la causa de ir por aquel sitio; y el aire de bondad pintado en su rostro me animó á responderla: «Busco, la dije, algun alimento, porque habiéndome estraviado de mi camino, he andado mucho sin comer.

—Pues, señor, bien venido seais, respondió la buena muger; yo no tengo mucho que ofreceros; pero si teneis hambre, no dejareis de comer lo que pueda daros: seguidme y bajad la cabeza al entrar.»

Me agradó este aire de franqueza; entré en su pobre albergue, y me pareció escelente la comida que me dió. Estando este castillo mui retirado del camino, creí poder

descansar en él sin riesgo, y permanecí muchos dias, sin temor de que persona alguna pudiese sorprenderme. La pobre anciana me estaba diciendo contínuamente, que la dejase ir al pueblo para procurarse mejor alimento para mí; pero yo temia que los mismos víveres que podia comprar, habian de despertar la sospecha.

Un dia despues de las doce me quedé dormido en un rincon del cuarto, y ella se habia salido por no turbar mi reposo: dos horas despues volvió á entrar, y me dijo: «Teodoro, ¿por qué dormís tanto tiempo?» Sorprendido de haber oido pronunciar mi nombre, abrí los ojos y los fijé en ella con inquietud.

«Nada temais, jóven; aunque se ofrezcan dos mil libras esterlinas al que os entregue al poder de vuestro padre, no venderé yo jamas la vida de uno de mis semejantes; pero vos no podeis permanecer mas aquí. ¿Cómo habeis podido haceros culpable de un crímen como el que se os imputa? Se dice, en verdad, que vos habiais perdido la cabeza, y que este atentado fue solo efecto de uno de vuestros raptos de locura.

— No, no, esclamé yo, mi juicio estaba enteramente cabal. Todo lo sabreis; pues veo que el asesino no puede sustraerse á la venganza del cielo, y á la justicia de las leyes.» La referí entonces todos mis trabajos, y cesó de con-

denarme: me dijo, que dos hombres que habia encontrado, la habian referido el ascsinato de lord D...., de las indagaciones y requisitorias espedidas en persecucion del asesino, que se sospechaba ser su sobrino, y la recompensa prometida por mi padre al que me aprendiese y entregase á él. Esta buena muger no habia maliciado al principio que fuese yo; pero volviendo á entrar en el cuarto donde yo dormia, habia visto un poco descubierto mi pecho, la finura de mi camisa, la blancura de mis carnes, y el retrato de Elisa con una cinta pendiente de mi cuello. Acordándose entonces de la historia que la acababan de referir, no dudó ya que yo fuese el pró-

fugo, cuya cabeza se habia puesto á precio; y á consecuencia de tan fundada sospecha habia pronunciado mi nombre para asegurarse, mirándome cuidadosamente á la cara, que debia confirmarlo siendo cierto. Permanecí aun algunos dias con mi bienhechora; pero habiéndose sospechado ya por algunos que me hallaba oculto en aquel castillo arruinado, me ví precisado á evadirme, debiendo solo á la activa vigilancia de aquella virtuosa anciana la fortuna de lograrlo.

No me detendré en referir los medios de que me valí para ocultarme y escapar de la justicia, ni los muchos disfraces de que á cada momento usé: frecuentemente debí solo á mi arrojo y travesu-

ra mi libertad, sabiéndome aprovechar al mismo tiempo con destreza del terror que habia inspirado mi nombre. A cada paso que daba, se turbaba mi vista al aspecto de los infinitos carteles de que estaban cubiertas las paredes con estas palabras por cabeza:

ASESINATO.

Dos mil libras esterlinas de recompensa.

Se ponian con tal exactitud todas mis señales, que me admiraba no ser conocido de todo el que me mirase: si yo veia que dos personas se hablaban al oido, imaginaba siempre que era de mi, y á ca-

da momento mudaba de color; el mas copioso sudor cubria mi rostro, y no cuidaba sino de alejarme de todos.

Aproximábame insensiblemente á Lóndres, donde esperaba sustraerme mas fácilmente á las diligencias que con tanta actividad se practicaban en mi persecucion: me proponia buscar allí los medios de espatriarme durante el tiempo suficiente para hacer olvidar la memoria de mi nombre y de mi crímen.

Durante este viage, y en el momento de estar oculto en un retiro casi impenetrable, fue cuando tuve la dicha de prestar mis socorros á vuestra hija: ella hacia vanos esfuerzos para rechazar los

ataques, semejantes á los que habian desterrado para siempre la paz de mi alma; y debeis juzgar cuánto temblaria cuando fui forzado á comparecer ante un tribunal numeroso.

Luego que llegué á Lóndres me proponia no permanecer allí sino el tiempo necesario para asegurar mi fuga á cualquiera pais; pero detenido por vuestra generosidad y por la nobleza de vuestros sentimientos, se abrió mi corazon por un momento al placer cuando pude decirme á mí mismo que habia hallado un hombre....

El cielo ha decidido que yo no tendria mas reposo que esperar sobre la tierra: su justicia persigue á un asesino: yo me resigno con

mi suerte. ¡Respetable Shechem! ¡Eva interesante! ¡quiera el cielo que un sentimiento de compasion disipe, si es posible, el horror que debo inspiraros! Soi demasiado desgraciado para no ser compadecido.

CAPITULO XI.

La lectura del manuscrito de Teodoro se habia ya concluido: Eva le habia vuelto á poner sobre la mesa. «¡Ah! dice ella anegada en lágrimas, y reprimiendo apenas sus sollozos, ¡mi loca pasion aumenta sus desgracias! ¿Pero por qué nos ha dejado? No debia suponernos capaces de hacerle traicion.

— Tampoco lo ha creido, hija mia, dice Shechem: semejante sospecha le hubiera impedido dejarnos este manuscrito: á mas de es-

to, su accion, tan terrible como es, ha librado al mundo de un malvado, y en este concepto me atrevo á juzgarla muì recomendable. Sin embargo, Teodoro es culpable por haber violado las leyes de la sociedad. Si fuese permitido á los hombres hacerse justicia por sí mismos, el mas puro, el mas virtuoso estaria contínuamente espuesto á sufrir los tiros de la calumnia y de la audacia: no habria jamas seguridad en la vida de los particulares, y la tierra entera no seria mas que una vasta carnicería: es preciso resignarse á sufrir los males parciales, aunque bien sensibles, para librarse de la calamidad mas horrorosa mil veces, pues que seria general.

Yo os creo, padre mio: ¿pero no habrá algun medio de hacer volver con nosotros á ese desgraciado? Yo participo de su espíritu y valor: he llegado á querer á su Elisa, y espero (Eva bajó la voz al acabar esta frase) volver á hallar la fuerza de ser superior á una debilidad cuya inutilidad conozco.»

¿Pero lo esperaba? Lo mas seguro es dudarlo para no correr el riesgo de adoptar un error. Como quiera que sea, Shechem, encantado de las disposiciones de su hija, y no pudiendo menos de considerar á Teodoro como desgraciado y no como culpable, se decidió fácilmente á hacer investigaciones para descubrirle: ¿pero có-

mo realizarlo? ¿Podia lisongearse de lograrlo sin dar indicios propios para descubrir al que queria salvar? Por consiguiente semejantes diligencias hubieran producido el efecto de una denuncia en forma, poniendo á este desgraciado jóven bajo la cuchilla de las leyes. El servirle así ¿no era conspirar directamente contra sus dias?

Estas reflexiones, demasiado ciertas, hacian infructuosas las buenas intenciones de Shechem: no le quedaba mas que la esperanza de ser conducido sobre las huellas de Teodoro por alguna circunstancia imprevista. En cuanto á Eva, retirada en su cuarto con el fatal manuscrito, le volvió á leer

aun mas de una vez. El destino de los Hansones, el de los Simpsones le arrancaban lágrimas de dolor, y dirigia al Dios de Abrahan las mas fervorosas súplicas por la vida de Teodoro. A vista del riesgo inminente que corria, se desvaneció aquel espíritu varonil que ella miraba como un deber: se estremecia de horror pensando que el hombre, cuyo corazon, á pesar de sus estravíos, era el santuario de todas las virtudes; aquel que la habia arrancado del mas horroroso peligro; el primero que la habia hecho sensible, ¡pereceria acaso en un patíbulo!!! Estas ideas la enagenaban, la ponian fuera de sí, y su imaginacion discurria mil espedientes, todos mas

impracticables los unos que los otros. Tan pronto formaba la resolucion de marcharse de la casa paternal á favor de un disfraz; de ir en busca de Teodoro, y despues de haberle hallado velar por su persona como su ángel tutelar. Tan pronto queria irse á echar á los pies del padre de este jóven y arrancarle el perdon de su hijo; pero estos proyectos, concebidos en el delirio del dolor, no resistian al exámen de la razon, que los rechazaba como quiméricos.

El mismo dia de la partida de Teodoro, Shechem escribió á Eduardo con toda la circunspeccion que el interes de su amigo hacia necesaria: le decia solamente:

«Que estando encargado de entregar papeles importantes á Elisa, deseaba tener noticias sobre su suerte y la de sus hermanas: añadiendo sin embargo, que celebraria mucho el verle si sus asuntos ó sus placeres le conducian á Lóndres, para comunicarle ciertas circunstancias que acaso celebraria saber.» Shechem no se atrevió á esplicarse mas claramente en una carta confiada al correo.

Algunos dias despues, un sugeto de la curia, á quien acostumbraba emplear en sus asuntos litigiosos, fue á buscarle para comunicarle los progresos de un pleito que Shechem resolvió abandonar por no gustarle hacer anticipaciones inútiles ó de un rein-

tegro cuando menos incierto.

Este hombre en el discurso de su conversacion dijo que queria consultarle sobre una cuestion que se le habia propuesto: esta cuestion se reducia á saber, si á falta de legítimo heredero de una propiedad, ¿podia entrar en posesion el heredero mas inmediato?

«Amigo, responde Shechem, la palabra *á falta* me parece aqui mui equívoca: para resolver esa cuestion es preciso espresar bien los términos.

— La formaremos de otra manera: el segundo heredero ¿puede entrar al goce habiendo perdido la razon el primero?

— Seguramente, siempre que con claridad se estipule que este

volverá á entrar en sus derechos si recobra la razon.

— Ved aquí en pocas palabras á lo que se reduce el asunto. El heredero de una inmensa fortuna, deseando disfrutarla, se ha deshecho del poseedor: el autor del asesinato ha sido descubierto, y se halla oculto por librarse del suplicio: se alega que está loco; y si no es castigado de muerte como homicida, debe ser encerrado por toda su vida: se trata, pues, de saber si en este último caso el heredero que le reemplace, ¿podrá entrar al momento en posesion de los bienes?

— Yo no lo creo, dice Shechem, á quien habia inmutado esta esplicacion, encendiendo el color de

su cara : ¿no sabes que un acusado es reputado inocente hasta su condena, y que por consecuencia sus bienes no pueden pasar á otro sino despues que la ley haya pronunciado sobre su suerte? Todo lo qué puede hacer en semejante caso, es poner los bienes en secuestro. ¿Pero no te sorprende la codicia de tu cliente? Me parece, si no me engaño, que le conozco.

—El asunto ha hecho bastante ruido, y podeis acaso estar ya informado; por lo demas, yo soy de vuestro sentir sobre la codiciosa impaciencia de....

—¿El escudero Cyphon, no es verdad? repuso Shechem, interrumpiéndole. Su conducta le cubre de un oprobio eterno. No con-

tento con haber ofrecido dos mil libras esterlinas al delator que entregue al verdugo á su propio hijo, no quiere ni aun esperar su muerte para apoderarse de unos bienes de que, sin el crímen de ese jóven, jamas hubiera sido dueño.....»

Shechem entregaba á la execracion este padre desnaturalizado que sacrificaba su propia sangre á la sed del oro, y por el vano placer de heredar una plaza de un hermano. En vista de una conducta tan atroz, nada veia ya que le admirase en esta multitud de crímenes y de convulsiones sangrientas, provocadas por la ambicion de los hombres.

Eduardo no respondió á su

carta. Sin duda, decia Shechem, que ya Teodoro le es odioso. Esta sospecha no duró mucho tiempo, pues habiendo llegado Eduardo á Londres, le hizo ver que solo iba en busca de su primo en casa del buen israelita.

Frustróse su esperanza, pues ni aun él mismo pudo dar noticia alguna á Shechem sobre la suerte de Elisa: nadie se habia presentado en nombre de esta desgraciada muger para recibir la porcion de bienes que le habia sido legada por Teodoro. Sin fortuna y sin medios de proveer á su subsistencia, habia sucumbido, segun todas las apariencias, al esceso de su desgracia.

En cuanto al escudero Cyphon,

su vida no era mas que una cadena de terrores que renacian sin cesar. Bajo y cruel, insoportable á sí mismo y á los demas; el aspecto de un semblante sereno le ponia furioso; la felicidad de otro hacia su suplicio: todo cuanto le rodeaba respiraba la tristeza, la violencia y el espanto: no habia precauciones que no tomase para escapar al puñal, que creia ver siempre dirigido contra su seno. Habia hecho enrejar las ventanas de su cuarto, en el que no se entraba sino por una puerta mui estrecha. Cuando le llevaban de comer ó de beber, su criado comia de todo antes que él; tanto era lo que temia que le envenenasen. Su sueño era penoso, y fre-

cuentemente interrumpido; se levantaba siempre á media noche para coger sus pistolas y ponerse en estado de defensa, soñando que llegaban á atacarle; sin ninguna comunicacion con sus vecinos, estaba confinado en su casa como en una prision, entregado á todas las agitaciones de una conciencia atormentada.

«Hé aquí la suerte de los malvados, dice Shechem: no pudiendo disimular el horror que inspiran, creen sin cesar que va á herirles un rayo invisible del horror y de la venganza: la muerte está contínuamente delante de sus ojos: sufren sus angustias mil veces antes que llegue.... ¿Pero es posible que Cyphon no se estre-

mezca al ver espirar á su hijo en un patíbulo?

— En verdad, repuso Eduardo, yo le creo capaz de todo si mira su muerte como necesaria á su propia seguridad. Sin embargo, su orgullo recibiria un golpe terrible; y eso es lo que le estimula á publicar que el asesinato del lord D.... es un acto de demencia, como él justifica por el mismo motivo las precauciones que toma para sí mismo. Ofreciendo dos mil libras esterlinas al que prenda á su hijo, ha tenido por objeto, sin duda, el asegurarse de su persona, y tenerle encerrado por toda su vida.

Eva estaba desolada viendo que no se recibia ninguna noticia

de Teodoro. ¿No era bien culpable de guardar un silencio que sabia debia afligir á sus amigos? ¿Pero quién podia adivinar su situacion actual, y los peligros de que estaba rodeado?.... Tales eran las reflexiones diarias de Eva: á cada momento temia saber el arresto de Teodoro por los mismos agentes de su tio, ó por los empleados de la justicia.

Eduardo pidió permiso al bueno de Shechem y á su amable hija para volver á sus tierras, donde pasaba su vida en una indolente irresolucion: no habia hallado aun sino una sola muger que simpatizase con su corazon; y esta muger, á quien no faltaba sino la riqueza de que él estaba

abundantemente provisto, era la que estaba decidido á unir á su suerte: tanto influyen ciertas preocupaciones ridículas sobre la conducta de los hombres, aun los mas á propósito para disiparlas.

CAPITULO XII.

Muchos meses se pasaron, y nada se oia hablar de Teodoro: la idea de no volverle á ver mas desesperaba á Eva. Shechem no habia hecho sino inútiles investigaciones; y sin embargo de ser inútiles, no podia menos de admirar una vigilancia que burlaba todas las pesquisas de la justicia, las que una promesa de dos mil libras esterlinas debia hacer tan activas, y en fin, todas las diligencias de la amistad.

Shechem habia visitado todos

los navíos pertenecientes al comercio de levante, persuadido de que Teodoro, que hacia ya tiempo deseaba pasar á la Arabia, habria vuelto á empeñarse en realizar este proyecto, y se hallaria ya acaso embarcado; pero todas las diligencias que practicó en este concepto no tuvieron suceso mas feliz que las demas. En uno de estos buques fue donde halló un joven, tostada la tez de su cara por el sol, pero que sin embargo tenia el aire de ser un inglés; creyó hallar en él cierta semejanza con Elisa, y por esta razon le miró con tanto cuidado.

Habiendo trabado conversacion con este jóven, supo que llegaba de Alejandria. «Tengo un diaman-

te bastante precioso, de que quisiera deshacerme, le dijo este despues de haber conferenciado un rato con Shechem: me parece que vos podriais aconsejarme y dirigirme en esta clase de negocios, y tendria un placer en consultaros. Shechem le prometió su consejo, y le invitó á ir por la noche á su casa.

El buen israelita esperó con impaciencia la hora de la cita, admirado de verse tan favorablemense opinado de un hombre que le era desconocido. «No puede ser, decia él entre sí, sino por venir de una ciudad donde yo he estado la mayor parte de mi vida.» Llegó en fin, y Shechem le condujo directamente á la biblioteca, lo

que no habia hecho aun por nadie.

El incógnito le mostró el diamante que queria vender: Shechem le ofreció una suma que fue aceptada, y el jóven le hizo su recibo, firmándole bajo el nombre de *Jason Hanson.*

«Perdonad mi curiosidad, dijo Shechem al ver la firma: ¿los Hansones de *W*.... son parientes vuestros? El aire de semejanza con esta familia es lo que me ha hecho desear hablaros. Hacedme, pues, el favor de decirme si he acertado.»

El jóven admirado fijó su vista en Bensadí, y estuvo algunos momentos sin responder; pero no imaginando que tuviese peligro en

ser franco en aquel momento, confesó que era el hijo del ministro Hanson, y preguntó con interes á Shechem si podia informarle de la suerte de su familia.

«¡Amigo mio! responde este con voz trémula, y enjugando las lágrimas que asomaron á sus ojos, yo he sabido que has sido enviado á Bombay: ¿cómo es que vuelves de Alejandría?

— Es una relacion que mi impaciencia no me permite haceros en este momento; pero os suplicó no me tengais mas tiempo suspenso sobre lo que mas me interesa; yo temo no ser la sola víctima del mónstruo que ha jurado mi perdicion.

—¡Ah! ¡el malvado nunca estaria

completamente satisfecho si el desgraciado objeto de sus venganzas no viese todo el peso del infortunio sobre él, y sobre cuanto pueda interesarle!!! Lo que voi á decirte llagará sin duda tu corazon como al mio: es un tormento demasiado fuerte para mi decrepitud, y me parece minorar su peso en comunicártelo. Este manuscrito que ha dejado tu desgraciado amigo Teodoro, te convencerá de que la felicidad sobre la tierra no es el patrimonio de la virtud.»

Shechem, despues de haber confiado el manuscrito á Hanson, se retiró al cuarto de su hija, que en este momento tocaba el harpa para distraer su melancolía.

El dolor, la desesperacion, la

rabia, mil sensaciones tumultuosas y encontradas agitaron alternativamente el corazon de este jóven, leyendo rápidamente aquel fatal manuscrito. Cuando llegó á la muerte de Teodorico: «¡Bien, bien, mi noble amigo!!! esclamó: es un acto de justicia.» No tardó en reemplazar el impulso de la venganza al enternecimiento. Las desgracias de su familia, la suerte horrorosa de Elisa y la de Teodoro le arrancaron lágrimas de dolor, y corrian aun cuando Shechem volvió á presentarse.

Este le refirió cuanto sabia relativo á Teodoro, asi como las diligencias inútiles que habia practicado por volverle á hallar desde su desaparicion. Eva anunció es-

tar la comida ya en la mesa, y Hanson fue invitado á quedarse. El afecto que demostraba Bensadí, le daba libertad para dar rienda suelta á las espresiones de su dolor, y le fue mui grato el convite que aceptó, consintiendo tambien en tomar por aquella noche un cuarto en casa del buen Shechem, en vista de que no tenia necesidad de volver á la embarcacion.

Este infeliz jóven tenia bastante necesidsd de consuelo. Regresando á su patria con una fortuna considerable que pensaba consagrar á su adorada familia, en el momento en que se creia dueño de realizarlo y ver cumplidas sus lisongeras esperanzas, sabe la desgraciada muerte de su padre y de

su madre, la ruina y dispersion de sus hermanas!!! ¡Qué revés tan horroroso!!! Si medita una venganza ejemplar, si en el esceso de su desesperacion jura arrancar la vida al infame cómplice verdugo de sus padres, ¿cuál será el buen hijo, el hermano sensible que no trate de disminuirle su crímen?

A la mañana siguiente Shechem salió con él, y le ayudó en el arreglo de algunos negocios interesantes, recibiendo al mismo tiempo en su casa, segun Hanson se lo habia suplicado, dos baules, que decia contenian efectos preciosos que queria depositar en parage seguro.

Bensadí no le ocultó la sorpresa que le causaban unas riquezas

adquiridas en tan poco tiempo por un hombre, que segun confesaba, no habia ocupado ninguna de estas plazas tan numerosas en la India, donde hai el privilegio de oprimir á los desgraciados habitantes y enriquecerse con sus haciendas.

«Vuestra admiracion es bien natural, dice Hanson: yo nunca he sido mas que soldado, y en este momento veis en mí un desertor. Si mis aventuras pueden interesaros, estoi pronto á comunicároslas, para corresponder á la honradez y estimacion con que me tratais.»

Bensadí y su hija aceptaron la proposicion con mucho placer, y Hanson les hizo la relacion siguiente.

CAPITULO XIII.

Se ha observado siempre, que cuantos mas riesgos se corren y mas trabajos se sufren, mas placer se halla en hablar cuando no queda mas que la memoria de los sucesos.

Ya conoceis mi familia y su triste situacion: sabeis que el odioso Teodorico me envió al colegio: su falsa generosidad me inspiró esperanzas mas capciosas aun: pretendí una plaza eminente en la iglesia, y me nombraron limosnero de navío: al mismo tiempo se

veia mi desgraciado amigo atormentado por la opresion; y yo, engañado con respecto á él, me lamentaba del estravío de su razon!!! Dos tiranos se unian al mismo tiempo para consumar la ruina de mi familia, y yo lo ignoraba.

Apenas perdimos de vista las costas de Inglaterra, me ví despojado de mi grado de limosnero. Se me anunció que la iglesia me cedia á la compañía de las Indias, y que yo estaba comprometido como soldado: burlado tan cruelmente, me puse furioso y quise arrojarme á la mar: me prendieron para arrastrarme al fondo de la cala, donde estuve cargado de fierro, teniendo por compañeros de infor-

túnio á dos jóvenes que habian sido arrestados por sorpresa y conducidos por fuerza á bordo del navío de la Compañía para ir á sostener sus intereses en la India.

Conociendo ser inútil toda queja, procuré resignarme con mi suerte. Las sábias instrucciones de mi padre se vinieron á mi imaginacion y fortalecieron mi espíritu: mis enemigos me atormentaban con el peso de su poder; yo me contuve con la esperanza de librarme de ellos á beneficio de mi destreza.

Desde mi arribo á Bombay hice parte de un destacamento enviado para esterminar los desgraciados indios que se habian creido con el derecho de resistir á la

opresion del vencedor, y de resistirse á la legitimidad de una contribucion enorme que se hallaban en la imposibilidad de pagar.

Despues de muchos dias de una marcha penosa, llegamos á la vista de un pueblo donde el enemigo se habia atrincherado. El plan era de aterrar á las otras tribus de indios con el castigo terrible de la que se habia atrevido á levantar el estandarte de la rebelion. Este plan fue fielmente seguido: el pueblo, atacado á media noche, fue tomado por asalto despues de una sangrienta resistencia: muchos centenares de los nuestros perdieron la vida en esta refriega; pero los vencidos fueron esterminados: no se perdonó ni el

sexo ni la edad: viejos, mugeres, niños, todo fue inhumanamente degollado, y las llamas consumieron á los desgraciados que habian buscado en las casas un abrigo contra la ferocidad del vencedor.

Cerca del parage donde yo me hallaba, una jóven con dos niños en los brazos se lanza de una casa que se estaba viniendo abajo, y se refugia en medio de nosotros. Sus cabellos estaban en desórden, su fisonomía tenia marcada la desesperacion: daba gritos espantosos y lamentables, y parecia implorar la piedad en un lenguage desconocido; pero sus gestos indicaban bastante su significacion: un irlandés la arranca los dos niños y los estrella la cabeza contra una pa-

red: levantaba el brazo para sacrificar á la madre, cuando una bala le hizo saltar los sesos, que vinieron á dar en mi rostro. En este momento un negro, desnudo y cubierto de sangre, salió de las ruinas, y de un hachazo le tendió muerto á sus pies el feroz irlandés.

Todo lo que la imaginacion puede inventar de mas horroroso, no puede igualar al espectáculo de que yo fuí testigo. Habia cesado de batirme, y estaba solo á la esquina de una calle entre cadáveres y escombros de las casas incendiadas: en el esceso de mi dolor y de mi indignacion pedí al cielo sepultase á un tiempo en las entrañas de la tierra á vencedores y vencidos, para borrar, si era posi-

ble, de los anales de la especie humana, esta escena de horror y de carnicería; pero cuando reflexioné que no era mas que una débil escaramuza la toma y destruccion de un pueblo miserable, de ninguna importancia para colocarse entre las sangrientas batallas que la historia recoge, no vi ya en el hombre, tan orgulloso de sus luces y civilizacion, mas que un mónstruo feroz y sanguinario con el que es mui horroroso el vivir; y volviendo contra mi seno la punta de mi espada, estaba ya para desprenderme de una penosa existencia, cuando me sentí herido de un golpe en la espalda: me volví, y era un indio que levantaba el brazo para herirme de nuevo: el

instinto, mas bien que la reflexion, me hizo poner en defensa, y dí fin de aquel desgraciado.

Me alejé de aquel desventurado pueblo, resuelto á no volver á unirme á mi destacamento por no querer ya ser mas tiempo un vil y pasivo instrumento de la opresion y del crimen: llegué á un espeso bosque, y allí pasé el resto de la noche: la herida que habia recibido me hacia sufrir bastante, y mis fuerzas se hallaban enteramente exhaustas.

CAPITULO XIV.

Luego que el sol empezó á colorar con sus rayos la cima de los árboles, cogí unas naranjas y granadas de las que hallé á mano, con las que me refresqué un poco y recobré algunas fuerzas. En el momento que me levanté para ponerme en marcha, me hizo volver la cabeza un ruido que oí entre las hojas y maleza del bosque, y vi una monstruosa serpiente que se avanzaba con un magestuoso silencio: los pájaros que habian entonado sus cánticos, se callaron y marcha-

ron, y todos los demas animales se ocultaron entre las hojas de los árboles.

El reptil pasó cerca de mí, y confieso que le vi alejarse con tanto placer, cuanto habia sido el miedo de verle. Procuré salir inmediatamente del bosque; pero para mi seguridad debia atravesarle, y me apresuré á realizarlo. Vi sobre mi camino una multitud de pájaros adornados de los mas brillantes colores, rebaños de monas que se balanceaban sobre las ramas de los árboles, serpientes y otros reptiles dañosos; pero ya ninguna fiera me aterraba, avezado á tratar con el hombre que miro como el mas feroz animal.

Habia ya hecho bastante camino; el sol se hallaba á la mitad de su carrera, y un calor estremo me sofocaba, cuando la voz de un hombre, mas terrible para mí que las serpientes y los tigres, hirió mis oidos: me estremeció la sorpresa, no sabiendo como escapar, y no teniendo armas para defenderme: un momento despues ladró un perro, y oí risas de niños: esta circunstancia me serenó; me adelanté arriesgándome á todo lo que pudiera suceder; pues mui frecuentemente se conserva la vida porque no se teme ya perderla: es una observacion que he tenido ocasion de hacer mas de una vez: el hombre que yo habia oido, era un indio que jugaba con dos

niños; á mi vista los cogió en sus brazos y se marchó con precipitacion. Yo le llamé á grandes gritos, mostrándole mis heridas, á fin de mover su piedad. Un europeo se hubiera estremecido de horror al ver á uno de los verdugos de sus compatriotas: el indio me miró, se aseguró de que yo no tenia armas, y me tendió la mano en señal de amistad.

Hablaba el idioma indio y tenia alguna tintura del árabe, lo que bastó para entendernos: me condujo á una cabaña formada de pelotones de tierra y ramas de árboles. Un boqueron estrecho servia á un tiempo de puerta y de ventana: una estera hacia las veces de cama: el indio era casado,

me presentó á su muger, esta me ofreció leche, melones y nueces de coco: yo acaricié á los dos niños, que eran negros como el ébano, cuya accion encantó de tal manera á los dos esposos, que bien pronto me miraron como un amigo.

«¿Vivis separado de vuestros compatriotas? pregunté al indio. ¿No teneis con ellos ninguna relacion?

—No, me respondió: yo me limito á ofrecer la hospitalidad al viagero errante, sin preguntarle cuál es su casta. Yo vivo feliz en la sociedad de mi muger: las producciones de la naturaleza son suficientes á nuestra subsistencia, y nuestros votos no pasan de aqui.

— ¿De esa manera vivireis al abrigo de las necesidades facticias que el lujo ha creado?

— Brama nos prohibe atentar á la vida de ningun animal: la tierra produce bastantes vegetales y frutos para el alimento de los hombres.

— ¿No habeis tenido nunca deseos de conocer la navegacion, este arte divino que reune todas las partes del mundo, y las enriquece con sus respectivas producciones?

— ¡Ah! ¡pluguiese al cielo que jamas hubiésemos oido hablar de ese pretendido arte divino, que nos ha traido la muerte y la esclavitud!!! Si nosotros tuviésemos grandes navíos como vosotros, y quisiésemos establecernos en vuestro

pais y exigir contribuciones, ¿no os opondriais con razon?

— Sin duda, semejante pretension seria un atentado contra las leyes de la naturaleza, y contra el derecho de propiedad.

— Pues ved ahí lo que vosotros haceis con respecto á nosotros: despreciais los peligros de una larga navegacion para venir á robarnos nuestros bienes, y reducirnos á la condicion de esclavos. Si nuestro oro, nuestros diamantes, nuestros algodones y nuestro marfil provocan vuestro deseo, ¿por qué no los haceis objetos de cambio? nosotros hubiéramos entonces celebrado semejante determinacion.

— Eso no entra en las miras de los europeos que visitan estos cli-

mas: los productos de un comercio libre son mui módicos y mui lentos para hombres que desean enriquecerse en seis meses á cualquier precio y sin reparar en los medios.

—Por librarme de cometer estas infamias vivo lejos de los hombres: nunca me pude resolver á creer que los blancos tuviesen el derecho de oprimirnos: mis compatriotas han sucumbido á ese yugo: nosotros los hemos dejado: mi muger y yo vivimos aquí libres, y hallamos la felicidad en el seno de la naturaleza.»

El modo de pensar de este indio me hizo detestar mas la odiosa política de las naciones: yo habia ya tomado mi partido: no que-

ria volver mas á vivir entre nuestros colonos, y creo hubiera acabado por fijarme en el centro de los desiertos de la India, no lejos de aquella familia feliz que me habia tan generosamente acogido, si hubiese podido renunciar al deseo de volver á ver la mia.

Luego que me hallé curado de mis heridas, me despedí de mis favorecedores: me colmaron de bendiciones y derramaron lágrimas al verme partir. Yo no fui menos sensible, y les prometí una memoria eterna.

El que no ha corrido los vastos montes y florestas de la India, no puede imaginar hasta qué grado son de espantosos, á pesar de los hermosos colores de las flores,

la abundancia y fragancia de las frutas: en el dia reina alli un calor que sofoca: serpientes ocultas bajo la yerba, ó enroscadas en los troncos de los árboles, hacen oir sus horrorosos silvidos: apenas ha llegado la noche, se inflaman mil meteoros en los aires enmedio de la oscuridad, y difunden por todas partes el terror: los bramidos del leon, los gritos del tigre hacen resonar sus ecos, y destrozan ó ahuyentan á todas las demas fieras de los bosques.

Mi único recurso para escapar durante la noche de los reptiles y otros animales peligrosos, era el de subirme en un árbol, donde permanecia hasta la mañana siguiente: en esta posicion tenia

cruelmente que sufrir á las hormigas y una multitud de insectos de diferentes especies, que me acribillaban de picaduras, y me atormentaban á punto de ponerme furioso.

En fin, despues de ocho dias de marcha llegué á la orilla de la mar: creia estar en las inmediaciones de Surate; pero no habiendo ningun medio de asegurarme exactamente de su posicion, me hallé en una cruel incertidumbre sobre el camino que debia seguir; por lo tanto me decidí á dirigirme hácia el norte sin alejarme de las orillas del Océano.

El bosque, que se estendia á lo largo de la costa y me suministraba las frutas de que me alimen-

taba, confinaba con una vasta llanura absolutamente estéril: llegué á ella al cabo de algunos dias, y no atreviéndome á andarla, temeroso de que me faltasen las subsistencias, volví atras mis pasos.

La esperanza de ver llegar algun barco sobre la costa, no me permitia alejarme; pero el equinoccio, que se acercaba, debia producir los huracanes tan frecuentes como terribles en esta parte del Asia: el bosque no me ofrecia sino un abrigo insuficiente: resolví levantar una cabaña: al momento puse manos á la obra, sin otra herramienta que un cuchillo: como nada me distraia de esta ocupacion, la cabaña fue bien pronto construida y defendida por una

empalizada que formé de estacas clavadas en tierra, mui unidas y elevadas, para que ningun animal, por grande que fuese, pudiera franquearla.

Esta precaucion fue tomada bien oportunamente, porque apenas estuvo mi habitacion en estado de recibirme, se levantó un huracan horroroso, tal que jamas vi otro semejante en Europa, y duró tres dias enteros: cualquiera hubiera dicho que los elementos iban á confundirse y entrar en el caos: el viento, el rayo, la lluvia, el granizo, todo parecia concurrir al trastorno de la tierra y de los mares. De cuando en cuando oia á lo lejos los rugidos de las fieras amedrentadas en la espesura del mon-

te: las angustias de una naturaleza viva enmedio de esta escena de desolacion aumentaban el terror de que me veia dominado.

Al cuarto dia, habiendo vuelto el cielo á quedarse sereno, me acerqué á la orilla del mar, y lo que observé á primera vista fue un número considerable de conchas que encerraban hermosas perlas: escogí aquellas que me parecieron mas preciosas, con el fin de que me sirviesen de algun recurso cuando saliese de aquel desierto.

¡Cuál fue mi alegría al dia siguiente al ver un navío cerca de la costa! No tardó mucho tiempo en abordar una chalupa á corta distancia de mi cabaña: juzgué por

el trage de los hombres que saltaron en tierra que eran holandeses: me apresuré á acercarme á ellos, y hablándoles en frances vi que lo entendian dos: les dije que yo habia naufragado dirigiéndome á Moka, que mi vestido era de un soldado de los que se habian ahogado, y el mar le habia arrojado á la orilla, y que yo habia pasado cerca de tres años en aquella costa.

Consintieron en llevarme en su chalupa, despues de haberme dicho que se habian embarcado en Surate para ir á buscar goma á Moka, y que un temporal furioso los habia echado sobre aquella bahía, que me informaron ser la bahía de Cambaya.

Luego que cargaron la chalupa de frutas, nos fuimos á bordo: yo referí mi historia al capitan, que consintió en llevarme á Moka: mi designio era el de volver á subir el mar Rojo, atravesar el famoso desierto de la Tebaida, y bajar el Nihilo hasta Alejandría. A mi llegada á Moka me deshice de algunas perlas para comprar un vestido árabe: al mismo tiempo tuve buen cuidado de hacer un presente bastante considerable al Shaik para asegurarme de su proteccion; y como yo tenia el aire de un hombre opulento, no me incomodaron. Despues de esperar algunas semanas, logré la entrada en uno de los buques que hacen el comercio del mar Rojo, gracias á la

recomendacion de un viejo árabe, en cuya casa me hallaba; porque todos los que quieren viajar por estas regiones bárbaras, estan espuestos, en caso de naufragio, á ser robados y degollados, á menos que no esten bajo la proteccion de un hombre del pais.

Fuimos costeando toda la Arabia feliz, y en Gidda, donde nos detuvimos para reponernos de víveres, tomamos á bordo dos mahometanos que volvian de la Meca.

En la noche siguiente se levantó una tempestad de las mas furiosas, que duró hasta ya entrada la mañana: los marineros, en vez de trabajar en la maniobra, imploraron al profeta, que no impidió se hiciese pedazos el buque contra

un enorme bancal, á poca distancia de una costa, que el patron habia asegurado ser la de Suez: todo el mundo se echó á nado; yo hice lo mismo, teniendo cuidado de armarme de un puñal y dos pistolas para defenderme en caso de ataque á mi arribo en tierra.

No tardé en reunirme con mis compañeros de infortunio, que habian escapado del naufragio: mientras se lamentaban de la pérdida de su navío, vimos presentarse un grupo de árabes armados de lanzas: ya no se trató de quejarse: todos se prepararon á rechazar al enemigo, y los mismos hombres que la tempestad tenia abatidos sin espíritu y sin fuerzas, se convirtieron en leones para superar un

peligro mucho mas inminente: tan poderosa es la fuerza de la costumbre: avezados ya á semejantes ataques, estos hombres medio salvages los miraron sin temor, y se defendieron con un valor indecible.

Los árabes advirtieron que nosotros teniamos mucha presencia de ánimo, y juzgando que tenian poco que esperar del ataque con una gente que acababa de naufragar, se detuvieron á cierta distancia para examinarnos: el hombre sin resolucion se decide casi siempre por el primer partido que se le indica, y cuando no está exasperado por las pasiones se puede confiar en su generosidad: en esta persuasion arrojé yo mis armas

lejos de mí, y avanzándome hácia los árabes, con una mano sobre la frente, y la otra tendida hácia ellos, les grité: «*Salam alicum.*»

El mas anciano de ellos se acercó á mí, y repitió las mismas palabras, lo que significaba que no me miraban como enemigo, y que podia reclamar los derechos de la hospitalidad.

«De esa manera, dije entonces, ¿dispensareis vuestra proteccion á mis compañeros, prometiéndoles que no les sucederá ningun mal en la travesía del desierto?

—La guerra es nuestro oficio, repuso el viejo árabe: nosotros vamos al bajo Egipto por los desiertos: si quereis acompañarnos, no debeis ignorar que hai muchos

riesgos que correr, y es preciso os resolvais á participar de ellos.»

Ninguno de mis compañeros de infortunio, escepto un solo turco, se pudo negar á seguirlos. Su gefe hizo recoger todo lo que la mar habia arrojado á la orilla del cargamento de nuestro navío: cargaron sus camellos, y se pusieron en camino.

CAPITULO XV.

Yo procuré conciliarme la amistad del gefe de los árabes, á quienes me habia asociado: deseaba instruirse, y tenia cierta elevacion de alma que me permitió insinuarme bien pronto en sus buenas gracias.

No podia volver de mi admiracion al ver con qué valor y constancia estos hombres orgullosos de su independencia soportaban las privaciones y las fatigas, en un pais abrasado por el sol, que á la verdad debia ser mirado como una

tierra de delicias, comparado con las vastas llanuras de arena abrasadora que mui pronto debiamos atravesar.

A la caida de la tarde de nuestro primer dia de marcha, habiendo seguido las vueltas y revueltas de una cadena bastante larga de rocas, nos hallamos en un campo regular, donde fuimos recibidos como hermanos. No hai ejemplo de que un ladron árabe haya faltado en su fe á otro: mataron un camello en nuestro obsequio: los árabes comen la carne mui sazonada de especias, particularmente de pimienta: beben al mismo tiempo mucho aguardiente, cuya circunstancia, unida á la influencia de una atmósfera abrasada, les da

unos temperamentos de fuego, y exalta sus pasiones á un grado inaudito en nuestros climas húmedos.

A la mañana siguiente se doblaron las tiendas, se llenaron los odres de agua fresca, fue cargado el equipage sobre los camellos, y todo el mundo se puso alegremente en marcha: á la entrada de la noche, los hombres quo formaban nuestra vanguardia, nos advirtieron haber visto pisadas de camellos sobre la arena, y que mas adelante habia un número de árabes superior al nuestro. Tienen, para conocer el número de hordas errantes, y el tiempo que han hecho alto, una sagacidad que no se puede comparar sino con la de los

salvages de la América, que siguen las huellas de sus enemigos por los valles y montañas, sin otra indicacion que la del olfato ó la impresion de los pies sobre la yerba ó sobre la arena.

A consecuencia de esta noticia convinimos en suspender nuestra marcha por algunos dias, para no acercarnos mucho á los árabes que nos precedian, y ponernos al abrigo de sus ataques. Volvimos á poner nuestras tiendas, teniendo á nuestra derecha las montañas, á donde dicen aquellos naturales se retiraron los antiguos cushitas despues del diluvio, abriéndose alli cavernas para librarse de las inundaciones futuras.

Yo tuve la curiosidad de ir á visitar estos monumentos de la antigüedad. Ab-ulmer, nuestro gefe, consintió en acompañarme con unos treinta hombres. Un puñado de miserables, viviendo de rapiñas y de carne de camello seca al sol, existe aun en nuestros dias en estas cavernas subterráneas, de las que muchas son bastante espaciosas para contener todo un pueblo.

Despues de haberlas recorrido todas, volvimos á montar sobre nuestros camellos, y nos metimos en un valle profundo, teniendo á derecha é izquierda inmensas rocas de granate, que reflejando con los rayos del sol ocasionaban un calor que casi sofocaba,

á pesar de la corriente del aire que reinaba en el valle.

Uno de los nuestros divisó la estremidad de una tienda que se colocaba detras de una roca; y antes que nos hubiésemos podido concertar sobre lo que habiamos de hacer, se nos presentó un cuerpo de árabes en buen órden para atacarnos.

Eramos inferiores en número, pero estabamos mejor armados que ellos. Ab-ulmer destacó diez hombres de su gente, previniéndoles no se mostrasen sino cuando, por una huida disimulada, hubiesen atraido al enemigo hasta tal punto que le pusiese fuera de alcance de los socorros que podia recibir de sus

tropas; entonces debian cogerle en flanco, y caer sobre él sin dar cuartel.

Dadas estas órdenes se pusieron inmediatamente en ejecucion, y nosotros mismos corrimos tambien á la carga: la batalla fue terrible: sin dejar de batirnos nos retiramos por escalones; de manera que el enemigo, viéndonos retirar, avanzaba con ardor, y cayó en la red que le habiamos tendido: nuestros diez hombres se presentaron de improviso, dando gritos espantosos, que fueron repetidos por nosotros; pero no intimidaron á nuestros enemigos. Se batian como leones, y empezamos ya á desesperar del suceso, particularmente cuando vimos

que les llegaba un refuerzo.

«Hanson, me gritó Ab-ulmer, á quien yo no habia dejado, toma dos hombres, corre al campo enemigo, y ponle fuego, ó somos perdidos.»

Yo ejecuté esta órden sin perder un instante; y á pesar del escesivo calor, á pesar de la sed ardiente que me devoraba, y de una nube de arena abrasadora que me secaba la garganta, llegué al campo enemigo, seguido de dos árabes. Este campo habia quedado bajo la guardia de dos niños y de tres hombres, de los que sucumbieron dos á nuestros golpes; y hallándose encendida una hoguera enmedio del círculo formado por las tiendas, no necesitamos

mas que un momento para incendiarlas.

Oigo gritos de mugeres, corro á la tienda de donde me pareció salian, y veo dos mugeres jóvenes, hermosas como georgianas, tendidas sobre la tierra, y espirando de las puñaladas que ellas mismas se habian dado: á su lado otra muger de edad mas avanzada, pero de la fisonomía mas imponente, no daba ninguna señal de vida. Uno de los árabes, viendo que aun respiraba, quiso cortarla la cabeza; yo le paré el golpe, lo que le hizo enfurecer contra mí; pero en el momento en que se lanzaba para herirme con su sable, le tendí muerto á mis pies.

Levanté aquella muger acongojada: estaba ricamente vestida, y cubierta de diamantes: volví despues para salvar á las dos jóvenes; pero estando toda la tienda en llamas, quedaron entre ellas sepultadas.

Ayudado por el árabe y de dos niños, me apresuré á retirar de las tiendas todo lo mas precioso que hallé. El enemigo, poseido del terror al ver el incendio de su campo, no opuso mas resistencia, y se dejó degollar.

Al momento oimos nosotros los gritos de victoria. Esta batalla nos habia costado mui cara; pues no nos quedaban mas que doce hombres, y aun estos gravemente heridos, en particular el capitan.

¡Cuál fue mi admiracion cuando los vi rodearme tumultuosamente y pedir mi vida por haber muerto á uno de los suyos! Conocí el inminente peligro que corria, y abriéndome paso blandiendo furiosamente mi sable, fui á encontrar á Ab-ulmer.

«¿No me has prometido, le dije, que ninguno de los tuyos me insultaria?

— Sin duda, respondió, y ahora te reitero esa palabra, porque á ti solo es á quien debemos la victoria.

— Ha muerto á un árabe, esclamaron todos á grandes voces: pedimos su muerte.

— Sí, yo le he muerto, respondí, y juro por las cenizas de vues-

tros padres, que le he muerto defendiéndome. Juro tambien que venderé mui cara mi vida: desgraciado aquel que se atreva á atacarme.»

Uno de los amotinados, el mas vigoroso de la banda, y de una cara sospechosa, se adelantó. «El que has muerto era mi amigo, me dijo: yo pido justicia con arreglo á las leyes de nuestras tribus; ven, si te atreves, á batirte conmigo.»

Yo acepté el desafio, y á pesar del vigor de su brazo, le desarmé despues de habernos batido algunos minutos, con grande admiracion de todos aquellos que habian tomado su partido. Convinieron en que yo era un hombre

valiente, é hicieron juramento de tratarme en lo sucesivo como un hermano.

Despues de haber apagado la sed que nos devoraba, y curado nuestras heridas, tratamos de partir el rico botin que acababamos de coger: yo advertí que los árabes miraban con celos la parte que me destinaba el capitan. Supe tambien que trataban de deshacerse de la muger á quien yo habia salvado la vida. Desde entonces tomé un partido conforme con mis sentimientos de humanidad, y mui á propósito al mismo tiempo para evitar toda especie de altercados.

Esperaba el momento en que se me ofreciese mi porcion, y

luego que llegó, dirigiéndome entonces á la tropa: «Camaradas, les dije, yo no hago mérito de este botin: os abandono mis derechos como una señal de amistad, y quiero, que no solo los que se han batido, sino todos los individuos de la caravana repartan entre sí mi porcion: el único premio que reclamo de mis servicios es esta desgraciada muger, y os suplico la abandoneis á mis cuidados.

Este desinteres me concilió todos los corazones, y mi peticion no halló ninguna oposicion. La desgraciada que yo queria salvar, parecia sucumbir al esceso de sus penas. Supe por uno de sus hijos que habiamos hallado en el campo enemigo, que habia sido espo-

sa del gefe de los vencidos, y madre de las dos jóvenes que se habian dado de puñaladas por librarse de la brutalidad de los vencedores. Supe tambien que no era natural de la Arabia, y que habia sido robada en el bajo Egipto.

Traté de ver si podia consolarla: me dió gracias de mis generosas intenciones; pero me dió á entender que era supérfluo todo el cuidado que me tomaba.

«Conozco, me dijo con gravedad, que toco ya en el término de mi carrera. Hace mucho tiempo que la felicidad no existe para mí: la muerte de mis hijas acaba de arrancarme la vida. Yo poseo algunas alhajas de bastante valor, y quiero sean la señal de mi tier-

no afecto: aceptadlas en cambio del vuestro, y si creeis que podreis deberme algun reconocimiento, no os acordeis sino para conservar siempre los braceletes y el collar que hallaréis en esta caja.»

En efecto, me entregó una caja artísticamente trabajada, y me suplicó la dejase sola por algun tiempo. Salí de la tienda, era de noche, y pasé muchas horas entregado á las mas melancólicas reflexiones: cuando volví á entrar vi á mi incógnita tendida sobre una estera, con una lamparilla encendida, y una redomita vacía: me vino á la imaginacion una sospecha que me hizo estremecer; pero no era sino mui real. Esta

degraciada muger se habia aprovechado del momento de mi ausencia para envenenarse.

Aun estaba entregado á la impresion del terror que me causaba este acontecimiento, cuando me vinieron á advertir que era preciso ponerse en marcha. Abrí un foso en la arena con la ayuda de un árabe, y allí deposité los restos de la desgraciada muger, cuya suerte tanto me afligia, y á la que no pude consolar de tanto padecer.

Este dia fue de los mas penosos para los heridos. Teniamos pocas provisiones para hacer muchos descansos, y en la hora en que el sol estaba mas abrasador, reposamos una hora para tomar el ca-

fe que beben los árabes sin leche y sin azúcar.

En estos climas las mugeres estan ya en todo el brillo de su juventud á la edad de doce á trece años. A los veinte ha desaparecido toda la hermosura y todos sus encantos. Cerca de las ruinas de Syéna vi á la sombra de una palmera una muger dando de mamar á un niño: me informé de su edad, y no tenia mas que once años y algunos meses.

A poco tiempo se ofreció á nuestra vista el vasto Océano de arenales, y la caravana tuvo buen cuidado de hacer la provision de agua necesaria. Se hicieron cocer galletas, y reducidas á polvo fueron otra vez harina, que

se guardó en sacos. Este es el único alimento, incluso el café, que se puede tener en medio de los arenales, donde no hai yerbas, arbustos ni leña alguna para hacer fuego. Se alimentan con estos polvos, mezclándolos con aguardiente y especias.

Antes de marchar bebieron los camellos mas que de ordinario, como si hubiesen adivinado que no podrian refrescarse en mucho tiempo: los árabes que yo habia visto hasta entonces tan bulliciosos, tan alegres, estaban abatidos y silenciosos.

El menor viento es suficiente para agitar las arenas que estan calcinadas por la contínua accion del sol: nuestros camellos levan-

taban nubes que casi nos quitaban la respiracion: la lengua, ya casi seca, se pegaba al paladar: de cuando en cuando reteniamos un poco de agua en la boca para mitigar el ardor devorador de nuestra sed.

A la mañana siguiente de haber entrado en estas áridas llanuras, fui testigo de las ilusiones visuales, observadas por los viageros, y que á mi entender son ocasionadas por la rarefaccion del aire, y por el efecto que produce sobre el nervio óptico una superficie inmensa alumbrada en toda su estension: mis compañeros, á la distancia de dos á trescientos pasos, me parecian tan altos como torres, y sus camellos gruesos como ele-

fantes. La vista, sumergida en estas llanuras arenosas y estériles, despues de haberse detenido un momento sobre aquellos vapores ardorosos de la atmósfera, cree descubrir en el horizonte grupos de casas ó de montañas; pero vanos fantasmas que desaparecen segun se acercan.

Al medio dia del veinte, desde que entramos en el desierto, un fenómeno estraordinario, y tan nuevo hasta para los mismos árabes, como lo era para mí, nos llenó á todos de un terror religioso. El sol estaba aun mui elevado sobre el horizonte, cuando un viento rápido y violento, soplando del norte al sur, levantó de repente una prodigiosa cantidad de arenas entre

este astro y nosotros. Esta nube trasparente y de un color rojo se parecia á una inmensa manga de fuego, flotando por los aires. De distancia en distancia los intersticios ó espacios de la nube daban una salida á los rayos del sol en algunos momentos, y presentaban la imágen de los volcanes inflamados cuando se ve lanzar de sus horrorosos cráteres furiosas llamas.

Los árabes permanecieron prosternados, guardando un silencio profundo mientras duró este fenómeno. Por poco que se hubiera aproximado á nosotros la nube, nos hubiera consumido hasta el último: por fortuna fue dividida por una columna de viento que

Eolo soltó, y despues de haber tomado mil formas fantásticas, volvieron á caer las arenas poco á poco, y la atmósfera se despejó. Jamas la impresion que me hizo este espectáculo, sublime y terrible á la vez, se borrará de mi memoria: los sacerdotes y los filósofos hablan de un ser eterno; pero la naturaleza sola demuestra su existencia.

Las ideas supersticiosas de los árabes fueron causa de que suspendiesen su marcha hasta el dia siguiente; pero otro fue el temor que se apoderó de ellos, cuando supieron haberse perdido mas de la mitad de su provision de agua, por hallarse en mal estado muchos odres donde la conducian. Los

manantiales mas inmediatos estabàn al este de nuestro camino: era preciso volver atras, ó continuar adelante, reduciendo á la mitad la porcion que habia de tomar cada uno. Este último pensamiento obtuvo la preferencia, y se resolvió marchar toda la noche, descansando de dia mientras durase la fuerza del calor.

Lo que sufrí es inesplicable: la escesiva fatiga me causó una calentura violenta: abrasadas todas las partes de mi cuerpo, habian perdido aquella humedad radical que da el vigor y agilidad á los miembros: tenia ya el rostro y las manos peladas, y estaba casi ciego.

El pobre turco que me habia seguido, sufria los mismos tor-

mentos, y habiéndose tomado una fuerte dosis de opio y aguardiente, cayó en una inflamacion momentánea, á la que sucedió un frenesí violento: fue necesario atarle las manos para impedir se matase, y por último murió este infeliz á pocas horas en un acceso de rabia.

La noche siguiente nos costó otros cinco ó seis hombres y algunos camellos que murieron de debilidad y de sed. Los árabes, á pesar de estar tan acostumbrados á derramar sangre, se estremecieron al ver este espectáculo, por el temor bien fundado de que les esperaba la misma suerte: no se ocuparon de apoderarse del equipage que habia quedado junto á los

cadáveres: nuestros camellos estaban ya demasiado cargados: el peligro parecia haber apagado el ardor del pillage en el alma contristada de mis compañeros de infortunio.

En fin, llegó el momento en que vimos nuestra provision de agua agotada hasta la última gota. Dos de nuestros camellos murieron á nuestra vista: por aligerar la carga de los otros, tuvimos que marchar á pie: la cálida arena abrasó nuestras sandalias, y teniamos en sangre las plantas de los pies: los árabes habian perdido ya todo su aliento; la mayor parte de ellos queria detenerse y morir, aunque ya estuviesemos á una media jornada de los manantiales: ca-

mellos y hombres caian sucesivamente, y toda esperanza de vida estaba ya perdida.

El poco espíritu que me restaba, le empleé en sustraer de una muerte cierta á mis compañeros y á mí. Reanimados seis hombres por mis súplicas y reflexiones, consintieron en seguirme: montados sobre los camellos, los mas jóvenes y los que estaban en mejor estado para marchar, tomamos la delantera, dejando detras los equipages y el grueso de la gente. Al cabo de tres horas sentimos en el aire cierta frescura que reanimó á nuestros camellos y los hizo avanzar á medio trote: dos horas despues llegamos á los manantiales que salian bajo de unas palme-

ras en un valle delicioso, perfumado del tomillo, del romero y otros arbustos odoríficos.

Despues de habernos refrescado con precaucion, llenamos nuestros odres; y restaurados nuestros camellos, nos condujeron rápidamente á donde estaban nuestros compañeros de viage, que nos recibieron como á sus redentores; pues les salvamos efectivamente la vida.

Nos volvimos á poner en marcha con la claridad de las estrellas: olvidáronse los peligros, la profunda tristeza fue reemplazada por una alegría estremada: los árabes no pensaban ya sino en volver á ver sus mugeres, á sus hijos, y continuar en sus oficios. Algunos

dias despues divisamos una de las famosas pirámides.

Yo pensaba entonces separarme de los árabes, que me dieron una guia y me obligaron á llevar las alhajas y todo lo que habia pertenecido á la desgraciada muger de quien me habia declarado protector. Me hallé rico de repente, y no tuve necesidad de recurrir á lo que contenia la caja que esta desgraciada me habia entregado antes de morir.

«Amigo mio, dijo Shechem al jóven Hanson luego que cesó de hablar, yo tengo algunas sospechas sobre esa muger, y estoi casi seguro de que el contenido de la caja las aclarará si quieres abrirla delante de nosotros.»

Hanson fue al momento á buscarla á su cuarto, y la abrió: la primera alhaja que sacó era un par de braceletes guarnecidos de brillantes, con miniaturas que representaban, la una á una jóven, y la otra un hombre con corta diferencia de la misma edad, ambos en trage armenio. «Basta, dijo Shechem: hé aquí el presente que yo hice á mi muger el dia de nuestra union: ¡quita esa caja de mi vista! los recuerdos que ella me presenta, son horrorosos.... ¡Desgraciada!!!.... ¡Su suerte ha sido terrible!.... pero al menos ya no tengo duda.»

El tiempo, sin apagar la sensibilidad del buen israelita, le habia acostumbrado á reprimir sus

emociones. Su dolor era de aquellos que se adivinan, pero que apenas se demuestran. Bensadí enjugó las lágrimas que derramaba su hija, y salió despues con Hanson para arreglar sus negocios y guiar á su nuevo amigo en los suyos.

CAPITULO XVI.

Hanson habia aceptado una habitacion en casa de Shechem, que cada dia le tenia mas afecto, tanto por sus cualidades personales, cuanto por ser amigo de Teodoro. Eva le miraba con igual estimacion: los primeros cuidados de este jóven sensible tuvieron por objeto el volver á hallar á Elisa; pero esta desgraciada se ocultaba de todas las diligencias de la naturaleza, de la amistad y del amor.

Eduardo, que balanceaba hacia ya mucho tiempo entre la preocu-

pacion y su inclinacion por Sofía Hanson, viendo que su hermano la habia asegurado, lo mismo que á la otra hermana, un dote considerable, y temiendo se la quitase algun hombre menos escrupuloso en la desigualdad de los enlaces, tomó al momento su partido, y ofreció su mano á esta jóven, que tambien le amaba mucho para no ceder á sus deseos.

Hanson hizo intimar al mismo tiempo al page Cyphon que declarase dónde estaba Elisa: mas este, contando con las medidas que habia tomado, respondió que el hermano de Elisa habia muerto, y que el individuo que se anunciaba como tal, no podia ser sino un impostor.

A pesar de la arrogancia de es-

ta respuesta, el padre de Teodoro estaba mui tranquilo: todo lo que habia hecho para satisfacer su cruel ambicion, habia acabado por hacerle completamente miserable, por tomar horror á sus vasallos, á sus vecinos, á todos aquellos cuyos nombres habian llegado á sus oidos: sin cesar en las angustias del orgullo humillado, reflexionando que su hijo, en quien habia fundado la esperanza del lustre y fama de su familia, perseguido por las leyes como un asesino, estaba en vísperas de sufrir un suplicio infamante y de cubrir su nombre de un eterno oprobio: lleno de disgustos, y furioso, viendo malograrse todas las medidas que tomaba para asegurarse de su perso-

na, y hacerle encerrar como frenético, á pesar del dinero que prodigaba á los agentes de toda especie, y aunque los tuviese entre los dependientes de justicia: privado del goce de los bienes y del título de su hermano, primero y único móvil de su conducta, estando estos bienes en secuestro y disputados mientras que el heredero legítimo, es decir, su propio hijo, viviese: destrozado en fin por sus terribles pensamientos y sus penas, sin que ninguna idea consoladora reanimase sus espíritus abatidos: tal era la situacion del padre de Teodoro.

Hanson no habia podido ver la hija de Shechem sin admirar las gracias de su persona, y las cua-

lidades de su alma, aun mas seductoras; pero respetando su profunda adhesion por Teodoro, y ocupado de cuidados mui serios para abrir su corazon al amor, queria á Eva como á una de sus hermanas, y ella le tenia la misma inclinacion.

Un dia, mientras se hallaban juntos hablando de Teodoro, un hombre que tenia el aire de un comisionado, llegó á preguntar por Bensadí ó su hija. Eva, creyendo se trataba de hacer una accion benéfica, se apresuró á bajar para hablar al incógnito.

«Señora, la dice, ¿sois la hija de Shechem Bensadí?

—Sí, amiguito, ¿por qué lo preguntais?

— La persona que me envia, me ha encargado mui particularmente que no me dirija sino á vos ó á vuestro padre.

— ¿De parte de quién venis?

— Este papel os lo dirá, y á mas teneis aqui un billete de cinco libras esterlinas que se me deben contar, segun se me ha prometido, luego que hubiese llenado mi comision.»

Era un billete firmado por Teodoro Cyphon.

«¡Teodoro! esclamó Eva toda temblando de temor y alegría: ¿á dónde está? ¿dónde le habeis visto?»

El comisionado sacudió la cabeza: ¡Ah Miss! os veo tan turba-

da, que no tengo valor para responderos.

— ¡Cielos! ¿está preso? decidme, mi amigo, encarecidamente os lo suplico: ¿está preso?

— Sí, se halla en una prision; pero si supiese hasta qué punto interesa á una señora tan amable, no se abandonaria tanto al conflicto y á la desesperacion.»

Eva, demasiado conmovida para poner atencion en este cumplimiento, dijo al comisionado que bajase á la cocina para esperar allí que volviese su padre, y fue á buscar á Hanson: este procuró calmar su turbacion, preparándola desde luego á recibir con espíritu las noticias dolorosas que suponia contendria la carta de Teodoro.

Shechem volvió, le afligió mucho la prision de Teodoro, y juró hacer cuanto pudiese por salvar á su jóven amigo: despues de haber pagado el dinero del billete que llevaba el comisionado, dijo á Hanson que leyese la carta de aquel desgraciado, y se sentó á el lado de su hija, que se anegaba en lágrimas.

CAPITULO XVII.

Continuacion de las aventuras de Teodoro Typhon.

La ignorancia es mui frecuentemente un beneficio del cielo : el hombre sin prevision conserva su seguridad hasta que la desgracia que no puede evitar , cae sobre él y le sacrifica. ¡O vosotros que conoceis el orígen de mis infortunios! voi á trazaros la imágen de un desgraciado á quien habeis honrado con el nombre de vuestro a-

migo: en este mismo momento en que mis males han llegado á su colmo, en que, cansado de sufrir, y aborreciendo la vida, no espero mas de los hombres que un acto rigoroso de justicia, me consuela el dulce placer de pensar que el sensible Bensadí y su interesante hija concederán á mi memoria algunas lágrimas de piedad.

Despues de haber dejado el asilo que tan generosamente me habiais dispensado, me era ya indiferente cualquiera otro sobre la tierra: vuestras bondades me habian suministrado los medios de estar oculto; ¿pero para qué necesitaba yo vivir si habia de vivir sin mi Elisa? Yo formé, pues, el proyecto de volver á hacer mis in-

vestigaciones, con la intencion de poner fin yo mismo, si eran inútiles, á mi miserable existencia.

Compré un trage de marinero, y á favor de este disfraz me aventuré á recorrer las calles de Lóndres en pleno dia sin haber decidido por dónde empezaria mis pasos. Sobrevino la noche, y mi irresolucion duraba aun: me detuve en el puente de Lóndres contemplando al Támesis cubierto de un monte de árboles, cuando de repente me vi rodeado de ocho á diez marineros armados de unos palos gruesos que me rodearon, me ataron á pesar de mi resistencia, y me arrastraron á bordo de un buque destinado á recibir los

desgraciados que se reclutan á mano armada para equipar los navíos de S. M. Británica.

Los dos primeros dias me tuvieron encadenado; pero como yo habia tomado el partido de disimular y parecer resignado con mi suerte, fui tratado con menos dureza y enviado á bordo de una fragata estacionada en Chatam. Muchos libros elogian la noble franqueza, la generosidad y la bondad de alma de nuestros marinos; pero en esto sucede como en las descripciones que nos hacen los poetas de los encantos de la aldea, de la sencillez, de la inocencia y de la felicidad de sus habitantes: estas dulces ilusiones no resisten á la esperiencia. ¡Ah! en todas partes

se encuentra al hombre, no acaso igualmente corrompido.... pero siempre es el hombre; es decir, el humilde esclavo de las pasiones: ó viles, ó huraños y feroces.

Teniendo la fragata su equipage completo, pasó á Nore, donde echó el áncora hasta la llegada del capitan. En esta posicion creí ver la posibilidad de ganar la orilla á nado: la noche siguiente me tocó el turno de guardia, y aproveché esta ocasion para echarme al mar, dejándome resbalar de un cable para hacer el menor ruido posible: reinaba al rededor de mí la mayor calma, las olas estaban tranquilas, me fui nadando ligeramente sobre su superficie, y llegué á la costa de Shermes, cerca

de la embocadura del Támesis.

Despues de haber descansado un momento, conocí la necesidad de ganar, antes que viniese el dia, la otra orilla del mar, en atencion á que no podia menos de ser descubierta mui pronto mi fuga: me puse en marcha sin saber cómo hacer esta travesía: vi felizmente un barco amarrado á la orilla, en el que habia un hombre y un niño: al principio se resistieron á conducirme al otro lado, juzgando por mi trage que seria un marinero escapado de algun navío; como yo habia tenido la fortuna de conservar mi dinero, les ofrecí una buena recompensa, y no se resistieron mas; y pasándome al momento sobre la costa de Essex, me di-

rigí á lo interior sin perder momento para hallarme al amanecer lejos de aquellas personas que se habrian enviado en mi persecucion.

Cambié el trage de marinero por el vestido de un paisano, y seguí el camino real con un palo grueso en la mano. Habia ya hecho cerca de nueve millas, cuando vi detras de mí cuatro hombres de mala traza que doblaban el paso por alcanzarme: no dudando que yo fuese el objeto de su diligencia, me pareció que convenia disimular lo posible y hacerles buena cara; y sin disminuir ni acelerar mi paso, seguí mi camino cantando con voz fuerte y firme un aire escocés, imitando

cuanto podia el acento y el tono montañés.

«Ola, camarada, me gritó uno de los cuatro hombres, ¿no has visto pasar un tuno con vestido azul y pantalon de lienzo?

—Un tuno, respondí yo sencillamente, no, no le he visto: ¿qué aire tiene?

—Es un hombre jóven, de buena fisonomía, que se ha escapado de las colonias, á donde habia sido enviado por sus buenas acciones, y le buscamos para colgarle.

— ¡Ola!!! ¿Sabeis dónde está?

— ¡Bella pregunta, por cierto! Si lo supiéramos seria bien pronto despachado.

—Dejad á ese imbécil, dijo otro:

todo eso es tiempo perdido: vamos adelante.»

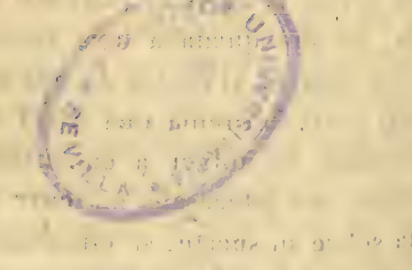
Se alejaron á buen paso, y uno de ellos corriendo se dejó caer del bolsillo un papel, que recogí luego que los perdí de vista: el primer párrafo que se ofreció á mi vista, fue el siguiente:

«Se presume que el famoso Teodoro Cyphon, que ha asesinado á el lord D...., su tio, ha dejado la Inglaterra, habiendo sido infructuosas hasta aqui todas las diligencias que se han practicado para coger á este culpable: tiene mucha semejanza con Ned-Harpoon, tan conocido por ladron de caminos: no le es inferior en travesura para evadirse de todas las investigaciones; pues que se ha

quedado muchas semanas en las inmediaciones del palacio de su tio, despues de haberle asesinado, sin que jamas se le haya podido prender.» Señalado asi en mi patria como un infame asesino, no pudiendo ya ver en cada uno de mis semejantes sino un enemigo dispuesto á entregarme al verdugo, frustrando para siempre el consuelo de aquella seguridad que da algun precio á la vida, ¡no debia yo desear la muerte? ¡Ah! sin duda, no me quedaba otro recurso para escapar al esceso de mis males; pero aun tenia una débil esperanza de volver á encontrar á Elisa: me interesaba no tener duda sobre su suerte: si ella existiese, mi deber era vivir para ella;

si no viviese ya.... la justicia pública reclamaba una víctima: mi partido estaba tomado, iba á ofrecerla yo mismo.

FIN DEL TOMO XI.



GALERIA FUNEBRE

DE ESPECTROS

Y SOMBRAS ENSANGRENTADAS.

TOMO XII.




EMPRESA LITERARIA
OBRAS DE ZARAGOZA

HISTORIA TRAGICA 21.ª

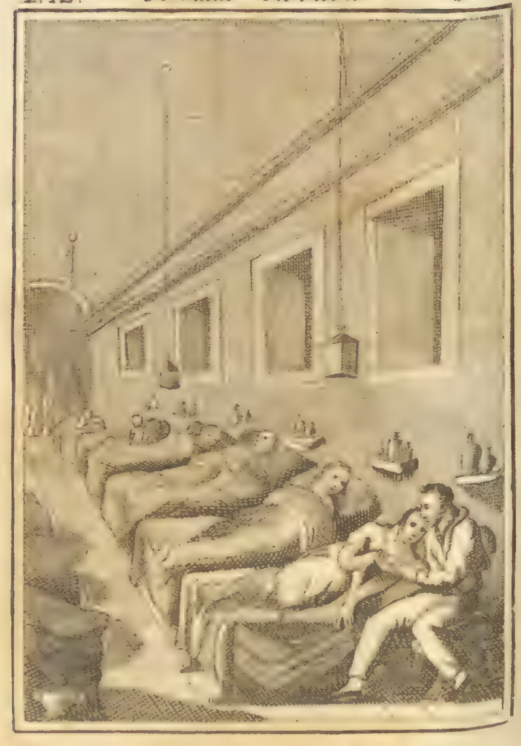
EL JUDIO BIENHECHOR,

ó

ELISA Y TEODORO.

Tomo III.





Esposo amado!! hablame; oiga yo tu voz
aun una vez. Yo siento ... si
acaso es renunciar un sudor
¡ Dios ... yo muero

CAPITULO XVIII.

La noticia que una casualidad habia hecho llegar á mis manos, me hizo conocer la necesidad de tomar mas precauciones: por mui disfrazado que yo fuese, una sola sospecha podia bastar para hacerme prender y provocar investigaciones que me hubieran perdido. Por consiguiente, me separé del camino real á la entrada de la noche, y traté de ocultarme hasta el dia siguiente en una pila de heno, en un campo que estaba á mi derecha. En el último pueblo que

habia estado, habia tomado pan y frutas: empecé mi cena, y de repente me pareció divisar algun movimiento en otra pila de heno á cierta distancia de la que yo ocupaba: fijé mis miradas hácia este lado, y un momento despues vi parecer un hombre de estatura desmesurada, en trage azul, y perfectamente parecido al que buscaban los agentes de justicia que me habian preguntado por la mañana. Luego que me vió hizo un movimiento para escaparse; pero viendo que estaba solo y que le llamaba, se vino á mí.

«Camarada, le dije, ¿sabeis que os persiguen de mui cerca? Yo creo deberiais alejaros de este canton, ó al menos cambiar el trage.

—Para cambiarle necesitaria dinero, y es precisamente una cosa que no tengo. ¿Pero de qué me conoceis?»

Le hablé del encuentro que habia tenido por la mañana, y le pregunté por qué habia sido condenado á la deportacion, prometiéndole darle dinero para comprar otros vestidos si me confesaba la verdad.

«Nada me cuesta ser sincero, contestó con cierto aire de candor: yo he sido castigado por haber bebido demasiado.

—¡Vos me admirais! La embriaguez es sin duda un gran vicio, pero no es un delito contra las leyes.

— Eso puede mui bien ser; pero ved aquí en dos palabras mi his-

toria. A mí me gustaba la botella desde la mañana: todo el dinero que yo ganaba en mi oficio de carpintero de ribera, le dejaba en la taberna, regalando á los unos y á los otros, y haciéndome asi una reputacion de naturalote. Un dia volvia yo de una feria con muchos amigos mios, todos un poco mas alegres, y al pasar por una huerta de un propietario avaro y gran cazador, que no olvidaba nada de cuanto era necesario para hacerse aborrecer en el pais, se nos antojó, para hacerle algun daño, arrancarle los árboles de un plantío que acababa de hacer. Apenas hubo siete ú ocho por tierra, fuimos sorprendidos, conducidos á una prision, y condenados inmediata-

mente, yo y dos de los compañeros, á ser transportados á la Virginia. Yo perdí la costumbre de beber, pero no el deseo de volver á ver la Inglaterra; y luego que pude lograr escaparme, volví al instante á mi provincia: mi querida se habia casado, yo tenia perdida mi reputacion, y el deseo de llegar á ser un hombre honrado y laborioso era enteramente inútil, pues las leyes me estaban persiguiendo continuamente. Sin embargo, era preciso vivir; y para no morirme de hambre tomé el oficio de ladron, maldiciendo el rigor de las leyes de mi pais, que no me han dejado otro recurso.

— En efecto, ¿qué juicio hacer de esta cruel severidad que arre-

bata para siempre á la sociedad una masa de individuos culpables de delitos poco graves? Un castigo pasagero seria una expiacion suficiente, y no tendria el inconveniente de impedir volviesen á ser honrados y virtuosos, y hombres otra vez útiles, los que frecuentemente no han tenido mas delito que un estravío: todo el rigor que el interes general del cuerpo social no exija espresamente, es un atentado contra la naturaleza.

Me compadecí de este desgraciado, le dí dinero, y le aconsejé buscase el medio de volver á América, como el único de que podia valerse para no robar y sustraerse de un suplicio. El presente que yo le hice, debió inspirarle sospechas

de mí en perjuicio de mi probidad, vista la pobreza aparente de mi trage; pero no traté de desengañarle, y nos separamos.

Yo continué desviándome de los caminos reales; y aunque me inclinase á creer incapaz de hacerme traicion al que acababa de favorecer, conocia demasiado á los hombres para estar enteramente confiado y sin inquietud: me quité, pues, el trage de paisano, y me cubrí con los andrajos de la miseria, con un cabestrillo en un brazo, un pedazo de tafetan negro en el ojo izquierdo, y una joroba postiza.

Debia considerarme absolutamente desconocido bajo este disfraz, y de esta manera volví á tomar el camino real, aventurándo-

me á detenerme en los pueblos por donde pasaba: este era verdaderamente el único medio de lograr alguna noticia sobre la suerte de Elisa; pero precisado á usar de la mas minuciosa circunspeccion, no viagé sino á pequeñas jornadas; y lo peor era, que nada podia averiguar.

Una tarde que me habia sentado sobre un banco á la puerta de un meson, vino un hombre á colocarse á mi lado despues de haber pedido una botella de cerveza.

«Y bien, buen amigo, me dijo: ¿cómo va el comercio? Segun estais de cambiado, debeis echar la pierna á todos vuestros compañeros. ¿Cuántas millas haceis por dia? Apostaré á que teneis anda-

das muchas: sí, vos debeis haber visto muchas tierras.

— ¡Ah! yo os aseguro, que si hubieseis viajado tanto como yo, hallariais que este oficio es bien penoso.

— Ya sé tambien un poco lo que es eso: hace mucho tiempo que viajo en persecucion de un perillan que ya debia haber hallado veinte veces; pero yo creo, Dios me perdone, que es hechicero, y que tiene el secreto de hacerse invisible. ¿No habeis encontrado alguna vez á un jóven.... de vuestra estatura poco mas ó menos?.... (no, no es mas alto que vos), es un mozo rubio, bien parecido.

— Sí, veo mui frecuentemente algunos de esas señas.

— Este de quien yo hablo es un hombre singular; se disfraza de mil maneras, y nunca se le ha podido conocer; pero yo aseguro que no se me escapará: entre mil le tengo de sacar, porque tengo su retrato.»

Yo me estremecí al oir estas palabras: jamas habia corrido un riesgo mas inminente: le supliqué me enseñase el retrato, y vi que era una copia del que está en el gabinete de mi padre, y le habian hecho cuando yo tenia diez y siete años: se lo volví, diciendo con la mayor apariencia de tranquilidad que me fue posible:

«Me parece haber visto el original de este retrato. ¿Pero por qué se le busca?

— Ha matado á su tio, y dos mil libras esterlinas se han prometido de recompensa al que le prenda. Yo estoi seguro de que habrá andado rodando por este canton; porque muchos de mis compañeros han encontrado una especie de paisano que se le parecia mucho: él ha respondido como un simple á sus preguntas, y han tenido la debilidad de considerarle un bestia y dejarle marchar. Hace algunos dias han conducido ante el juez de paz un hombre bastante alto, por sospechas de haber robado un billete de banca de veinte libras esterlinas, y ha declarado haberle recibido de este supuesto paisano, añadiendo que á juzgarle por lo que le habia

dicho, era bien diferente de lo que parecia ser. No hubo ninguno mas que yo que creyese en la verdad de esta declaracion: el juez de paz guardó el billete de banco para dársele á su dueño cuando se presentase; y el bribon, que fue luego conocido por haberse inmutado, fue encerrado en una prision: su suerte está clara; pues será colgado, si ya no lo está.»

Esta relacion me hizo temblar y perder la color mas de una vez. Este hombre, que no concebia cómo sus compañeros me habian desconocido con mis propios vestidos de paisano.... este hombre me tenia ante sus ojos, mi retrato estaba en sus manos, ¡y no me conocia!!!....

Si le dejaba bruscamente, era venderme yo mismo: continué pues mis preguntas á fin de saber lo que habia hecho para ganar la recompensa prometida por mi padre, y sus respuestas me instruyeron de que habia seguido mis pasos desde la época en que habia sido preso bajo la sospecha de haber querido cambiar un billete falso de banco. Habia venido á Lóndres buscándome por todas partes: habia tambien encontrado á los bribones de cuyas manos habia yo tenido la fortuna de libraros, y en vista de la descripcion que le habian hecho de mi persona, se habia convencido de que yo estaba en la capital: habia tomado noticias en las Minorías, pre-

sumiendo que habiéndoos hecho un servicio singular, podria haberme introducido en vuestra casa; pero como vuestros vecinos no me habian visto entrar ni salir, no habian tenido suceso alguno todas sus indagaciones.

Entonces se habia marchado al pais de Galles, habia visitado el norte de la Inglaterra, y volvia por el condado de Essex para regresar á Lóndres, cuando habia encontrado á los agentes de justicia, sus compañeros, de los que tenia los últimos detalles que me habia referido, relativos al hombre que buscaba.

Juzgad si mi espíritu sufriria al oir este discurso. Me convencí en aquel momento tan peligroso, de

la necesidad que tenia de huir de todos los parages habitados si no queria ser conocido: era imposible, sobre todo, que no se descubriese bien pronto que el pretendido paisano se habia metamorfoseado en mendigo; pues que yo habia tenido la imprudencia de vender mis vestidos á una pobre aldeana.

Como era tan esencial no manifestar cosa alguna de lo que pasaba en mi interior, hice tambien mis confianzas de aquel que acababa de hacerme tan francamente lás suyas: yo le referí una multitud de aventuras mas curiosas las unas que las otras, sin omitir las que realmente me habian á mí sucedido. Nos separamos, quedando mui amigos, él deseándome á mí

grandes limosnas, y yo á él las dos mil libras esterlinas que le hacian correr tanto.

Al retirarme, pensé en aquel jóven, á quien habia hecho un presente tan funesto; pues que se trataba nada menos que de su perdicion, y me contristó mucho su suerte: yo me habia alejado del pueblo y del camino, marchando por senderos intransitables para los humanos. Luego que llegué á un monte, me senté al pie de un árbol, y el sueño vino al momento á suspender mis tristes reflexiones.

Cuando desperté ya era de dia: al salir del monte hallé un valle estrecho que me condujo al mar, cuyas olas parecian plateadas por

el brillo que recibian del sol de la mañana. Vi al horizonte muchos navíos que navegaban sobre la líquida llanura, y pasé algunos momentos en contemplar este magestuoso espectáculo en el silencio de la admiracion.

Avanzando sobre mi derecha, hallé una bahía que daba muchas vueltas, prolongándose por aquellas tierras al abrigo de una cadena de rocas, que la barloventeaban de un lado. Curioso de ver á donde iba á parar, seguí adelante, y apenas habria andado doscientos ó trescientos pasos, cuando advertí por entre los árboles plantados mui juntos los unos á los otros una casa de bella apariencia.

Todo lo que me acercaba á los

hombres debia serme sospechoso, y por lo tanto reflexioné que este asilo solitario podia no ser habitado, ó acáso estarlo por algun sabio retirado del mundo. Me acerqué con precaucion, y vi que todos los contravientos de las ventanas estaban cerrados y que no salia humo de ninguna de las chimeneas; que la entrada de la casa estaba cubierta de yerba hasta el mismo umbral de la puerta; y en fin, que todo anunciaba no estar habitada por nadie.

CAPITULO XIX.

Dando la vuelta á una muralla esterior ó tapia que circundaba la casa, llegué á una puerta pequeña que comunicaba con un vergel delicioso: esta puerta no estaba cerrada, y no tuve necesidad sino de empujarla un poco para verla abierta al momento: la rica fruta que cogí apagó mi sed y mitigó mi hambre; y despues desde el vergel donde yo estaba, entré en un jardin espacioso, cultivado con arte, y adornado de flores y de plantas estrangeras: sorprendido mas

y mas, hice ruido, llamé á la gente en alta voz, y nadie pareció: me aproximé á la casa: un picaporte solamente cerraba la puerta: la abrí, y me hallé en una especie de antesala, donde no vi mas que algunos toneles y cajas vacías: penetré mas adelante hasta un comedor donde habia una mesa cubierta de botellas y de vasos.

A fuerza de congeturas vine á presumir que esta casa debia ser el punto de reunion de alguna cuadrilla de ladrones; mas lo que yo no comprendia era el poco cuidado que parecia tenian en impedir la entrada, hallándola con la facilidad que estaba de manifiesto: mis sospechas en fin se confirmaron

cuando vi en la pieza inmediata un número considerable de pistolas, sables y trabucos.

Mi primera idea fue de salir sin dilacion de aquel sitio tan peligroso; mas sin embargo, despues reflexioné que los ladrones, si realmente tenian en esta casa su retiro, no volverian á ella hasta media noche; y que de consiguiente podia yo pasar allí el dia, y por la noche ir á ocultarme en una granja que estaba á la entrada del vergel; y figurándome lo peor, como lo era el suponer que ellos me viesen, mi esterior miserable era un pasaporte de seguridad.

A la boca de la noche la atmósfera se cargó de nubes, y se levantó un gran viento acompaña-

do de una fuerte lluvia. La granja donde yo queria pasar la noche estaba sin puertas y estaba cayéndose en ruinas por todas partes : no viendo parecer persona alguna, me decidí á permanecer á todo trance en la casa, y acostarme en un pequeño cuarto del segundo piso donde habia algunos haces de heno.

A media noche me despertaron grandes carcajadas de risas, y reconocí demasiado tarde mi imprudencia sin saber qué hacer para librarme del mal paso en que me hallaba. Sin embargo, armándome de todo el valor de que yo era capaz, creí me seria posible bajar la escalera y escaparme sin ser visto; pero lo que yo no habia pre-

visto era que la puerta del cuarto donde estaban los pretendidos ladrones, dando sobre un corredor cerca de la escalera, habia quedado abierta, y todo estaba alumbrado por una lámpara que tenian encendida en dicho corredor. Trataba de volver á subir para ocultarme hasta la mañana siguiente, cuando un tropezon que dí ocasionó un ruido que fue oido, y salieron inmediatamente hácia mí diez hombres armados de sables y pistolas, que me condujeron á empellones al salon, los unos amenazando matarme, y otros enviarme preso como un ladron.

Sin parecer intimidado referí cómo me habia introducido en la casa; habiéndola creido desierta,

habia podido pasar allí la noche sin merecer se me imputasen intenciones sospechosas. El candor y firmeza con que yo me espliqué, me valieron la aprobacion del gefe, y me tendió la mano diciéndome: «Vamos, no tengas miedo; vas á probar el escelente Bourgogne que jamas vió los almacenes de la aduana.»

No necesité mas para saber que estaba con unos contrabandistas: hiciéronme beber trago sobre trago una buena dósis, maldiciendo todos ellos á cada copa de vino á los empleados de aduana y á los monopolistas, dos clases de gentes que colocaban en una misma línea.

La mucha alegría de estos hom-

bres degeneró bien pronto en un sopor general: tomados casi todos del vino, se fueron arrastrando como pudieron á las camas que tenian en diferentes cuartos: el gefe, único que conservaba bastante presencia de espíritu para cerrar las puertas y apagar las luces, me dijo que yo pasaria el resto de la noche en la casa.

A la mañana siguiente estuve en pie mui temprano; pero los contrabandistas sin embargo se habian levantado antes, pues los hallé almorzando con buen apetito, y me convidaron á seguir su ejemplo, lo que hice sin cortedad: un momento despues llegó uno de ellos á advertirles que un destacamento de caballería se acercaba á

la casa. Al momento fueron cerradas todas las puertas y reforzadas por dentro con cadenas y barras de hierro. Las armas que yo habia visto fueron conducidas á una pieza grande situada en el piso bajo: tomadas estas precauciones, y habiendo el gefe reunido toda su gente en esta pieza, me dijo que era preciso me dejase vendar los ojos, protestando que no me sucederia ningun mal: consentí forzosamente en ello, y al momento me sentí coger en el aire por dos hombres, que despues de haber andado algun tiempo, me pareció bajaban una cuesta: entonces me dejaron libre, y luego que me hicieron andar un centenar de pasos, me desvendaron los

ojos, y me hallé en un cuarto subterráneo, alumbrado por una sola lámpara, y lleno de cubas de vino, de aguardiente y de cajas de the.

«El resguardo de las aduanas haria aquí una buena presa, me dijo el capitan, pero yo les prometo que no entrarán: á mas de que, aun cuando visitasen todos los rincones de la casa, no hallarán ni una onza de tabaco.»

Permanecimos todo el dia en este subterráneo: á la entrada de la noche un callejon oscuro de mas de doscientos pasos nos condujo á una trampa esterior que salia al punto mas retirado del monte, á corta distancia de la costa; me hicieron dar muchas vueltas á

derecha y á izquierda para desorientarme, y que en el caso de quererles hacer traicion no pudiese descubrir aquel retiro: dejáronme marchar deseándome buen viage.

CAPITULO XX.

Habiendo vuelto en mí y á mi libertad, y despues de algunas reflexiones sobre lo que me acababa de suceder, recorrí en mi imaginacion lo que habia hecho y lo que me restaba que hacer. ¿Pero me seria posible esponerme aun á las miradas de los hombres sin ser conocido? ¿No habia ya empleado todos los medios imaginables para librarme de ellos? Mis astucias, mis disfraces multiplicados, eficaces hasta este dia, ¿podrian serlo aun largo tiempo y burlar

siempre la actividad infatigable de tantas personas estimuladas por la esperanza de grandes recompensas? Por otro lado, si yo huia de los parages habitados, si continuaba viviendo errante en los montes ó sobre las costas solitarias del Océano, ¿podria volver á ver jamas á mi Elisa, ó saber cuál era su suerte?

«No, me respondia yo, no puedo estar mas tiempo en tan horrorosa incertidumbre. ¿Habré yo perdido el valor que hasta aquí me ha hecho arrostrar tantos peligros? Moriré, si es necesario; pero sea buscando siempre á la desgraciada que únicamente me hace apreciar en algo la vida.»

Reanimado por esta resolucion, hice alguna variacion en mi dis-

fraz, y volví á seguir el camino real, entrando en los pueblos que atravesaba, dirigiendo la vista á todas partes, y haciendo en todas las ocasiones que me parecian favorables, preguntas mas ó menos relativas al objeto de mis investigaciones, pero siempre sin el menor suceso.

Ya tocaba en la desesperacion; ya casi estaba para sucumbir, cuando me vino la idea de esperimentar si la naturaleza habia perdido sus derechos sobre el corazon de mi padre: lo que él me habia hecho sufrir, las desgracias de los Hansones, á las que habia contribuido no poco, no se presentaban en mi imaginacion sin hacerme estremecer de horror; pero una es-

pecie de presentimiento me diri-gia á creer que tenia noticia de la suerte de Elisa. ¿Qué sacrificio podia entonces costarme para arrancarle este secreto?....

.... Volví, pues, mis pasos hácia la casa paterna: estaba á la distancia de unas cinco millas cuando un hombre á caballo pasó junto á mí á galope: al momento conocí ser el conserge de la prision donde yo habia estado encerrado, y donde acaso gemia la desgraciada Elisa. Sentí hervir la sangre en mis venas al vèr á este vil agente de la tiranía, y no dudé viniese de concertar algun nuevo complot con el autor de todos mis males, ó de recibir el salario de sus odiosos servicios.

Este encuentro habia destruido aquella especie de ilusion que yo habia formado, momentáneamente sobre los sentimientos de mi padre, y me faltó en este dia el espíritu para ir á verle. Sin embargo, me esforcé cuanto pude con el designio de afirmarme en mi primera resolucion. Al dia siguiente por la noche me presenté á la puerta de la casa paterna, y pregunté si estaba visible el caballero Cyphon.

«Milord está en casa, me dice el portero, examinándome de pies á cabeza, pero no ve á nadie. Si teneis alguna cosa que decirle, yo me encargaré de comunicársela....

—El asunto que me conduce aquí es mui importante para vues-

tro amo; pero no puedo decirlo sino á él en persona.

— En ese caso volved mañana.

— No, amigo mio, es preciso que yo le hable en este momento. Hacedme el favor, continué yo, dejándole caer una guinea en la mano, de decirle que tengo un asunto interesante que comunicarle.

— Pues, señor, si tanto urge, entrad, me dice entonces el criado saludándome respetuosamente: Milord no acostumbra ver á estrangeros; pero si quereis decirme vuestro nombre, entraré á anunciaros.

— ¡Mi nombre!.... mi nombre es inútil. Decidle que vengo de parte de su hijo; que yo puedo hacerle venir á su poder, pero que

antes necesito hablarle sin testigos.»

El portero me miró un momento: iba á hablarme, y yo se lo impedí suplicándole subiese sin dilacion el recado. Mas de media hora se pasó antes que yo le viese volver, y fue media hora de tormento para mí: la próxima entrevista con mi padre, mi incertidumbre sobre la acogida que tendria, el temor de hallarle inflexible y siempre cruel conmigo y con mi Elisa, el horroroso recuerdo de lo pasado, la perspectiva no menos espantosa que me ofrecia el porvenir, todo, todo esto gravitaba enormemente sobre mi espíritu, y me anonadaba: mi pulso latia con violencia; sentia en la gar-

ganta una especie de sofocacion; apenas podia respirar..... En fin, volvió el portero. «Milord, me dice, consiente en veros, pero quiere sea en presencia de otra persona: no tendreis por estraña esta precaucion si sabeis el peligro á que está espuesto.......

— Yo necesito verle solo, repuse; de lo contrario me retiro: si yo fuese su hijo, pudiera temer mi venganza; pero en el estado actual de cosas, sus temores son mui pueriles.......

— Pues que insistís en verle solo, no se negará Milord, siempre que antes os dejeis registrar: con esta condicion yo os introduciré en su mismo gabinete.

— Tanta debilidad en vuestro

amo debe hacerle mui desgraciado; pero como yo no tengo ninguna intencion de hacerle mal, me someto á lo que exige.»

Despues de habermé registrado minuciosamente, se me hizo atravesar una porcion de salas que yo conocia tan bien como el que me guiaba; el conserge me dejó al cuidado de otro que me era desconocido, y que estaba colocado como de centinela á la puerta del cuarto que mi padre ocupaba: le abrió, y dijo inclinándose profundamente: «Milord, aquí está el estrangero esperando que le permitais entrar.

—Que entre, respondió una voz que no habia podido olvidar.»

Todos mis miembros tembla-

ban: yo apretaba con mi mano mi pecho palpitante, y dándome valor el retrato de mi Elisa que llevaba sobre mi corazon, entré.

Sobre la mesa dos pares de pistolas y una espada desnuda fueron los primeros objetos que se ofrecieron á mi vista; pero lo que llamó bien pronto toda mi atencion, fue mi padre: su rostro se habia envejecido; sus miradas vagas y como desatinadas tenian alguna cosa de huranas, y la inquietud combinada con la sospecha habian alterado enteramente su fisonomía: en fin, no era ya el mismo hombre. Este espectáculo me llenó de terror y de piedad: yo temblaba y guardaba silencio: él fue quien me dirigió la palabra.

«Me han dicho que conoceis al desgraciado que en otro tiempo llamaba yo mi hijo: ¿es cierto?

— Señor, esclamé yo, cayendo de rodillas á sus pies, dignaos fijar vuestros ojos sobre mí, y mirad á vuestros pies á ese desgraciado hijo, víctima inocente de vuestro resentimiento.

— ¡Cómo, vos! esclamó retrocediendo de terror y admiracion.... ¡Teodoro! ¿vienes con el designio de asesinar á tu padre?

— No, no: el cielo me confunda en este instante si he podido concebir tan atroz proyecto: no, no, padre mio: contemplad el miserable objeto de vuestras venganzas, y dispensadle una mirada de compasion. Reflexionad cuál ha

debido ser mi desesperacion, cuando aquella que yo amaba mas que á mi vida, ha sido arrancada de mis brazos y sacrificada á los mas infames deseos: mirad cuanto yo he sufrido y cuáles son mis delitos y mis yerros. ¿No me he mostrado constantemente obediente y respetuoso? Una vez, una sola vez me he resistido á vuestra voluntad; pero se trataba de la felicidad de mi vida. ¿Los sufrimientos de un hijo no despertarán en vuestro corazon un sentimiento de piedad? ¿La naturaleza puede haber perdido en vos todos sus derechos? No, no es posible: volvedme á mi padre y á mi esposa.

— Lo he jurado, esclamó furioso, dando un golpe con el pie so-

bre el piso; jamas esa desgraciada será tu esposa con mi aprobacion. Yo he destruido ya el vil reptil, que elevándose contra mí, me ha impedido realizar los planes formados para el engrandecimiento de mi familia: huye de estos lugares, marcha con esa criatura á partir la suerte que uno y otro mereceis: tú la hallarás confundida entre las prostitutas: un veneno vergonzoso circula por sus venas y ha corrompido su sangre: marcha, vuela á sus brazos; tú eres digno de ella, y yo estoi vengado.»

Al oir este discurso, me sentí transportado de furor, y dejando la postura de suplicante en que habia estado hasta entonces: «¡Tirano inexorable! esclamé rechinan-

do los dientes y casi sofocado por la cólera: ¿cuál es ese poder que la casualidad de mi nacimiento os ha dado sobre mí? ¿Creeis tener el derecho de atormentarme y hacerme sufrir mil muertes? No, no: si desconoceis los deberes de un padre, si no usais de ese título mas que para ser mi verdugo, vos mismo rompeis los lazos que nos unen: esto es hecho: renuncio y arranco de mi alma todos los afectos filiales, y no quedan ya en ella mas que el horror y el odio que me inspira vuestra crueldad. Teniais un hijo, y desde este momento ya no le teneis: el orgullo, ese vano fantasma al que habeis sacrificado la naturaleza, va á empezar vuestro suplicio: vuestro nombre desapa-

recerá bien pronto cubierto de vergüenza y de infamia, ejemplo horroroso para los padres desnaturalizados; y últimamente, descendereis á la tumba, víctima de remordimientos inútiles y cargado de la execracion de todo el que merece el título de hombre.»

Estaba demasiado enagenado para poder replicar; pues las espresiones faltaban al esceso de su rabia. Estaba en pie: sus ojos, fijos sobre mí, parecia que lanzaban rayos: yo me retiré desesperado, negándome á responder á las preguntas de los criados que me rodeaban, cuando oí la voz de mi padre, que gritaba me detuviesen; pero habiendo amenazado con tender á mis pies al primero que se

me acercase, llegué hasta la puerta esterior, y salí.

La noche estaba sombría y borrascosa, y yo.... ¡gran Dios, cuál era mi situacion!!! La idea horrorosa de Elisa en el rango de las mas viles prostitutas, de esta jóven pura y virtuosa, entregada á la lubricidad de los hombres mas indecentes!!!.... Esta horrible idea me entregaba á las mas fuertes convulsiones de la rabia.... ¡cruel, horrorosa profanacion!.... Perdonadme, queridos amigos.... apenas sé lo que escribo....

El viento soplaba con violencia, y la lluvia caia por torrentes. Yo corria, yo me paraba, me echaba por tierra, estaba fuera de mi, y el nombre de Elisa se mezclaba

en mis gritos: todo mi cuerpo, aunque mojado por la lluvia, estaba cubierto de un sudor volcánico; invocaba á la muerte: ¡ah! en este momento terrible hubiera yo visto con placer confundidos los elementos, y que el universo entero, volviendo á sumergirse en el caos, me enterraba bajo sus ruinas: sí; hubiera muerto con placer para acabar tantos padecimientos.

Una agitacion tan violenta debia al cabo agotar mis fuerzas, á pesar de toda la energía que sacaban de mi desesperacion. Despues de haber andado largo tiempo errante, sin saber á donde dirigia mis pasos, llegué de repente á desfallecer, y caí en medio del camino.

Ignoro el tiempo que permanecí en esta situacion: ya era de dia cuando abrí mis ojos, y un fuego interior me devoraba; tenia al mismo tiempo tiesos todos mis miembros por el frio, y mis vestidos, impregnados de la lluvia, me incomodaban escesivamente. Apenas tuve fuerzas para llegar arrastrando hasta una zanja que me pareció menos húmeda que el resto del camino: allí me senté deseando la muerte y esperándola con una secreta satisfaccion como el término de mis sufrimientos.

Pasó un carro tirado de un solo caballo y conducido por un paisano que llevaba su muger á su lado: esta me vió, y se lo dijo al marido, quien detuvo su carro para

preguntarme si queria subir.

Este rasgo de humanidad me tocó al corazon, le dí gracias y consentí en colocarme á su lado. Mi estrema debilidad no me permitió responder á las preguntas que me hacia la muger: á mi llegada á un arrabal donde vivian estas buenas gentes, el aumento de mi calentura me hizo caer en un delirio estremo: gracias á sus solicitudes fuí admitido en un hospicio de caridad. La buena muger del artesano vino á verme todos los dias, y los auxilios particulares que ella me procuró, unidos á la fuerza de mi constitucion, me arrancaron aun otra vez de las garras de la muerte.

CAPITULO XXI.

Durante mi convalecencia, me ocupé en pasear mis ojos observadores por la casa en que me hallaba, y por todos mis compañeros de infortunio: allá estan reunidas las madres que nunca conocieron el nombre de esposas; niños abandonados; hombres encorvados por el peso de los años y del trabajo; enfermos hacinados sin distincion de edad ni de sexo, en grandes piezas, accesibles de todas partes á la intemperie de las estaciones, y á mas de esto tan mal cuidados,

que les falta hasta lo mas necesario: los médicos, los cirujanos, los practicantes, y hasta los ministros de Dios, encargados de consolar á los moribundos, todos parece estan de acuerdo para desempeñar su deber con indiferencia y con desprecio. ¡Ah! no me nombren ya la multitud de hospitales y de hospicios, ni esas rentas y cuantiosas limosnas que los enriquecen: yo no he visto mas que desgraciados luchando contra la necesidad, espirando en el mas cruel abandono: no he visto en los hombres encargados de estos establecimientos, directores y empleados de ellos, mas que egoismo y abandono en unos, dureza de corazon en otros, y en todos

una inmoralidad profunda; ¡pero desgraciados de aquellos que pueden reformar estos horrorosos abusos y se desdeñan de ocuparse en ello!!!.....

Mi convalecencia no me restituia ningunas fuerzas, antes bien me sentia mas débil de dia en dia; pero lejos de afligirme, doblaba mis votos por ver llegar el momento de mi disolucion: no me quedaba otra pena que la de no volver á ver á mi Elisa y no poderla llamar mas mi muger. «¡Ah! decia yo, llenando su retrato de besos y lágrimas, ¡que no pudiera yo estrecharte contra mi seno!!! ¡Que no pudieramos, confundiendo nuestras almas, espirar juntos y resucitar para siempre reunidos

en un mundo mas feliz!!!»

Una noche, mientras estaba todo tranquilo al rededor de mí, y que yo me hallaba entregado á las mas melancólicas reflexiones, fui conmovido repentinamente por los profundos suspiros de una muger que se hallaba en una cama inmediata á la mia: me habian hablado como de una desgraciada digna de compasion, á quien una enfermedad vergonzosa conducia al sepulcro; pero yo no la habia visto: sus gemidos me enternecieron de compasion.

«Desgraciada muger, dije yo en voz baja, ¡hé aquí, pues, el término de una vida pasada en los placeres! pero acaso te habrán vendido; quizá otro lord

D.... haya consumado tu ruina!!!

«¡Poderoso Dios! grité entonces, sin hacer atencion de que podia ser oido, si es cierto que las acciones de los hombres no pueden escaparse á tu vista, no permitas que el crímen triunfe: libra, sí, libra, yo te lo suplico, de una suerte tan horrorosa á la desgraciada Elisa!!!....

—¿Quién nombra á Elisa? dice la enferma con una voz casi espirante.»

El eco de esta voz fue para mi como un rayo: me lancé haciendo un esfuerzo para correr á la desgraciada.... pero mis fuerzas me abandonaron y volví á caer sobre mi cama casi sin conocimiento.

«¡Oh, Teodoro! repone ella (porque ya me habia conocido), ¡oh, Teodoro! ¿eres tú? ¡Ah! no me mires.... ¡yo soi una desgraciada, degradada, perdida para siempre!»

Los fuertes sollozos en que prorumpió, sofocaron su voz: yo habia perdido el uso de la mia, y no hai espresion que pueda esplicar lo que yo esperimentaba en este momento.

«¡Ah, qué miserable soi! continuó. Yo habia suplicado al cielo me dejase morir lejos de ti, y me niega hasta este triste favor. ¡Ah, Teodoro! ten piedad de esta Elisa que tanto has amado: ten piedad de mis sufrimientos: perdona el sentimiento de debilidad que

me ha impedido abreviar mis dias despues de mi humillacion; pero conozco que no me restan ya sino mui pocas horas que vivir: voi á dejar un mundo donde no he conocido mas que el infortunio y la infamia.

— No, no, esclamé yo en fin, no, no morirás, tú vivirás: ¿no me eres siempre querida? ¿No eres aun mi muger, mi Elisa, el único objeto de mis angustias y de mis amores?

— Cesa, cesa, te suplico, de hablarme así: esas espresiones de ternura despedazan mi corazon: ya no soi ni debo ser á tus ojos mas que una criatura infame, un objeto de disgusto y de desprecio.

—Tú me desesperas, repuse yo con vehemencia: yo te amo, Elisa, y te amaré hasta el último momento de mi vida. ¿No soi yo la causa de todo lo que tú has sufrido? Sin mí, sin mi fatal amor, tú hubieras vivido feliz en una dulce y pacífica oscuridad: yo mismo te he hecho el blanco de tan infernales persecuciones de que eres víctima: en fin, adorada Elisa mia, si es preciso que tú mueras, moriremos juntos; pues me es imposible sobrevivirte.

—¿Tú ignoras, me dice ella entonces, lo desgraciada que yo soi? ¡Ah! si mi padre hubiese previsto el miserable destino de su hija, su mismo cariño, la compasion sola le hubiera impedido dejarme vivir:

pero la vida ¿no fuera un contínuo suplicio si el porvenir nos fuese conocido? Teodoro, ¿cómo es que te hallas aquí? ¿por qué has manchado tus manos en la sangre de un mónstruo?....

—¡Ah! esclamé yo interrumpiéndola, mil vidas y no solo una quisiera yo haber quitado á ese miserable: se las hubiera arrancado todas por satisfacer mi venganza. ¿No ha destruido nuestra felicidad? ¿no ha emponzoñado nuestra existencia? ¿no es en fin el asesino de mi hijo?.... Pero yo me enageno, cuando debiera esforzarme á calmar mi agitacion.... Quisiera, si fuese posible, borrar de mi memoria los sangrientos ultrages que he recibido, para no pen-

sar mas que en la felicidad de volverte á ver junto á mí, hablarte, y leer en tus ojos que soi siempre amado.... temo conmoverte demasiado. ¡Vive para mí, Elisa mia!!! huiremos lejos de estos lugares: en otra parte hallaremos una tierra hospitalaria donde nos será permitido vivir aun para ser felices.

—¡Ah, Teodoro mio! eso es demasiado: me faltan fuerzas para resistir la fuerte emocion que causas á mi corazon. ¡Ah! el frio de la muerte ha helado mi sangre; nada, nada en este mundo puede ya salvarme.»

La impresion que me hicieron estas palabras terribles, fue como un peso enorme que me cayó sobre el corazon: perdí el

conocimiento, y cuando volví en mí era de dia. La escena de la noche me pareció un sueño, y dudé de su realidad. Sin embargo, llamé en voz baja á Elisa, y presté mi oido esperando una respuesta. Estaba aletargada: su respiracion se hallaba oprimida y casi interceptada, y era la única señal de vida que daba: me acerqué, y vi que tenia cubierto el rostro con una punta de la sábana: la retiré suavemente para contemplar aquellas facciones que tenia grabadas en mi corazon desde la primera vez que la vi; pero ¡qué horror el mio al aspecto de una mudanza tan estraordinaria como la que observé en aquella cara en otro tiempo tan hermosa! Sus mejillas estaban hun-

didas y descarnadas, pálidos los labios, los ojos casi enterrados y sin movimiento, el aire cadavérico y de una persona estenuada por una larga y cruel enfermedad.

Tal era el estado de aniquilamiento á que se hallaba reducida, que contemplé este horrible espectáculo con una aparente insensibilidad. Habia renunciado á la esperanza de verla volver á la vida, y no me quedaba ya mas que el deseo de morir con ella.

No tardó en volver en sí esta desgraciada, dirigiéndome una lánguida mirada.... ¡Pero qué mirada, gran Dios! No era ya aquel golpe de vista animado, lleno de una espresion celeste que embriagaba mis sentidos.... Si tenian aun una es-

presion aquellos ojos en otro tiempo tan hermosos.... era la del sufrimiento y de la muerte.

Acababa de volver á hallar aquella desgraciada por quien habia consentido únicamente vivir; pero la hallaba espirante, y la felicidad que yo me habia prometido se desvanecia para siempre: la procuré los socorros necesarios con el auxilio de la buena muger de que ya he hablado, con la fatal certeza de que mis cuidados no podian hacerla volver á la vida.

No atreviéndome á preguntarla sobre sus desgracias, interrogué á la buena muger, y lo que me dijo aumentó, si es posible, mi horror y mi odio por el bárbaro que ha podido llegar á este es-

ceso de inhumanidad. Parece que uno de los emisarios de mi padre habia logrado descubrir á Elisa en la choza de un pastor, donde habia logrado un asilo: pasó allí muchos meses viviendo del trabajo de sus manos : apenas se habia restablecido de las consecuencias de los ultrages que habia sufrido, la prendieron por una sospecha de complicidad en el asesinato del lord D.... Sin embargo, no hubo quien declarase contra ella, y al cabo de algunos meses de prision la pusieron en libertad á peticion de mi padre, que ocultaba así sus miras secretas bajo el falso esterior de una magnánima indulgencia, para tener despues el golpe mas seguro sobre su víctima. En

efecto, sin amigos, como sin fortuna, perdida en la opinion pública, cómplice de un asesinato á los ojos de las personas ya prevenidas, aunque acusada sin pruebas, halló todos los corazones inaccesibles á la compasion: la relacion de sus infortunios fue mirada como una ficcion, un embuste por todos los que no conocian á mi padre. La desgraciada Elisa era la pura sinceridad, la misma humildad, y se la juzgó pérfida é ingrata: despreciada por todas partes, no tuvo valor sino para irse á ocultar en algun monte lejano, y morir lejos de un mundo bárbaro, que por tantos motivos debia aborrecer.

Pero la venganza de mi padre

no estaba aun satisfecha: eligió para la ejecucion de sus horrorosos designios al portero de la casa de correccion donde yo habia sido encerrado. A pesar de lo insensible que era este miserable, le hizo estremecer de horror lo que se le exigió: mi padre podia perderle, le amenazó, y fue obedecido: el ídolo de mi alma, mi muger.... mi Elisa, arrebatada en un estado de debilidad que la hacia incapaz de oponer la menor resistencia, fue víctima de nuevos atentados: el mónstruo que marchitó tantos encantos, inficionó su sangre con un tósigo mortal, que no tardó en atacar los principios de la vida y alejar toda esperanza de curacion.

Objeto de horror á sus mismos ojos, la desgraciada no tuvo el valor necesario para darse la muerte; pero bien pronto el esceso de sus sufrimientos dió fin de las pocas fuerzas que la restaban: la hallaron espirante á la entrada del arrabal donde estaba el hospicio ú hospital que la recogió, y fue preciso que mi estrella me condujese á él y cerca de ella, no solo para saber detalladamente tan horrorosa historia, sino para verla espirar en mis brazos.

Tambien yo tenia necesidad de algun amparo; pero mi situacion era lo que menos me ocupaba: junto á Elisa constantemente, buscaba en sus ojos cristalizados, en su fisonomía aun interesante, á pe-

sar de la alteracion de sus facciones, buscaba hasta en el menor de sus movimientos algunos síntomas que reanimasen mis esperanzas: mas ¡ah! ya no tenia ni aun el triste consuelo de esta ilusion: todo me anunciaba su próxima disolucion: la infortunada Elisa se sentia morir: viendo mi dolor, suspiraba, y aprovechaba el corto resto de sus fuerzas para dirigirme algunas palabras de consuelo que no llegaban hasta mi corazon.

A la media noche de la sesta de nuestra reunion, desfallecido mi cuerpo por la fatiga, y mas aun mi espíritu por el dolor, perdí el sentido, y me quedé aletargado sin la menor accion: una mano helada cayó al momento sobre la

mia, y oí confusamente á Elisa decirme con una voz débil y ya casi imperceptible:

«¡Teodoro! ¡querido esposo! háblame: oiga yo tu voz aun una vez.... ¡yo muero!

— No, no, esclamé yo volviendo de mi letargo, apretando su yerta mano contra mis labios, y sin saber apenas lo que decia hallándome enagenado y fuera de mí: no, tú no morirás.... no me abandones, Elisa mia, mi amor te lo suplica.... un dia.... dame, concédeme un solo dia.... ¡Elisa, Elisa, mi tierna amiga!

— ¡Ah, Teodoro amado! repuso ella: la muerte era toda mi esperanza antes del cruel instante en que te he vuelto á ver: me pa-

recia tardar el anunciado dia de ir á descansar en los brazos de mi respetable padre, en recibir las dulces caricias de una madre tierna, y de prodigarles las mias en señal de nuestro desgraciado amor.... mas tú, objeto adorado, me vuelves á unir á la vida.... Querido Teodoro.... yo.... siento.... veo que.... es preciso renunciar.... sí.... muero....» Espiró.

No intentaré describir mi desesperacion.... todo cuanto me detenia en este mundo habia desaparecido.... yo no podia ya vivir: era imposible volver á mi Elisa la vida: era preciso, pues, que yo fuese á unirme á ella.

Yo, sí, yo vi arrebatar de mis ojos los restos inanimados de esta

víctima, sin poder recobrar bastantes fuerzas para asistir á la ceremonia fúnebre. Un centenar de mugeres anegadas en lágrimas hicieron el duelo á su virtud y martirio hasta la tumba: cuando sus padecimientos reclamaban el consuelo de la humanidad, la habian abandonado, y cuando no existia, consagraban inútiles lágrimas á su desventurada suerte.

Firme en mi resolucion de morir, no pensé ya sino en los medios de lograrlo; porque desprendiéndome del insufrible peso de una vida tan amarga, queria marcar con el sello del oprobio al bárbaro que habia sacrificado mi felicidad á su ambicion, y vengarme de sus crueldades, condenándole á

remordimientos impotentes y á una desesperacion eterna.

Despues de haber reflexionado sobre esto largo tiempo, tomé el partido de irme á delatar yo mismo, y de hacer asi á mi padre el instrumento de su propio suplicio: apenas recobré una parte de mis fuerzas, reanimado por mi mismo furor, salí del hospital, y me fui derecho á la presencia del juez de paz del canton.

«Señor, le dije, vengo á delatar á un asesino, por cuyo arresto el caballero Cyphon ha prometido dos mil libras esterlinas de recompensa...

— ¿Estais seguro, me preguntó el juez, de poder entregarnos ese hombre? Pues seria peligro-

so cometer una equivocacion.

— Estoi, señor, tan seguro, como que yo mismo soi el culpable: os suplico me mandeis conducir á la prision, y que la justicia sea satisfecha.»

El juez de paz, sorprendido, me miró un momento sin pronunciar una palabra. «Reflexionad bien lo que haceis, me dijo: aquí no teneis otro acusador que vos mismo, y yo puedo aun cerrar los ojos á vuestra evasion.

— Lo tengo bien pensado, señor, mi espíritu goza de la mayor calma: he cometido un crímen que la lei debe castigar, dignaos llenar los deberes que el gobierno os ha confiado.

— En ese caso tengo que asegu-

rarme de vuestra persona; pero siento en mi alma una repugnancia en cumplir este deber.»

Fuí conducido á la cárcel del condado, para esperar en ella mi sentencia: desde allí os escribí. La triste confianza de mis desgracias es el único tributo de reconocimiento con que puedo pagaros: vos me habeis amparado sin conocerme; me habeis honrado con vuestra amistad y la de vuestra hija, y puedo esperar que consagrareis algunas lágrimas á mi triste suerte.

Como me restan pocos dias de vida, me apresuro á enviaros este manuscrito: si no existiese ya en el momento en que lo recibais, os suplico hagais depositar mi cuerpo

á el lado del de Elisa; y no habiendo en el mundo alhaja mas preciosa que el retrato de esta adorada víctima, le dejo por via de legado á vuestra hija. ¡Plegue á Dios que uno y otro seais felices! Este es el último deseo de vuestro desgraciado amigo.

CAPITULO XXIII.

Es de suponer que esta triste relacion habia sido frecuentemente interrumpida. Hanson no habia podido leer los terribles padecimientos de su hermana sin verse sofocado de indignacion. La mas horrorosa de las venganzas era ya la primera necesidad de su corazon: Bensadí guardaba un profundo silencio, y no levantaba sus ojos sino para contemplar á su hija, que no se ocupaba de ocultarle sus lágrimas.

« ¡ Ah, padre mio! esclamó e-

chándose en sus brazos: ¿no podemos salvarle? ¿será imposible obtener su perdon?

— Mucho lo temo, hija mia: sin embargo, calma tu pena, trata de imitar el ejemplo que te da de una resignacion desgraciadamente mui necesaria: iremos á verle, lloraremos juntos: los cuidados de la amistad no dejarán de ser dulces á su corazon.»

Hanson unió sus súplicas á las de este buen padre, y lograron, si no consolarla, al menos darla un poco de espíritu: los preparativos de la marcha se hicieron bien pronto: Shechem, despues de haber dado sus disposiciones para que sus asuntos no sufriesen atraso en su ausencia, marchó en una

silla de posta con su hija, y Hanson partió algunas horas despues. Su intencion era la de coger á su cuñado Eduardo, que residia no lejos del camino por donde debia pasar: este lo habia prevenido y habia partido desde la víspera para ir á ver á su desgraciado pariente. Hanson se despidió de sus hermanas sin atreverse á hablarles del deplorable fin de Elisa, aunque siempre estuviese pensando en él, y que esperimentase los mas violentos movimientos de rabia contra su bárbaro perseguidor.

Al dia siguiente llegó á la ciudad donde estaba Teodoro, y presentándose inmediatamente en la cárcel, prodigó el oro para entrar. El desgraciado estaba confi-

nado en un calabozo; pero como él mismo se habia constituido reo, no habian creido fuese necesario cargarle de grillos y cadenas.

Hanson le halló sentado, teniendo en una mano el retrato de Elisa, y contemplándole con aire enternecido. Teodoro, que le creia muerto, ó al menos perdido en regiones lejanas, tardó en reconocerle.

«¿Es posible, le dice al fin, que sea el hermano de mi Elisa el que veo en este momento? ¿Por qué milagro habeis escapado al poder destructor que ha esterminado vuestra familia?

— Teodoro, respondió Hanson apretándole la mano, mi corazon está despedazado por el dolor:

¡ah! ¡bajo qué tristes auspicios nos volvemos á ver! ¡hé aquí en lo que han venido á parar los proyectos tan lisongeros que nosotros formábamos en nuestra infancia! ¡Oh, amigo mio! yo he perdido á mi padre, á mi madre, una hermana querida; y si á estas pérdidas es preciso añadir la vuestra, no tengo ya un momento de felicidad que esperar.

— El autor de todos nuestros males, repuso Teodoro levantando hácia el cielo los ojos con espíritu airado, sentirá al menos el peso insoportable del remordimiento: yo dejaré en su corazon una herida cruel que le hará padecer hasta que exhale el último suspiro!!!.... y vuestra desventurada hermana será vengada.

— ¡Y haciendo el sacrificio de vuestra vida, es como quereis vengar su memoria! ¿No fuera mejor dilatar la vida por los amigos que os restan? ¿por qué no habeis de tratar de evadiros? Ningun testigo depone contra vos: vuestra vida se halla aun en vuestras manos: mirad, reflexionad que semejante despecho y abandono de vos mismo es un suicidio criminal.

— ¿Qué importa? La vida para mí es ya una insufrible carga, y quiero librarme de ella: todo lo que el hombre puede sufrir, lo he sufrido: nada en este mundo puede indemnizarme de lo que he perdido: es preciso morir.»

Hanson se afligia de no poder destruir la funesta resolucion de

su amigo: se calló: Teodoro se callaba tambien, y no parecia dispuesto á tomar otra vez la palabra; pero Hanson fue quien procuró inspirarle de nuevo el deseo de vivir, por una consideracion que juzgó mui eficaz al intento.

«Teodoro, le dice, habeis sufrido una pérdida que os hace insoportable la vida: conozco el tormento que aflige vuestro sensible corazon: si el amor fraternal me arranca á mi lágrimas de sangre, ¡qué no debereis vos padecer cuando un cariño tan verdadero y tan profundo os unia á mi desgraciada hermana!!! Llorémosla, amigo mio; sí, llorémosla, y honremos su memoria; pero no habiendo en nosotros cosa alguna que pueda

eximirse de la muerte; si esta adorada víctima, separada ya de aquel ser mortal, ha conservado el sentimiento de morir que la ha acompañado hasta el sepulcro, ¿podeis pensar que espere el sacrificio que la quereis hacer? Mirad á todos lados, fijad la vista en todos los seres que teneis al rededor, y examinad si realmente es cierto que todos cuantos objetos os rodean os inclinan á amar la vida: no hablo de mí ni de mis hermanas; bien sabeis que os amamos: juzgad de nuestros temores por el mismo cariño de que no debeis dudar; pero la interesante hija de Bensadí, esa jóven tan tierna, tan amante, que no espera su felicidad sino de vos, que no vive sino por

la vuestra, que morirá si renunciais á la conservacion de vuestros dias, ¿no ha hecho alguna impresion en vuestra alma? ¿No seriais responsable al buen Shechem de la felicidad de su hija?

—Quisiera saber, respondió Teodoro, por qué acontecimiento habeis conocido al hombre que acabais de nombrar. El cielo es testigo de que yo compraria á precio de mi sangre la ocasion de responder á sus generosas bondades: acaso tendré que acusarme de no haberme alejado de su hija desde que tuve la primera sospecha de sus buenos sentimientos por mí. Desde que me ha sido robada mi adorada Elisa, me he preguntado mas de una vez á mí mismo si estaria

en mi mano el poder contribuir á la felicidad de otra muger: á mas de esto, he conocido que mis penas han alterado mi salud, y no me dejan sino mui corto tiempo de vida; pero aun cuando yo pudiese contar con el restablecimiento de mis fuerzas, ¿qué ofrecería al amor de esta jóven interesante? Un corazon llagado, un cariño frio que no bastaria á su felicidad: yo conozco á Eva: cuantos mas esfuerzos hiciera por reprimirme y dar al reconocimiento y á la amistad la espresion del amor, mas creeria ella tener que gemir: nuestras tentativas por disimular nuestras penas recíprocas no servirian mas que para hacernos al uno y al otro mas dignos de compasion.»

Hanson continuó estrechándole sobre este punto, pero siempre sin suceso, y combatia aun con su funesta resolucion cuando Eduardo entró en la prision: este último dijo á Teodoro, que un abogado célebre se habia encargado de su defensa, á solicitud de su padre; y se sabia tambien que el defensor se reduciria á probar principalmente que el acusado no gozaba de su razon; alegato que debia ser confirmado por muchos testigos.

Teodoro nada respondió á lo que Eduardo acababa de decir, y antes bien hacia por volver la conversacion á otros objetos: su aspecto era grave y serio, y sus amigos no podian dejar de admirar su

aparente tranquilidad. Despues de haber pasado con él una gran parte del dia, Eduardo y Hanson se volvieron á su posada. Bensadí acababa de llegar con su hija, y el buen israelita hubiera querido ir á ver al momento á Teodoro; pero era bastante tarde para poder lograr entrada en la cárcel, y tuvo que esperar hasta el dia siguiente.

No trataremos de describir la cruel ansiedad de su hija: el hombre que su corazon habia elegido; aquel que ella amaba con todo el ardor de una alma pura y profundamente sensible; Teodoro, confinado en un calabozo, cargado de cadenas, y en vísperas acaso de sufrir un suplicio ignominioso. ¡Qué hor-

rorosa perspectiva para ella! En vano busca en su razon, en los tiernos consejos de su padre un alivio á las angustias que despedazan su alma; en vano se esfuerza en fijar su imaginacion en suposiciones propias á reanimar sus esperanzas; pues sus demasiado justas inquietudes se resisten y desvanecen todas las ilusiones.

A la mañana siguiente Shechem se apresuró á ir á ver á su desgraciado amigo: le estrechó afectuosamente contra su seno, pasó dos horas con él sin hablar apenas, y le dejó con la intencion de ir á casa del caballerizo Cyphon para ver por sí mismo cuáles eran sus disposiciones en aquel momento, y comprometerle, si era

posible, á prestarse á la evasion de su hijo, en el caso de conmutar el tribunal la pena de muerte en un encierro: dejando por consiguiente á su hija al cuidado de Hanson y de Eduardo, partió sin detencion: apenas habia andado cuatro leguas, cuando se quebró el eje de su silla de posta: se vió precisado á detenerse en un mal meson, situado á poca distancia del camino, hasta que se compuso el carruage, no permitiéndole su edad y sus achaques viajar á caballo.

» Cerca de media hora despues llegó á la posada un hombre de una estatura desmesurada y de mala cara sobre un caballo cansado: puso pie en tierra y se hizo con-

ducir á la pieza inmediata á la de Shechem. Casi en el mismo acto llegó una silla de posta, escoltada de tres criados bien montados y armados de pies á cabeza. Al ver detenerse todo este equipage en una posada de tan miserable apariencia, inspiró justamente á Shechem mui mala idea: se asomó á la ventana para ver bien al nuevo huésped, y su curiosidad fue bien pronto satisfecha. Bajó de la silla un hombre de mediana estatura, ayudado de dos criados que le condujeron hasta la posada. Una tristeza sombría es la que se veia marcada en su semblante pálido y desencajado por la pena mas bien que por los años, lanzando en su alrededor miradas inquietas y hu-

rañas. Shechem imaginó que este viagero era el padre de Teodoro, es decir, el mismo sugeto que iba á buscar, y no se engañó.

Mientras deliberaba sobre el partido que debia tomar en vista de esta circunstancia inesperada, oyó hablar al caballero Cyphon en la pieza inmediata con el hombre que habia llegado algunos minutos antes. Shechem, por su semblante, no habia vacilado en creer fuese el conserge de la prision donde Teodoro habia estado detenido. Prestó su oido no dudando hablaban de este desgraciado, y hé aquí lo que oyó.

«A pesar de todo cuanto he hecho, dice el caballero Cyphon, ya ves que este desgraciado se me va

á escapar si un ardid poderoso nó le atrae bajo mi poder. . . . .

—Milord, no tengais cuidado, estan tomádas todas las medidas mas eficaces: los testigos que yo he hallado jurarán veinte veces si es menester, que es un loco de atar.

—Enhorabuena: yo no sufriré, aunque me cueste cuanto poseo, que un hombre que lleva mi nombre, espire en un patíbulo. ¡Oh qué borron tan infamante para la familia de los Cyphones! No, voto á mi vida, no lo sufriré. Pero yo queria decir otra cosa.... Cuando le tenga ya en mi poder, ¿cómo le guardaremos? ¿No deberemos siempre temer que se nos escape?

—Téngale yo en mi poder, que

despues yo os respondo, Milord, que no volverá á ver la luz del dia.

—¿Qué quieres decir? pregunta Cyphon bajando la voz. Segun veo tú no tienes ningun designio contra su vida.... Sin embargo, es preciso convenir.... seria de desear que fuese muerto.... mi nombre no seria ultrajado, y al mismo tiempo quedaria vengado de los ultrages que he recibido. El miserable se ha atrevido á levantar la mano contra mí; ha faltado á mi voluntad: se ha echado en el fango, sacrificando el honor de su sangre á una pasion vergonzosa: ha perdido todos sus derechos, y yo no le debo ya dispensar ni mi ternura ni mi piedad.... Si estu-

viese muerto, no tendria yo mas cuidados.... sin embargo.... y bien.... ¿tú qué dices?

Shechem se estremeció de horror al escuchar estas últimas palabras, á las que sucedió un largo silencio; y despues de esto sintió un diálogo á media voz, del que nada pudo comprender; y si no le fue posible asegurarse hasta qué punto era conforme el deseo sanguinario de Cyphon con el modo de pensar de su cómplice, sin embargo sabia lo bastante para renunciar al proyecto de ver á un hombre que habia cerrado su corazon á los mas tiernos sentimientos de la naturaleza. Fue compuesta la silla de posta, y se apresuró Shechem á volver con su hija.

Hanson y Eduardo no fueron menos indignados que Shechem cuando les refirió lo que habia debido á una feliz casualidad. «Yo no siento, antes bien celebro ese descubrimiento, dice Hanson, pues nos suministrará los medios de volver contra los enemigos de Teodoro las astucias empleadas para perderle: cuando ellos hayan llegado á lograr su perdon, nos presentaremos Eduardo y yo por fiadores del preso respondiendo de su persona: no nos será dificil frustrar las pretensiones del padre, alegando que es honor suyo no contrariar nuestra demanda, para alejar las sospechas á que su conducta ha dado lugar, y probar que no ha obrado sino segun princi-

pios de justicia, y no por las instigaciones del orgullo humillado.»

Teodoro, segun se acercaba la época de su sentencia, se hacia mas reservado y mas recogido: habia cesado ya de hablar de Elisa, no lloraba con tanta frecuencia, y su aire parecia mas tranquilo; pero como no queria hablar nada relativo al proceso que se iba á instruir, era imposible penetrar sus intenciones sobre los medios de defensa.

En cuanto á Eva, que se habia figurado tener suficiente espíritu para asistir al fatal proceso, conoció bien pronto que habia contado con fuerzas que no tenia: tuvo muchas veces tentaciones de volverse á Londres, y acaso lo

hubiera realizado sin la llegada de las dos hermanas de Hanson, que afligiéndose con ella, y comunicándola sus débiles esperanzas, llegaron á templar un poco el esceso de su dolor.

En fin, se abrió la sesion, y á solicitud del caballero Cyphon el proceso de su hijo fue lo primero de que el tribunal se ocupó.

CAPITULO XXIII.

Un asunto tan estraordinario habia ocasionado un gran concurso de espectadores: todos convenian en que el acusado era culpable, pero sin embargo deseaban salvarle; y lo que sorprendia mas era el ver al infeliz Teodoro perseguido y defendido á un mismo tiempo por su propio padre: por todas estas circunstancias el dia de la instruccion de este admirable proceso se halló la sala de audiencia llena de gente desde mui de mañana.

Teodoro, vestido de negro, se presentó acompañado de sus tres amigos; y no permitiéndole el aniquilamiento de sus fuerzas estar de pie, el tribunal le mandó sentar. Llevaba suspendido de su cuello el retrato de Elisa por una cinta negra: su rostro pálido y sus muchas penas no le dejaban mostrar señal alguna de la frescura de la juventud: sin parecer abatido, tenia el aire menos ocupado de lo que pasaba al rededor de él, que de algunas meditaciones profundas que absorbian toda su atencion: sin embargo, se notó que al ver á su padre le habia entrado un temblor general, y que se reprimia mucho para recuperar la serenidad de espiritu que antes de-

mostraba. La decencia y la dignidad de sus modales, su fisonomía que demostraba la impresion de todo lo que habia sufrido, escitaron en el ánimo de todos sus espectadores el mas vivo interes y ternura. Mas de una muger, contemplando esta víctima de la ambicion humana, sintió correr de sus ojos las lágrimas de una dulce piedad.

El caballero Cyphon, sentado en el lado opuesto, era bajo de otras consideraciones un objeto menos digno de compasion: se le veia mudar de color alternativamente: la inquietud, el despecho, la vergüenza y un furor concentrado se leian en su semblante y en su modo de mirar sombrío, in-

cierto y alarmado. Estas pasiones homicidas, unidas á los achaques de su edad, habian hecho de su vida una cadena continua de inquietudes y de penas. El que no le conociese hubiera creido al verle que su corazon se hallaba destrozado por todas las angustias del dolor paternal: ¿pero el caballero Cyphon podia ser accesible á otra pena que á la de ver su orgullo humillado y destruidos sus proyectos ambiciosos? ¡Qué suplicio para este hombre tan vano, tan acostumbrado á los serviles homenages de sus vasallos, el verse espuesto en público á la murmuracion, á la desaprobacion, y á la indignacion general, en fin, que provocaba su criminal conducta con

respecto á un hijo! ¡Cuánto no debia sufrir su orgullo por la necesidad en que él mismo se habia puesto de comparecer ante un tribunal que acaso iba á imprimir sobre su nombre un eterno oprobio!

Impúsose silencio, y fue leida el acta de acusacion, que decia así:

«Que Teodoro Cyphon, de caso pensado, habia asesinado al «difunto lord D.... su tio, de u«na puñalada en el lado izquier«do del pecho, de la que dicho «Lord habia muerto seis horas des«pues: el acusado ¿es culpable ó «no?»

Durante la lectura de la acta de acusacion Teodoro se mantuvo de pie, y luego que fue acaba-

da, tomó la palabra para confesarse culpable. El defensor que le habia dado su padre, se levantó para interrumpirle, y suplicó al tribunal tuviese á bien escucharle, lo que le fue acordado.

«Milord, dice, y vosotros ciudadanos jurados, como yo puedo probar que el acusado no goza del uso de su razon, y que la misma declaracion que acaba de hacer es una prueba, en cuyo apoyo deben ser relatadas otras muchas en el discurso del proceso, pido se le haga una nueva interpelacion, y que la instruccion se verifique en las formas ordinarias.»

El tribunal, hallando razonable esta demanda, hizo intimar de nuevo á Teodoro la órden de de-

clarar otra vez si se reconocia efectivamente culpable ó no culpable; y respondió: «Pues que se trata solamente de una formalidad que no requiere una deposicion verídica, consiento en declararme no culpable.»

Los testigos contra el acusado fueron oidos, y entre ellos los dos hombres que Teodorico tenia junto á él para velar por su seguridad: el uno y el otro depusieron que habiendo oido un tiro de pistola en el cuarto donde estaba el lord D.... se habian apresurado á entrar, y que habian oido mui distintamente pronunciar estas palabras: *Teodoro, tú has muerto á tu tio*: que al mismo tiempo habian visto un hombre en camisa que sa-

lia del cuarto por una puerta opuesta á la que ordinariamente se usaba; que le habian perseguido en el acto, pero sin poder alcanzarle habiéndoles hecho perder sus pisadas la oscuridad de la noche.

Otros testigos hicieron sucesivamente sus declaraciones: todas concurrian á probar que Teodoro era el autor del asesinato, y que al mismo tiempo habia empleado, para eludir las investigaciones, una multitud de estratagemas, de las que la mayor parte parecian prodigiosas.

Terminado el interrogatorio de los testigos, el defensor del acusado se levantó, pidió la palabra, y la obtuvo.

«Milord y señores, dice, no

trataré de consultar hechos apoyados sobre pruebas mui evidentes para dar lugar á que se pongan en duda; pero el hombre que no tiene el libre uso de sus facultades morales, no pudiendo ser nunca responsable de sus acciones, me atrevo á creer que todo será favorable al acusado que yo defiendo. Hai pocos casos, segun mi opinion, en que la verdad sea mas palpable que en este: los hechos arrastran por sí mismos la conviccion, y no se trata mas que de esponerlos.

«Los primeros síntomas de la locura del desgraciado jóven que tenemos delante, se manifestaron en muchas conversaciones particulares que tuvo con su padre:

se notó que hablaba mucho sin enlace ni sentido en sus ideas: estos indicios que de dia en dia eran mas graves, vinieron en fin á ser tan alarmantes, que se creyó preciso encerrarle: precaucion que no se tomó sin embargo sino despues que en un acceso de frenesi levantó la mano á su padre. Sí, señores: á pesar de lo increible que debe pareceros tal hecho, este buen padre, que hasta entonces habia prevenido todos los deseos del acusado, que desde entonces no ha disfrutado un solo momento de reposo, y cuya desesperacion ha despedazado el corazon.... ¡ha sido herido por su propio hijo!.... ¡Pero de qué escesos no es capaz el desgraciado

que no es dueño de su razon!!!....

«Dos veces ha logrado escaparse del aposento donde se le tenia encerrado: su frenesí, de dia en dia mas difícil de contener, obligó á su padre á hacerle conducir á una casa de correccion: yo he sabido de M. Y.... que es el ecónomo, y cuyos principios de humanidad son generalmente bien conocidos, que este jóven caia en accesos de furor, tan violentos, que habia peligro en acercarse á él. Un dia se echó sobre uno de los conserges de la casa, á quien mordió en un brazo, y le hubiera infaliblemente hecho pedazos si no hubiesen acudido oportunamente á sacarle de sus manos. Algun tiempo despues, por un esfuerzo supe-

rior á las fuerzas físicas de todo hombre, y sin el auxilio de ningun instrumento, hizo pedazos sus cadenas y se escapó.

«A consecuencia de esta crisis violenta, pareció disminuirse su enfermedad, y aun durante algun tiempo no dió señal alguna sensible de demencia. Su tio Thompson le acogió en su casa, y bien pronto este desgraciado jóven, habiendo estrechado amistad con un eclesiástico que habia sido su preceptor, fue la víctima de sus instigaciones, y se casó con una de sus hijas, con la que se presume que habia tenido un trato íntimo antes de esta época.

«Su padre, lleno de afliccion por ver correr á su perdicion un

hijo en quien habia fundado todas sus esperanzas, justamente irritado contra el que habia abusado de la debilidad de este jóven, por unirle con una muger, cuya conducta era mas que sospechosa, citó á este sacerdote en justicia, acusándole de haber, con desprecio de las leyes, prestado su ministerio á un matrimonio clandestino. Me abstendré de manifestar al tribunal todas las circunstancias de este proceso. Estrechado, como lo estoi, por la abundancia de los hechos, en apoyo de la causa que defiendo, creo no deber ofrecer á vuestra atencion sino los mas remarcables y los mas interesantes ó mas esenciales al objeto.

«Milord y señores, vedme aqui

tocar ya un acontecimiento que me penetra del mayor dolor, y que sin duda producirá el mismo efecto en el tribunal y en cuantos me escuchan; pero la indulgente compasion se detendrá en favor del infortunado jóven, cuya suerte se halla hoi en vuestras manos; porque si es cierto que el hombre demente no es susceptible de raciocinar con acierto y someter su conducta á la reflexion, su corazon ¿no es aun menos accesible á los sentimientos de ternura ó de odio? ¿siente el placer ó el ultrage menos vivamente que aquel cuya razon no ha sufrido ningun ataque? Ninguno se atreverá á afirmarlo con seguridad.

«La jóven que el sacerdote, de

quien hemos hablado, se habia apresurado á dar por esposa al acusado, con el objeto de sustraerla de la deshonra, que debia ser el precio de su mala conducta, dejó á su esposo al momento que murió su padre, y se escapó con un nuevo amante. No contenta con este ultrage, tuvo la desfachatez de correr la voz de que habia sido robada por el lord D....

«¡Quién no se estremeceria de indignacion al ver tan horrible impostura! ¡cómo suponer que un hombre lleno de honor, citado en todas partes por sus cualidades nobles y generosas, podia nunca concebir la idea de deshonrar á la muger de un sobrino! El simple relato de esta monstruosa imputa-

cion basta, me parece, para refutarla. Pero lo que importa no perder de vista, son los terribles efectos de esta calumnia sobre el ánimo del desgraciado esposo: su razon se estravió de nuevo, cayó en espantosos accesos de frenesí, y esta vez no fue su padre, sino uno de los primos que vivian con él, quien se vió obligado á tenerle encerrado: la violencia de sus transportes aniquiló bien pronto sus fuerzas: á esta crisis sucedió una postracion, durante la que su razon pareció tomar otra vez un poco de imperio, y el uso que hizo fue horroroso; pues resolvió lavar en la sangre de su tio el ultrage que creia haber recibido.

«Para un hombre demente hai

casi siempre un objeto particular sobre el que sus ideas estan fijas y claras. Desgraciadamente para el desventurado que defiendo, el objeto que absorvió todo lo que le restaba de facultades intelectuales, no fue menos que un asesinato: el hecho principal ya os es conocido: sabeis tambien que se escapó, que tuvo una vida errante muchos meses seguidos, haciendo por intervalos acciones tan estraordinarias, que los crédulos habitantes de las aldeas llegaron á imaginar que estaba de inteligencia con el diablo: estas circunstancias son notorias; sin duda no hai ninguna persona de las aquí presentes que no hayan oido hablar de esto.

«Habia vuelto á caer en su esta-

do habitual de demencia, cuando fue recibido en la casa de caridad: allí fue donde volvió á encontrar á su muger que murió poco tiempo despues de una enfermedad vergonzosa, fruto de su mal vivir.

«Si el tribunal lo exige, innumerables testigos confirmarán los hechos que acabo de referir: hai aun otro que no se debe omitir, y es la resolucion que ejecutó bruscamente el acusado de constituirse preso espontáneamente, despues de haberse sustraido largo tiempo á las investigaciones de la justicia. ¿Es posible ver otra cosa en esta conducta contradictoria, que una prueba superabundante del trastorno de sus sentidos?

«Suplico al tribunal que fije por

un momento su atencion sobre la horrorosa situacion de un padre, cuyo hermano ha sido víctima de un asesinato, y que ve en el homicida su propio hijo, al único heredero de un nombre ilustre: no pudiendo dispensarse de hacer cuanto le ha sido practicable para asegurarse de su persona, y el único medio de lograrlo, esponiéndole á verse señalado como el perseguidor de su sangre, puede fácilmente colegirse lo que ha debido sufrir. El esceso de su dolor, sus penas contínuas han alterado su salud; ya no hai reposo para él en la tierra; cada dia que pasa, envenena la llaga profunda de que adolece su corazon, y el acontecimiento que le arrastra hasta el

témplo de Thémis es el complemento de su infortunio.

«Ciudadanos jurados, á vosotros pertenece dar á este padre desgraciado el derecho de guardar á su hijo; porque es imposible que condeneis un hombre por un hecho pasado en una época en que se hallaba enteramente privado del uso de la razon. ¿Se acusaria de suicidio al que una fuerza estraña ha precipitado en un abismo? No, sin duda; el caso, pues, de que se trata es absolutamente el mismo en el uno y en el otro: lo que ha sucedido, no hubiera sucedido jamas si la voluntad hubiese tenido en ello la menor parte.

«¡Cuánta mayor repugnancia tendreis en condenar al acusado

si adoptais el axioma filosófico de un hombre célebre, como Locke, por el que establece, que cualquiera que saque consecuencias falsas de un principio verdadero, ó consecuencias justas de un principio falso, es un insensato: Al presente, supongamos que el lord D.... fue culpable de los ultrages que le imputaba Teodoro: este último, vengándose por sí mismo, no ha hecho mas que abusar de un principio justo; pues que hubiera debido dejar á las leyes el cuidado de su venganza: he probado matemáticamente que no tenia ya el uso de su razon: á mas de esto, ciudadanos jurados, dignaos no perder de vista la prudente reflexion de que en el caso de no estri-

bar sobre la irresistible evidencia una sentencia rigorosa, no hai mas que un medio de estar un juez tranquilo, y de librar á su conciencia de crueles ansiedades: este medio es el de no ser jamas severo; pues adoptando el partido de la clemencia, nunca os acordareis sin una dulce satisfaccion, de que habeis salvado á un hombre moralmente inocente.

«Observad al mismo tiempo, ciudadanos jurados, que pronunciando favorablemente para el acusado, no os esponeis á dejar en la sociedad á un desgraciado en estado de ofenderla: no hareis mas que confiar un hijo á los cuidados de su padre, es decir, del hombre mas interesado en vigilar todos sus

movimientos: será ponerle en la imposibilidad de hacer cosa alguna semejante al acto que no me atrevo á nombrar, tan eficazmente como si vuestra sentencia exigiese el sacrificio de su vida.

«Pero, lo repito, no es culpable: un hombre, en su situacion, no puede serlo; y aun fuera una injusticia el asimilarle al que en un estado de embriaguez hubiese cometido un crímen; porque aun cuando este último pueda tener razon en decir que no ha tenido intencion de ser culpable, sin embargo, como se ha privado voluntariamente de su razon, como conocia ó debia conocer los efectos de la intemperancia, la lei no admite su justificacion, y el delito

que ha cometido es mui justo castigarle: pero aqui el caso es mui diferente : se trata de un jóven privado de sus sentidos por la Providencia, é inutilizada su razon por la enfermedad mas aflictiva á que está sujeta la especie humana. Está en un estado de demencia, sin que por su parte haya hecho cosa alguna para sufrir esa desgracia, que procede solo de un decreto del cielo: lo que ha hecho le era imposible impedirse el hacerlo: yo sostengo, pues, que no es culpable.

«Suplico al tribunal tenga á bien proceder á la audiencia de los testigos que deben confirmar los hechos que acabo de esponer. He concluido mi deber, y ahora em-

pieza el de los ciudadanos jurados: no dudo que su fallo sea conforme á lo que reclaman la razon, la justicia, la clemencia y la humanidad.»

Comparecieron muchos testigos á efecto de apoyar con sus declaraciones las aserciones del defensor de Teodoro; pero tomando la palabra uno de los jurados dijo: «Que el tribunal estaba satisfecho de lo que habia oido, y que no tenia necesidad de nuevas pruebas para formar su opinion.»

Teodoro, que durante esta defensa habia sufrido mil agitaciones que le habia costado mucho trabajo reprimir, se levantó á su turno, despues de haber enjugado las lágrimas que corrian de sus

ojos, y suplicó al tribunal le permitiese hablar antes que los jurados se retirasen para deliberar sobre su suerte.

Concediósele el permiso, y al momento quedó en el mas profundo silencio la sala: todos los espectadores tenian los ojos sobre Teodoro, y apenas se atrevian á respirar por temor de perder una sola palabra de las que iba á decir. Este desgraciado jóven, despues de haberse apretado el pecho con la mano derecha, como para comprimir los movimientos que le agitaban, tomó la palabra con una voz melancólica y grave, pero firme y clara, espresándose en estos términos:

«Milord, y vosotros, señores

que componeis el *Jury*, lo que acabo de oir me ha demostrado la pavorosa debilidad de la especie humana, y la imposibilidad moral de una justicia práctica. Para juzgar con imparcialidad, el hombre deberia ser inaccesible á las pasiones: su inteligencia deberia abrazarlo todo; pero no hai mas que una razon mui limitada, y aun está oscurecida por muchos intereses todos estraños á la verdad: sus pasiones tienen tanto imperio sobre él, que no debemos admirarnos de sus numerosos errores, ni de los sentimientos y movimientos desordenados que le agitan.

«Mientras ha durado el insidioso discurso que se os acaba, seño-

res, de dirigir, he tenido que reprimir las imperiosas emociones que ha hecho mi corazon: he callado, he sofocado esta pena, pero no he dejado de conocer que podrian afligirme aun ideas dolorosas. Sí, ciudadanos, no he perdido aun la dignidad de hombre: veo que me es imposible sancionar con mi silencio infames calumnias dirigidas á envilecer la memoria de la mas virtuosa, de la mas casta, como de la mas desgraciada de las mugeres: el crímen no existe donde la voluntad no tiene parte: esta es una verdad eterna que no necesita indicarse.

«La mas negra malicia ha forjado ese cúmulo horrible de imposturas que se acaba de manifes-

tar al tribunal; y pues que se me obliga á vengar á mi muger de los ultrages con que se pretende mancillar su virtud, voi á manifestar á los ojos del público un encadenamiento de circunstancias que marcarán en la frente de sus perseguidores y de los mios el sello indeleble del oprobio universal.»

Aquí Teodoro presentó el cuadro de todos los acontecimientos de su vida, el de sus infortunios y de los de Elisa, bajo un colorido tan interesante y tan vivo, que á escepcion de un pequeño número de agentes é partidarios de su padre, todos cuantos le oyeron le tributaron lágrimas de compasion y de dolor.

«Así es, continuó, como el so-

plo emponzoñado de la calumnia se ha conjurado contra la mas pura virtud para oscurecerla y oprimirla: asi las atroces persecuciones, los sufrimientos inesplicables de que ha sido víctima la inocente Elisa.... se han ensangrentado con la mas inhumana impudencia para sostener que ha sido criminal. Yo habia resuelto callarme y sufrir mi destino sin quejarme; pero lo que he oido no me ha permitido pasar en silencio semejante infamia: yo reclamo la indulgencia del tribunal: yo le suplico disimule el impulso irresistible de un corazon ulcerado que necesita abrirse por la última vez.

«Sí, yo lo declaro: el hombre á quien debo el ser, que debia

prodigarme su proteccion y su ternura; aquel cuyas virtudes y solicitudes paternales tanto se os han ponderado, no ha sido mas que mi perseguidor y mi verdugo: yo me he resistido á su voluntad tiránica implorando su piedad: mis súplicas, mis lágrimas no le han enternecido: todo lo ha despreciado: todo lo que la qrueldad mas refinada puede imaginar de tormentos, todo me lo ha hecho sufrir. Yo tenia una muger adorada, yo iba á ser padre, y su odio implacable me lo arrebató todo; y ahora que, gracias á sus indignas maniobras, mi Elisa ha sido infamada, asesinada.... Sí, lo repito, ascsinada con el hijo que llevaba en el vientre: despues de ha-

berme á mí tambien perseguido como un malvado de un estremo al otro del reino, viene á reclamarme como su presa, bajo el pretesto quimérico de que estoi demente, para condenarme á un encierro que no tendria otro fin que el de mi vida; pero pongo por testigo al cielo de que es falso haya sufrido jamas mi razon el menor estravio: estuvo siempre y está en todo su vigor; y en fin, declaro ante Dios y ante los hombres, que el crímen de que se me acusa le he cometido yo á sangre fria, y despues de haberlo meditado mucho tiempo.

«Mi viage á Irlanda para hacer perder mis señas á los que me buscaban, mis diferentes disfraces,

los medios que yo empleé para introducirme con un hombre que multiplicaba para su seguridad toda clase de precauciones, todo lo que hice con el designio de eludir las persecuciones de la justicia, las de mi padre, las de la misma amistad, y todas las diligencias que la esperanza de una fuerte recompensa hacian tan activas; todo en fin, hasta esos informes de acciones estraordinarias que se os han citado, todo prueba que yo he tenido constantemente el uso de mi razon, y que el alegato de demencia está desmentido por todas las operaciones de mi conducta.

«Mis sufrimientos, á la verdad, han producido en mi corazon la sed de la venganza, y la rabia de

la desesperacion. Esta efervescencia se ha calmado bien pronto: luego que he visto que ningun poder humano podia restituirme ya á mi esposa y á mi hijo, ni arrancar del sepulcro al respetable Hanson, he determinado friamente vengarme á mí mismo : esta resolucion fue el decreto de muerte del bárbaro autor de mis males.

«Se ha pretendido persuadir que era inocente : se ha dicho que un hombre tan generoso, tan lleno de honor, no hubiera querido deshonrar á la muger de su sobrino : ¿á dónde estan las pruebas de las virtudes que se le conceden? ¿No se avergüenza el que atribuye sentimientos de generosidad y de honor al que echó á los Hanso-

nes de su humilde choza, que hizo arrebatar al jóven sentado junto á mí, que le hizo enviar á la India como un esclavo? ¿Contaba con su inocencia ese Teodorico, cuando no pudiendo tener ninguna sospecha de mis designios, ignorando aun que yo me hubiese escapado de la casa de correccion donde sabia me hallaba detenido, tenia á sus espensas muchos hombres espresamente encargados de guardarle? ¿Por qué estas precauciones? ¡Ah! sin duda temia la venganza de un esposo ultrajado: su conciencia le gritaba que merecia la muerte: nada temia las leyes, pues los malvados saben evadirse de ellas; ¿pero qué precaucion podia sustraerle al puñal

del hombre desesperado, que nada tiene ya que perder?

«Acaso se creerá usar de clemencia conmigo dejándome la vida; pero á mas de que esta indulgencia seria un agravio á la justicia, protesto que lo miraria como una crueldad. Yo me he consumido ya en una horrorosa prision: mi inhumano padre me ha entregado ya al poder de una especie de hombres familiarizados con todos los crímenes: he estado cargado de cadenas, se me ha llenado de ultrages: una falta que cometí por accidente, fue el pretesto de este tratamiento bárbaro. Si fuese cierto que yo habia perdido la razon, ¿no era necesario ante todas cosas emplear los medios

de costumbre para hacerme recuperar la razon? Este padre á quien se presenta tan sensible y tan amante de su hijo, ¿hubiera debido empezar por sepultarle en un calabozo? ¡Ah! es demasiado evidente que estaba bien lejos de creerme demente; y los esfuerzos estraordinarios que yo he hecho para escaparme, no podian tener otro motivo que un ardiente deseo de recobrar mi libertad.

«Tambien se ha dicho que el señor Hanson me habia comprometido á casarme con su hija: esta es una insigne calumnia: el señor Hanson era un hombre de una probidad severa. Yo violenté mas bien su consentimiento á este enlace: las circunstancias que me

rodeaban son las que le hicieron comprometer el reposo de este respetable eclesiástico : ha muerto víctima de su condescendencia á mis deseos y de las bárbaras intrigas urdidas para perderle.

«El jurisconsulto que ha hablado antes que yo, á cuyo talento hago justicia, aunque haya faltado en todo á la verdad por no habérsela dicho, ha puesto delante el axioma, que aquel que razona mal sobre un principio verdadero, es un hombre demente: si semejante principio pudiese ser adoptado, no hai crímen que no sea fácil de justificar : el ladron no lo es sino porque saca tambien consecuencias falsas de un principio verdadero en sí mismo : su objeto es el

de buscar su subsistencia: este objeto nada tiene de criminal, pero emplea la fuerza para lograrlo: aqui está su crímen, el cual no proviene sino de una consecuencia errónea. Yo mismo he querido castigar un daño que nada podia ya reparar: el principio que me guiaba era justo, pero yo razonaba mal haciéndome justicia á mí mismo; porque si las venganzas particulares fuesen permitidas, arrastrarian inevitablemente la destruccion del estado social: sin embargo, ¿se puede sostener que semejante conducta prueba una razon trastornada? Casi todos los hombres, ministros, sacerdotes, comerciantes, hombres de letras, hombres de placeres, pasan su vi-

da en razonar mal sobre principios verdaderos, ó en razonar bien sobre principios falsos: si me juzgais, pues, insensato en consecuencia de este axioma, pronunciareis entonces la misma sentencia contra toda la especie humana.

«No hay que hacer mérito de un alegato quimérico para hallar la causa del acto desesperado que he cometido: esta causa la reservo yo en mi corazon, y no temo ser desmentido afirmando que todos los que me escuchan hallarán en el suyo suficientes razones, no digo para justificar, sino al menos para hacer comprensible lo que yo he hecho. ¿Qué mortal puede haber tan insensible que oiga referir, sin sentir la mas leve emocion, la

ruina de una muger hermosa, virtuosa, y unida al hombre que ella habia amado, desde el primer momento que su corazon se habia abierto á las impresiones del amor? Decir que me la han arrebatado es una esplicacion mui débil é insignificante, pues no se da de este modo una idea del crímen horroroso que la ha hecho perder: ¡no hai en los anales de los hombres un atentado igual á este! ¡Vosotros, padres virtuosos! ¡vosotras, madres tiernas, que os ocupais con tanta solicitud de la felicidad de vuestras hijas, que las veis crecer y perfeccionarse á vuestros ojos! ¿qué diriais, si os las arrancasen de vuestros brazos, si prostituyesen sus encantos á los infa-

mes deseos de un ser cubierto de crímenes, si se deprimiese y vituperase como á las mas miserables víctimas de la relajacion, á las que deben ser amantes castas, y esposas adoradas? ¿Conservariais la sangre fria de la razon si las vieseis en el hospicio de la miseria, espirando, entregadas á la desesperacion, y sucumbiendo al contagio de una enfermedad infame? ¡Hermanos sensibles! ¿qué sentimientos no se apoderarian de vuestro corazon si vierais padecer semejante infortunio á una de vuestras hermanas? ¡A vosotros particularmente llamo, jóvenes esposos, felices y contentos de la eleccion que habeis hecho! ¿con qué ojos veriais bajar al sepulcro á

vuestras virtuosas esposas, víctimas de tantas infamias? Pues bien, sabed que yo he sufrido todo cuanto acabo de decir. Una muger inocente y amable, mi Elisa, ha perecido despues de haber padecido un martirio con todos estos horrores: ya leo en vuestros semblantes que mi crímen me ha ennoblecido, y que á vuestros ojos toma el carácter de la virtud: cada uno de vosotros, teniendo libertad para esplicarse con franqueza, dirá: No, este desgraciado no está demente: esta venganza puede herir á las convenciones sociales, pero no es un acto de locura.

«Pero veo que me he dilatado demasiado, y pido me lo disimule el tribunal: mi corazon estaba lle-

no de afliccion y tenia necesidad de un desahogo: omito una multitud de reflexiones que se agolpan en mi imaginacion. Sin embargo de que yo no pueda ya dar el nombre de padre al hombre que tanto me ha hecho sufrir, la naturaleza habla aun á mi corazon, y me manda pasar en silencio sus crueldades: las pasiones á que me ha sacrificado hacen al presente su suplicio: fácil es de conocer que ya no hai tranquilidad para él, y que la ruina de sus esperanzas le hace el mas desgraciado de los hombres. Yo habia nacido para llenar los deberes de un buen hijo: me hubiera hallado constantemente respetuoso y tierno si no se hubiese opuesto á mi felicidad.

¿De qué le sirve hoi haber dado tanta importancia á lo que él llamaba gloria de su nombre? ¡Quimeras ridículas! Semejante á un globo de aire que se evapora, nada deja que sirva de señal: sentimientos infructuosos, y un aislamiento horroroso; hé aquí lo que le queda.

«Ciudadanos jurados, permitidme recordaros el rigor de vuestros deberes: vosotros os habeis comprometido á la faz del cielo á pronunciar con arreglo á vuestra conciencia, sin miramientos por ninguna especie de consideracion: si estais convencidos de que cuando maté á Teodorico estaba demente, sujetad vuestra sentencia á esta opinion; pero si en vista de

los hechos que yo mismo os he confesado; si despues de haber declarado solemnemente que esta muerte ha sido meditada y cometida á sangre fria, es imposible negar que me hallaba en el pleno goce de mi razon; y en fin, si no se puede graduar de locura la impetuosidad de las pasiones ni el deseo de la venganza, pues que en el uno y en el otro caso somos dueños de nuestra voluntad, entonces no os es permitida la indulgencia: Dios y la lei os prohiben absolverme; y á pesar de lo rigorosa que debe ser vuestra sentencia, no teneis en qué balancear.»

Teodoro terminó su discurso, y al silencio que habia reinado mientras le pronunció, sucedieron

muchos murmullos, gemidos y lágrimas de dolor. Las mugeres no podian contener sus sollozos; y los hombres, aun los menos susceptibles de emocion, sentian humedecidos sus ojos. El caballero Cyphon, no pudiendo soportar las miradas irritadas de los espectadores, se retiró en medio de gritos generales que el juez logró cortar con mucha dificultad, vituperándolos como atentatorios al respeto debido al tribunal.

Mientras se apaciguaba gradualmente el tumulto, y en el momento en que el juez trataba de tomar la palabra para recapitular los hechos y presentar el verdadero estado de la cuestion sobre que debia pronunciar el jurado, un ancia-

no, que habia quedado sentado detras de Teodoro, y que no se le habia visto, se levantó: era Shechem. Todas las miradas se fijaron en él: su vejez, y sobre todo la emocion marcada en todas sus facciones, inspiraron á todos los concurrentes un sentimiento de interes y de veneracion, que ocasionó un gran silencio. Shechem, despues de haber echado sobre Teodoro, cuya sorpresa habia observado, una mirada que parece decia: en nombre de la amistad, no me interrumpais: suplicó al tribunal le concediese el permiso de hablar antes que los jurados pasasen á las opiniones; diciendo que conocia mui bien la irregularidad de su demanda; pero que en un

asunto tan estraordinario, una ligera variacion de las formas podia tener algun lugar, maxime cuando no perjudicaba á la justicia; y que á mas de esto, el tribunal podia mirarle como un defensor del acusado, y acordarle la palabra bajo este título.

Despues de una corta deliberacion, Shechem Bensadí obtuvo del tribunal la libertad de esplicarse.

«Milord y señores, esta es la primera vez de mi vida que hablo en público; pero tal es la fuerza de los sentimientos que me unen al acusado, que me hacen olvidar mi inesperiencia, la debilidad de mi edad y la impotencia en que me encuentro de inspirar á vues-

tras almas la conviccion de sus virtudes: no puedo recurrir á los subterfugios de la oratoria, y solo sí diré que mi corazon es indiferente é impasible. No, señores, aquí veis un anciano traspasado de dolor: yo amo á este desgraciado; ha salvado el honor de mi hija, y me ha librado á mí mismo de las manos de los asesinos: en los muchos meses que ha vivido á mi vista, he admirado la rectitud de sus principios, la elevacion y la bondad de su alma, y sobre todo, he visto la resignacion con que soportaba las penas crueles que le devoraban: á costa de los dias que me restan de vida, quisiera persuadiros que la justicia no desaprobará vuestra indulgencia. ¿Por qué he

de temer elevar mi débil voz en su favor? ¿La confesion de mi amistad podrá debilitar lo que puedo decir en su defensa, cuando no fundo esta sino en las virtudes que ninguno le niega?

«Pero yo no hablo solo en mi nombre: me constituyo aqui el intérprete de las madres de familia, de los padres y de los esposos, igualmente alarmados por los peligros á que estan espuestas sus hijas ó sus mugeres, ínterin los atentados del vicio no sean reprimidos por ejemplos terribles. Yo, en fin, os hablo por este jóven que veis á el lado de Teodoro, por el hijo del respetable Hanson, cuyas llagas han vuelto á abrirse por el horroroso cuadro de las desgracias de

su familia, que entregada á la indignacion y al dolor, halla en el fondo de su alma la justificacion del acusado, y gime de no poder salvarle ó participar de su suerte.

«En un negocio tan estraordinario como este, la amistad no debe ser recusada como sospechosa; pues que no pretende negar nada, ni desfigurar el hecho sobre que los jurados van á pronunciar: lejos de mí el pensamiento de inducirlos en un error: Teodoro, á quien no he consultado sobre los pasos que estoi decidido á dar, será el primero que se desengañe y quite la máscara á la maldad si me es permitido hablar asi.

«Su tio habia acumulado sobre su cabeza las mas horrorosas ca-

lamidades; la lei no le castigaba; Teodoro se ha hecho justicia por su mano, y el mónstruo ha perecido; y aunque el perdon del acusado esté escrito en el corazon de todos los hombres sensibles, existe una convencion general que le condena.

«Yo diré mas: convendré en que el alegato de demencia, sobre la que se ha fundado su justificacion, se desvanece como una sombra á vista de las pruebas irresistibles que Teodoro os ha dado de la futilidad de este medio: llevando la cuestion á su verdadero punto, se reduce, pues, á esto: «El acusado ha violado las leyes....» pero las circunstancias que han precedido y provocado este acto, ¿no

disminuyen lo que hai en él de criminal?

«Aqui, señores, ¿qué puedo ya añadir á lo espuesto por el mismo acusado con tanta sinceridad? esposicion tanto mas digna de vuestra confianza, cuanto que él no la ha hecho para su justificacion; yo leo en vuestros ojos, que á pesar de vuestros esfuerzos para conservar la impasibilidad que conviene á los jueces, vuestros corazones sensibles, de acuerdo con los de todos los espectadores, han hallado á Teodoro mas desgraciado que culpable. La ostinada inflexibilidad de su padre, la fria crueldad de su tio, la conjuracion tramada por estos dos hombres feroces para perder á una familia respetable,

los horrorosos tratamientos inauditos que hicieron sufrir á una hija inocente y hermosa, porque su amante la habia sacrificado las quimeras de la ambicion; la barbárie con que este último ha sido tratado por un padre que no mereció jamas sino el título de verdugo; estas diferentes circunstancias se os han hecho presentes; y cuando, enagenado aun por tan horribles recuerdos, Teodoro invocaba á los padres, á los amantes, á los esposos, preguntándoles si en una situacion tal como la suya hubieran obrado de diferente manera que él, ¿qué es lo que yo he oido? ¿qué he visto al rededor de mí? Lágrimas, sollozos, murmullos de indignacion contra los

autores de tantas atrocidades, y el perdon del acusado escrito en los ojos de todos los circunstantes.

«Si el interes general exige reprimir estos impulsos de la naturaleza del hombre en particular, el juzgarlos criminales sin distincion fuera un acto horroroso de injusticia. ¡Cómo! ¿el hombre que mata á su enemigo en el primer acceso de furor se ha de juzgar perdonable, y se condenará sin piedad al desgraciado, que ultrajado en el objeto mas caro de su corazon, por un culpable poderoso, entregado á todas las angustias de la desesperacion, se estravie hasta el punto de hacerse él mismo justicia, tomando la ven-

ganza que la lei le negó? ¿No es tambien útil para la sociedad, que los hombres que ocupan el primer rango, sean advertidos de cuando en cuando de que las leyes no fueron hechas solo para el pueblo, y que aun cuando puedan sustraerse al rigor de la lei de la sociedad, no lo pueden hacer á la del Señor de las venganzas, que permite algunas veces semejantes acontecimientos para escarmiento del poderoso criminal?

«Dios sea testigo de mis intenciones, y nunca permita que yo trate de justificar sin distincion los actos particulares de venganza: conozco toda la fuerza de las consideraciones sociales que los proscriben, y creo me habeis su-

ficientemente entendido, si os induzco á creer que no todos son igualmente criminales, y que hai casos estraordinarios, como lo es el presente, en que la clemencia está mas inmediata á la justicia que el rigor.

¿Podrá temerse que el jurado, votando el perdon del acusado, mine los cimientos de la seguridad social? ¡Ah! no: tranquilícense los que puedan tener semejantes temores: no se verá dos veces á un tio y á un padre conspirar con tanto encarnizamiento contra la felicidad del único vástago de su estirpe, acumular todas las desgracias sobre su cabeza, despedazar su corazon en todos sentidos, y aniquilar cruelmente á toda una fa-

milia bajo el peso de su fria venganza: no se verá dos veces á un padre.... ¡Qué digo! este sagrado nombre no debió jamas pertenecer al hombre, que no contento de lo que ha hecho sufrir á su hijo, os propone entregárselo, sepultarle en un calabozo, y que, fuerza es ya decirlo, de esta manera no pueda frustrar la idea sanguinaria de abreviar sus dias. ¿Os estremeceis?.... Acaso pensareis que el odio contra ese hombre me arrastra mas allá de la verdad; pero para justificarla, hé aquí lo que yo mismo he oido.»

Aqui Shechem refirió la conversacion que la casualidad le habia proporcionado oir en el parador donde se habian detenido el

caballero Cyphon y el conserge de la casa de correccion. Despues prosiguió en estos términos:

«En vista de esta deposicion, de cuya escrupulosa exactitud afirmo y juro á la faz del cielo, debo declarar al tribunal, que si contra toda apariencia decide que el acusado no ha obrado en uso de su razon, me presentaré yo con un pariente de Teodoro y el hermano de la desgraciada Elisa, para responder de su persona, á fin de impedir que no fuese confiado á el hombre, que por su conducta ha perdido el derecho de reclamar semejante depósito.

«Mas el tribunal hará sin duda inútil esta precaucion: sereis, señores, francamente justos, no con-

fundiendo con un vil asesino al hombre virtuoso, á quien estravió la desesperacion, y á quien para evitar esta desgracia no le ha faltado mas que un buen padre: le volvereis á la sociedad, á la que honra por sus cualidades poco comunes; á sus amigos que le reclaman como necesario á su felicidad; y á pesar del disgusto de la vida, segun lo manifiesta al presente, me inclino á creer que el sentimiento de sus desgracias se dulcificará, y que volverá á tener aun dias tranquilos en el seno de la amistad y de la virtud. No dudeis que vuestro voto de clemencia será bien acogido á los pies del trono. ¿De qué sirviera el poder de perdonar, si el legislador

no hubiese previsto que la aplicacion rigorosa de la lei podia ser en ciertos casos una injusticia, y que la facultad de suspender la accion, era el mejor medio de observar su espíritu? Creed, pues, señores, que el consejo del Monarca, instruido de todas las circunstancias de este proceso estraordinario, se apresurará á ratificar vuestro fallo: el crimen podrá estremecer con este acto de clemencia; pero la seguridad social no sufrirá riesgo alguno, porque el hecho á que se aplicará, ha sido provocado por causas inauditas, que esta misma indulgencia impedirá se reproduzcan.»

Shechem volvió á colocarse en su lugar, y era ya tiempo por el

calor con que habia defendido á su amigo hasta quedar sin fuerzas. Todo el auditorio le dió pruebas de aprobacion con sus señales y miradas, dándole á entender que cuanto habia dicho estaba de acuerdo con la opinion general. Los que tenia mas inmediatos le felicitaban y le daban gracias, como si hubiese defendido su propia causa. Hanson le apretaba la mano sin hablar; pero Teodoro, con la cabeza inclinada sobre su pecho, parecia estar entregado á una meditacion profunda.

Habiéndose restablecido la calma en la sala, se dirigió el juez á los jurados, y les dijo: Que nunca habia visto proceso en que

un padre fuese á la vez el delator y el defensor de su hijo, y en que el hijo se denunciase á sí mismo, y se declarase al mismo tiempo contra su padre. El hecho principal no podia ser mirado como dudoso. La lei marcaba un castigo terrible; pero las circunstancias del delito de que se trataba, contribuian mucho á disminuirle, y sin duda los jurados no las perderian de vista, teniendo tambien que examinar la defensa alegada sobre la demencia, aunque no pensaba pudiesen tomarla por base para su fallo. Por su parte estaba convencido de que el acusado tenia cabal su razon; y que como parecia estar cansado de vivir, seria acaso menos penoso

á los jurados cumplir con sus deberes, si se creian obligados á condenarle.»

Despues de haber pronunciado el juez este discurso, se retiraron los jurados á otra sala separada para deliberar. Alli estuvieron mas de una hora, durante la que todos los asistentes estuvieron en la mas cruel incertidumbre: muchas mugeres que no se hallaban con bastante espíritu para oir pronunciar la sentencia, se retiraron de la sala. Al fin salieron los jurados, y todo el mundo quedó en el mas profundo silencio: nadie se atrevia á respirar, todos prestaban sus oidos, y todos temian escuchar. El presidente de los jurados levantó la voz, y

declaró en nombre de sus cólegas y el suyo : «Teodoro Cyphon es culpable de la muerte del lord D.... pero digno de ser recomendado á la clemencia del Monarca.»

Apenas fue pronunciada esta sentencia, se oyó resonar un grito general de aprobacion en toda la sala y fuera de ella : todos se aproximaban y querian estar junto á Teodoro : no habia persona que no intentase ver si podia llegar á demostrarle el interes que habia inspirado. Shechem le habia estrechado entre sus brazos. Hanson y Eduardo estaban á su lado pidiéndole se animase y tratase de vivir para sus amigos.

«¡Crueles amigos! les decia Teodoro, ¿á qué prueba me es-

poneis? Obligarme á vivir, es prolongar mis tormentos. ¡Ah! por piedad, dejadme morir. Elisa me llama, y mi deber es seguirla.»

Teodoro no decia nada sin duda que no sintiese vivamente: estaba aun en el calor de su decision; pero es hombre: el amor á la vida debe renacer en su corazon: esperemos que la exaltacion se disminuya; esperemos que el tiempo, la naturaleza y la amistad logren aligerar el sentimiento de sus penas. Esperemos.... mas sepamos limitar nuestros deseos: abstengámonos de anticiparnos al porvenir, y de tratar de adivinar lo que sucederá acaso; pero que será inverosímil largo tiempo.

Despues de la instruccion del

proceso, y pronunciada la sentencia, fue conducido Teodoro á la cárcel interin llegaba la resolucion del príncipe: Shechem le acompañó, y obtuvo fácilmente para él un cuarto mas sano y mas cómodo que el que habia tenido hasta entonces. Hanson le llevó sus dos hermanas: estas le colmaron de caricias, quisieron servirle, y le prodigaron los cuidados mas tiernos. Se convino en que una de ellas permaneciese siempre en la cárcel, y que se reemplazarian alternativamente para cuidarle. Su presencia, las pruebas interesantes de su aprecio, recordaron á Teodoro la imagen de Elisa; pero aunque renovaban las llagas de su corazon, no

las empeoraban: sus lágrimas disminuian la fuerza de las que él derramaba. ¿No podian esperar que sus cuidados contínuos debilitasen con el tiempo el horror y desesperacion que le causaban sus infortunios?

Al dia siguiente de la sentencia, Eva, acompañada por su padre, se presentó tambien en la cárcel, y al ver á Teodoro la faltó poco para caer acongojada: Procuró dirigirle algunas espresiones de felicitacion; pero su voz espiró sobre sus labios, y sentándose cubrió con el pañuelo sus ojos para ocultar sus copiosas lágrimas. Shechem, para disminuir su embarazo, tomó la palabra, y habló asi á Teodoro:

«Sabes que somos tus amigos: es inútil por consecuencia esplicarte nuestra inquietud, y la esperanza que la sucede: lo que queremos es que no te abandones á ideas tristes: tu anciano amigo te lo suplica: cuenta con gozar aun dias mui tranquilos.»

Teodoro respondió pocas palabras, aunque estaba lejos de ser insensible al interes que le demostraban Shechem y su hija. Todos los dias el buen israelita iba á pasar muchas horas con él, y Eva le acompañaba frecuentemente. Cualquiera hubiera dicho que las dos hermanas de Hanson habian venido á serlo suyas, tanto por el afecto que las tenia, cuanto por el reconocimiento de los cuida-

dos que se tomaban por Teodoro, y que ella se afligia secretamente de no poder participar.

En cuanto á Eduardo habia partido para Lóndres el mismo dia que se pronunció la sentencia con el designio de hacer valer en favor de su primo las recomendaciones que habia logrado para el ministerio: no habia querido esperar hasta entonces para tomar sus precauciones; porque luego que supo la prision de Teodoro, empleó el crédito de su padre, el suyo y el de muchos amigos poderosos, para rodear á los ministros, y disponerlos á dar una favorable acogida á la recomendacion del tribunal al trono, si, como esperaba, tenia buen suceso,

ó para obtener tambien una suspension en la ejecucion de la sentencia, si era de muerte. Su proyecto en este último caso era solicitar una conmutacion de pena, ó si no arrebatar á Teodoro por fuerza ó por astucia, de acuerdo con Hanson, y pasar al continente. Este era el último partido que pensaba tomar, aunque difícil y peligroso, en el caso de presentarse el mayor obstáculo que podia ofrecerse por parte del mismo Teodoro, resistiéndose á esta determinacion; pero á todo trance estaba resuelto á todo cuanto fuese necesario hacer para impedir su muerte, cerrando los ojos á todos los peligros que esta resolucion presentaba; pues solo se ocupaba

del placer de sustraer á un pariente que tanto estimaba, de un suplicio vergonzoso.

Felizmente la terminacion del proceso le ofreció un medio mas sencillo de volver á Teodoro á la sociedad. Partió, pues, para Londres, dejando á su muger y á su hermana bajo la proteccion de Hanson y de Shechem. ¡Qué votos no hizo para su pronto regreso! Al fin marchó, prometiendo no perdonar medio alguno para la mas pronta espedicion de la real gracia, y ser él mismo su portador.

CAPITULO XXIV.

Hemos dicho que Hanson habia llevado á sus hermanas para cuidar á Teodoro desde el momento que este volvió á su prision, que las habia dejado un instante despues, y no habia vuelto á parecer: por la noche Shechem no le halló en la posada, donde habian tomado un cuarto mancomunadamente: preguntando al posadero y á los criados, supo que habia montado á caballo media hora despues de la partida de Eduardo, y que habia mandado le siguieran dos cria-

dos que tenia; y ademas otro de su cuñado. Shechem se imaginó al principio que habria ido á acompañar á este último hasta la posta inmediata, y que sin duda se habrian decidido á pasar juntos la noche, y no separarse hasta el dia siguiente. Sin embargo, se admiró de que no hubiese revelado á alguno su designio, y sobre todo que hubiese tomado tanta gente á su servicio. Esta última circunstancia le inspiró bastantes inquietudes. Eva por su parte concibió sospechas que no disimuló á su padre, y le confió asi:

«No sé si mis presentimientos me engañan, dice ella, pero yo no los tengo buenos. ¿No me habeis dicho que os tuvo con la mas

cuidadosa atencion aquella violenta agitacion de Hanson durante el curso de la causa? Bien sabeis que es mui iracundo, y me temo le comprometa su caracter: él ha jurado veinte veces tomar una venganza completa de los ultrages que habia sufrido, y ahora las desgracias de su familia, cuyo cuadro le ha pintado Teodoro, le han acabado de exasperar; por manera, que me temo ha marchado á encontrarse con Cyphon.

— Tú me instruyes de una cosa que yo no alcanzaba, esclama Shechem: sí, tu presentimiento es fundado: ahora me acuerdo de que saliendo de la prision me ha apretado fuertemente la mano sin hablar una palabra, y noté que el furor estaba

pintado en sus ojos. Sorprendido de tan estraño movimiento, lo atribuí al sentimiento que todos teniamos; pero no me ocurrió la idea de tan fatal designio. ¡Cielos! ¿qué será lo que suceda á este jóven entregado á la desesperacion?»

Shechem, aunque la noche estaba ya bastante avanzada, hizo tomar al momento un caballo al hijo de su posadero, jóven inteligente y activo, que se habia ofrecido espontáneamente á encargarse de cualquiera comision: le mandó tomase el mismo camino que el caballero Cyphon, que habia salido de la ciudad antes de concluirse la causa, y que no volviese sino despues de haber visto al jóven Hanson, ó el coche

del padre de Teodoro, y cuando diestramente se hubiese informado de no haber sucedido ninguna cosa estraordinaria. Shechem presumia con razon, que si el encuentro que temia, se habia verificado, no habria ya tiempo de prevenir sus consecuencias; pero era preciso cerciorarse lo mas pronto posible del suceso, para tomar despues las medidas que las circunstancias hiciesen necesarias.

Bensadí pasó el resto de la noche en la inquietud: se acostó, pero no durmió; y apenas era de dia, cuando ya estaba en pie á la ventana de su cuarto, que daba al camino real, para ver si su espreso volvia. A las nueve de la mañana no habia vuelto aun: She-

chem, consternado y devorado por tantas inquietudes, fue á ver á Teodoro. Habia tenido la precaucion de recomendar á su hija no comunicase á las dos hermanas de Hanson ninguna de sus sospechas. La ausencia de su hermano las admiraba; pero tambien habian creido que habia marchado á conducir á Eduardo. Bensadí y Eva conocian que no era el momento de desengañarlas, y que demasiado pronto sabrian la verdad.

Apenas hacia una hora que Shechem estaba en la prision, cuando fueron á buscarle de parte de su hija; creyó que su espreso habia vuelto, y dejó al momento á Teodoro con las dos hermanas de Hanson, prometiendo vol-

verle á ver en el mismo dia.

Llegó á la posada y halló al hijo del posadero en el cuarto de su hija, á quien habia ya dado cuenta de su viage: habia hecho mas de ocho millas de camino á galope y no habia visto nada; y habiendo aflojado un poco en su carrera para dejar á su caballo el tiempo de respirar, creyó oir á poca distancia del camino el ruido de algunos caballos que marchaban lentamente. Siguió un sendero que conducia al parage de donde parecia salir el ruido, y despues de unos diez minutos de marcha vió unas parihuelas conducidas por cuatro hombres con una persona herida, que la claridad de la luna le dejó bien pronto re-

conocer, y era el jóven Hanson: sus criados llevaban cada uno dos caballos, y le refirieron que su amo se habia batido en duelo: que estaba herido, pero que habia muerto á su enemigo: el espreso siguió este triste convoi hasta el arrabal ó lugarcito inmediato: Hanson fue conducido á la casa de un cirujano mui famoso del canton. Habia recibido dos golpes fatales de sable, el uno en la rodilla y el otro en un brazo: la curacion, aunque dolorosa, se terminó felizmente.

«Yo no quise retirarme, continuó diciendo el hijo del posadero, sino despues de haberme asegurado que el estado de Hanson no era peligroso: me ha reconocido, y

se ha maliciado que yo habia sido enviado por sus amigos, á quienes espera ver lo mas pronto posible.»

Recompensó Shechem generosamente á este jóven, y se dispuso sin perder momento para marchar á donde estaba el herido. Eva se encargó de noticiar con precaucion á la esposa de Eduardo y su hermana lo que habia sucedido á su hermano; pero se acordó no decir nada á Teodoro, y que para disimular la causa de haberse ausentado Hanson se le podria decir que habia acompañado á Eduardo hasta Lóndres.

Shechem tomó una silla de posta, y llegó en pocas horas al pueblo donde estaba Hanson: su entrevista fue interesante: el enfer-

mo sin fuerzas para hablar, porque habia perdido mucha sangre, no pudo dirigir á su anciano amigo sino algunas palabras mal articuladas.

«Habia jurado vengarme, le dijo: yo debia tomar una satisfaccion por los manes de mi padre, de mi madre, de mi pobre hermana.... pero no he arrancado la vida sino al vil instrumento del malvado que ha perdido á mi familia: Cyphon se me ha escapado.»

Shechem no le permitió hablar mas: su cura no era dudosa, pero era preciso tiempo y mucho cuidado: Hanson que sabia sufrir, se resignaba sin pena y sufria con paciencia.

Bensadí sin embargo tenia curiosidad de saber los detalles de este acontecimiento: entre los criados que habian sido testigos, habia uno que parecia tener mas conocimiento y resolucion que los otros: le preguntó, y hé aqui lo que le dijo:

Hanson, luego que se separó de Teodoro, volvió apresuradamente á la posada: habia hecho ensillar su caballo, despues de haber mandado á sus dos criados y al de Eduardo buscasen uno para cada uno, y se habia marchado con ellos, todos bien armados de espadas y pistolas. William, aquel que daba estos informes á Shechem, estaba en el secreto de su amo: habia jurado defenderle con



Asesino: mereces la muerte; pero te ataca un hombre de honor: baja infame y defiende tu vida.

peligro de su vida, y los otros dos, adictos igualmente á Hanson, y hombres de mucho valor, podian serle útiles en caso de necesidad. Este último sabia que Cyphon iba siempre mui armado y rodeado de hombres á sus órdenes: hé aquí lo que le habia determinado á ir bien acompañado, para no ser arrollado por el número, y estar en estado de vencer todos los ostáculos que pudiesen impedirle acercarse á su enemigo.

La noche estaba ya bastante adelantada, cuando informándose en una casa de postas supo que habia pasado un coche poco tiempo antes, y que no llevaba mas de una media hora de ventaja: convencido de no poder ser otro que

aquel que buscaba, aceleró su marcha hasta un parage donde se dividia el camino en dos, de los que el uno parecia ser un sendero poco frecuentado, y de esta parte fue de la que creyó oir á lo lejos las ruedas de un carruage: continuó velozmente este sendero seguido siempre de su gente, y no tardó en alcanzar el coche: William corrió al postillon, al que presentó una pistola amenazándole con la muerte si no detenia sus caballos.

«Nada de violencia, esclamó un hombre que estaba en el coche: hé aquí mi bolsillo, tomadle, y dejadnos seguir nuestro camino.

— No, no, respondió Hanson lleno de furor: te conozco, mise-

rable: yo no soi un ladron: tú, servil, tú sí que eres el malvado, el destructor de la inocencia y de la virtud. Reconóceme, yo soi Hanson: yo soi aquel hombre víctima de tus maldades, cuyo padre has asesinado, y deshonrado á su hermana: vengo á pedirte cuentas de tus crímenes: tú mereces la muerte, pero te ataca un hombre de honor: baja, y defiende tu vida.

— Te engañas, yo no soi el enemigo que tú buscas, responde el que estaba en el coche; pero he aquí como yo me defiendo.»

En este instante, este hombre feroz, que no era sino el conserge de la casa de correccion, de la que mas de una vez hemos hablado en el discurso de esta historia,

tomó una pistola é hizo fuego sobre Hanson; pero como la oscuridad de la noche le habia impedido ver bien, no tocó á nadie la bala. Este malvado, furioso, gritó al postillon para que siguiese su camino, y entonces William, que era mui vigoroso, trastornó al postillon del caballo, y le puso una pistola al pecho, ínterin que Hanson, habiendo abierto una puertecilla del coche, amenazaba al conserge con levantarle la tapa de los sesos si no bajaba inmediatamente á medirse con él.

«Mi amo, continuó William, podia escusarse de esta generosidad con respecto á un mónstruo de esta especie, que ha hecho fuego sobre él, y le ha atacado como

asesino. Poco faltó para que su lealtad no le costase la vida; porque el miserable, viendo lo peligroso que era el quedarse en el coche, se arrojó bruscamente á tierra, y cayendo con el sable en la mano sobre Hanson, le hirió gravemente un brazo y una pierna: mi amo entonces no se creyó ya obligado á tenerle ninguna consideracion: le tiró un pistoletazo á boca de jarro, y cayó redondo á sus pies.

«Echamos el cadáver en el coche, y haciendo montar al postillon, rompió á gran galope, sin que hayamos podido saber cómo se nos escapó Cyphon.»

CAPITULO XXV.

Shechem antes de separarse de Hanson le propuso enviarle sus hermanas; pero este se opuso, haciendo presente á su anciano amigo, que su presencia era necesaria á Teodoro, y que bastaria fuesen á verle depues que hubiese vuelto Eduardo.

Bensadí, cuando volvió, las halló ya instruidas del duelo de su hermano: calmó sus inquietudes, asegurándolas que nadie sabia este suceso, y que las heridas de Hanson no eran peligrosas.

Eduardo escribió á su muger y á Shechem, dos dias despues de su llegada á Lóndres. Habia ya visto á muchas personas de grande influjo con los ministros, y le parecia estaban favorablemente dispuestos todos los espíritus: el negocio era importante, y debia ser maduramente discutido en el consejo; pero no dudaba que Teodoro fuese absuelto.

Shechem y todos los amigos de este infortunado jóven abrian sus corazones á estas dulces esperanzas: él por su parte parecia estar mas tranquilo; pero una profunda tristeza era lo que constantemente se veia impresa en su fisonomía: sus fuerzas se reanimaban mucho mas que su espíritu:

los cuidados, las caricias de las dos hermanas de Hanson le enternecian sin prestarse aun sin embargo á su inocente alegría: mui frecuentemente, mirando á Eva, que apenas pasaba un dia sin verle, la decia: «¡Ah! vos mereceis mui bien el corazon de un hombre que sepa apreciaros y no vivir sino para vos!» Eva se avergonzaba y nada le respondia: sentia interiormente el deseo de que Teodoro fuese este hombre: lejos de tener celos de las lágrimas que él consagraba á la suerte de Elisa, esta sensibilidad le hacia para ella mas apreciable aun: le parecia no tener que desear si él queria consentir en asociarle á sus dolores: llorar con él hasta verle consola-

do era su mas ardiente deseo y su mas dulce esperanza.

Hemos visto que Hanson no habia hallado á Cyphon en su coche: ignorábamos la causa, y hé aquí cuál fue. Este último, dejando el tribunal despues de pronunciado el discurso por su hijo, creyó, no sin fundamento, que la indignacion pública, de que él era el objeto, podia serle fatal, y ocasionar en el pueblo una sublevacion de la que seria víctima: agitado por este temor, no se atrevió á volver á marchar en su coche; y dejando á su digno agente el cuidado de conducirle, se fugó secretamente en una silla de posta que sus criados le buscaron; y su coche le siguió cinco ó seis horas despues:

esta circunstancia fue la que impidió á Hanson encontrarle; mas apenas estuvo de regreso en su casa, supo la muerte de su cómplice: esta noticia, unida á las humillaciones que habia sufrido, y á las pasiones furibundas que le abrasaban la sangre, le hizo caer en accesos de furor, que á todos sus criados llenó de consternacion: se le declaró una calentura violenta, y arruinado su temperamento por la edad y por sus achaques, no pudo resistir á este nuevo choque; por manera que á los tres dias de enfermedad los médicos manifestaron que no podian salvarle: sufria dolores inauditos; pero el mal físico no era nada comparado con los remordimientos que despeda-

zaban su alma. Empezando, pues, á convencerse de la nada de las grandezas humanas y de la inhumanidad de su conducta con su hijo, se veia ya entregado al desprecio y á la execracion universal, se presentaban en su imaginacion las injusticias y crueldad con que habia tratado á los Hansones: entró el remordimiento en su corazon, pero no penetró en él sino acompañado de la desesperacion: despues de mas de ocho dias que llevaba en este estado tan horroroso, cansado de sufrir, espantado por las terribles imágenes que incesantemente le perseguian, abandonado de sus criados que habian tenido la crueldad de anunciarle la imposibilidad de su cura:

cion; no hallando nada en el porvenir ni en lo pasado, que proporcionase á su alma una sola idea consoladora.... tomó una fuerte dósis de opio.... Dos horas despues ya no existia.

Su muerte restableció la alegría de sus vasallos oprimidos: todos aquellos que sabian la conducta que habia tenido con su hijo, cargaron su odiosa memoria de imprecaciones, digno fruto de un insaciable orgullo que le habia hecho tán bárbaro, hasta el estremo de sacrificar la humanidad y la naturaleza á miserables quimeras y caprichos temerarios.

Este acontecimiento llamaba á Teodoro á la posesion de una fortuna inmensa, siendo el único he-

redero de los bienes de su padre y de los de su tio. Sin tener un grande apego á las riquezas, amaba en ellas la inapreciable ventaja que proporcionan de consolar al desgraciado y alentar al industrioso. Shechem conocia mui bien sus principios para no esperar que este cambio inesperado contribuyese mucho á desterrar de su corazon el disgusto de la vida, que parecia aun resistir á los cuidados afectuosos y constantes de la naturaleza, de la amistad y del amor. Sin embargo, creyó debia diferirle la noticia de ser muerto su padre hasta el regreso de Eduardo.

Al fin, este último, despues de seis semanas de estancia en Lóndres, volvió con el perdon para

Teodoro, y la órden del Rei para ponerle en libertad.

Este negocio habia ocupado mucho tiempo al consejo de estado: los amigos y los parientes del preso no habian perdonado medio alguno para dar el aspecto mas favorable y menos criminal al delito: por lo general, el asesinato premeditado es una escepcion de los delitos que la prerogativa real cubre con la indulgencia: en semejante caso, el interes del cuerpo social, como los primeros principios de la humanidad, rara vez permiten á la justicia pública dejarse ofender impunemente. Sin embargo, las circunstancias estraordinarias que habian precedido á la muerte violenta de Teodo-

rico, hicieron al consejo tal impresion, que esta prevaleció sobre la de aquellas consideraciones políticas opuestas á la clemencia.

Teodoro, en fin, obtuvo su perdon; pero se decidió al mismo tiempo, que al entrar en posesion de los bienes de su familia, no heredase la dignidad de Par que tenian, la cual quedaria suprimida; que á mas de esto mudaria de nombre para tomar el de su madre. El consejo, concediéndole el perdon, creyó que la violacion de la lei exigia una expiacion; á mas de que no era inútil hacer desaparecer todo lo que podia contribuir á recordar este desgraciado acontecimiento, y el mismo Teodoro no podia menos de aplaudir una disposicion

tan sábia; pues que ella le dispensaba de llevar un nombre al que se hallaban enlazados tan crueles recuerdos.

Pocas horas despues de su llegada, Eduardo fue á ver á Teodoro, acompañado de Shechem y de Eva: su muger le habia precedido: la otra hermana de Hanson se habia marchado el dia antes con su hermano, cuyas fuerzas se restablecian de dia en dia.

Teodoro apretó la mano de su primo, con indicios de esperar lo que tenia que decirle; pero Bensadí fue quien tomó la palabra.

«Amigo mio, tengo mas de una noticia que darte; pero cuidado que no has de afligirte. Pruébanos que la reunion de nuestros esfuer-

zos para reanimar tu valor, no ha sido inútil. Tu padre....

— ¡Es muerto! esclamó Teodoro: vuestras miradas me lo aseguran: ¡ah! sin duda; él ha debido sucumbir bajo el peso de las terribles verdades que no he podido menos de publicar; pero el cielo es testigo de que haciendo el sacrificio de mi vida, le habia perdonado mis desgracias.» Calló, y volvió á dejar caer la cabeza sobre su pecho.

«Su digno cómplice, continuó Bensadí, el conserge de la casa de correccion, ha recibido el premio de sus bellas acciones: Hanson le ha inmolado á los manes de su hermana: este valiente jóven está herido; pero su curacion es cierta, y

vendrá mui pronto á abrazarte.»

Teodoro levantó los ojos al cielo, como para reconocer un acto de la justicia divina.

«En fin, ya no existen para ti sino amigos, repuso Shechem: piensa en lo que les debes: tu perseverancia en tan funestos proyectos fuera una ingratitud: tu Elisa misma desaprobaria un sacrificio inútil para ella, y que seria terrible para nosotros. Prométenos, pues, que no te dejarás abatir por la desesperacion, que vivirás, que serás hombre.

— Sí, prometédnoslo, Teodoro, dice Eva con un tono de voz, llena de una dulzura encantadora: vos, que tanto gustais de hacer felices, ¿ despreciareis la ocasion que

el cielo os ofrece, de emplear en favor del infortunio los bienes que han servido por tanto tiempo para oprimirle?»

Eduardo y su muger unieron sus instancias y sus caricias á las solicitudes de Shechem y de su hija.

«¡Irresistible amistad! tú triunfas, esclamó Teodoro despues de un largo silencio: sí, yo cedo: y ¡crueles amigos! si no me es permitido ya ser feliz, quiero al menos convenceros de que no soi indigno de tanto cariño. ¡Ah! sí, creed que consintiendo en vivir, os hago un sacrificio de que ya no me creia capaz, y que vosotros solos podiais arrancarme.»

Eduardo entonces le entregó la

real cédula de perdon que habia referido: la obligacion de cambiar el nombre pareció á Teodoro ser un beneficio casi igual al perdon que habia obtenido.

Luego que se calmó un poco la emocion que habia causado esta escena, Teodoro preguntó si podria abrazar pronto á su amigo Hanson.

«Le hallaremos en Lóndres, dijo al momento Eduardo.

— Sí, en Lóndres, repitió Shechem: yo apuesto, continuó riendo, á que en cerca de dos meses que hace estoi aquí ocupado de tus asuntos, no has pensado tú un solo momento en los mios: sin embargo qué sé yo, si durante mi ausencia no habrá venido dos ó

tres veces lord Pindarn.... Bien te acordarás de la operacion que tanto te escandalizó; pero pues que esas gentes han tomado el partido de arruinarse con estravagancias, hubieran hecho con otros lo que no hubiesen hecho conmigo.... Vamos, vamos, ¿cuándo es la marcha?

—Cuando querais, responde Teodoro: yo no me opondré jamas á lo que sea vuestra voluntad.

—Pues entonces.... mañana, dice Shechem: en la fonda nos espera la sopa; con que vamos, salgamos de aquí.»

Teodoro esperimentó aun una penosa opresion de corazon al dejar una prision donde habia entrado con la firme resolucion de mo-

rir; pero las prevenciones de los amigos que le rodeaban, y tambien sin duda las atenciones tan significantes de la interesante Eva, alejaron de su imaginacion poco á poco sus ideas sombrías: no presidió en la mesa precisamente una alegría estrepitosa, sino lo que vale infinitamente mucho mas, como una satisfaccion dulce, un sentimiento de calma deliciosa que animaba á todos los corazones despues de tan crueles inquietudes: hasta el mismo Teodoro se hallaba mas tranquilo; y los amigos que por largo tiempo habian sufrido por la misma causa, gozaban ya del encanto indecible de una reunion inesperada.

Al dia siguiente, mui tempra-

no, tomaron el camino de Lóndres, Eduardo y su muger en un coche, y Teodoro con Bensadí y su hija en otro. Rebecca se llenó de alegria al ver á su amo, aquel á quien siempre quiso tanto; pero sabiendo en aquel momento toda su historia, inclinó sus ojos al suelo, llevada del respeto, y tratando de reprimir el gozo interior que la inspiraba el deseo de abrazarle, lo que ya no se atrevia á ejecutar; pero Teodoro la dió libertad para desahogar su corazon con tan tiernas demostraciones, y la constituyó en estado de ser feliz, poniéndola en la mano un billete de banco que la obligó á tomar como una memoria, segun la dijo sonriéndose, á nombre de un an-

tiguo camarada que habia hecho fortuna.

Tres dias despues llegó Hanson con su hermana, y tomó un cuarto en la casa que ocupaba Eduardo: sus heridas estaban ya cicatrizadas, y solo le quedaba un poco de debilidad que todos los dias veia irse disminuyendo.

Teodoro estaba aun tan poco acostumbrado á su nueva situacion, que no pensaba ni remotamente en practicar las diligencias necesarias para tomar posesion de los bienes inmensos que le pertenecian: Shechem fue quien le llamó la atencion sobre esta materia: quince dias de permanencia en Lóndres habian reanimado el vigor de su espíritu; pero conservaba

aun aquel aire serio y taciturno, señal de una melancolía habitual y profunda, que solo el tiempo podia curar. Le aconsejaron hacer un viage al departamento donde estaban sus rentas, y no fue sino con mucha pena como lo lograron; pues le causó bastante violencia la separacion de sus amigos, particularmente de Shechem y de su hija, á quienes prometió su pronto regreso.

Luego que llegó al pais donde habia pasado su primera juventud, Teodoro sintió renacer en su memoria recuerdos tan interesantes como dolorosos á su llagado corazon. Los antiguos vasallos de su padre volaron á su encuentro: la historia de sus infortunios les era

bien conocida, y todos se esforzaron á porfia en demostrarle la alegría que les inspiraba su presencia, y verle ya su único señor: no fue Teodoro insensible á tan cariñosas demostraciones, y se propuso interiormente merecerlas, contribuyendo en cuanto pudiese á hacerlos felices.

El primer uso que hizo de sus derechos, fue disminuir las cargas de los arrendatarios y renteros, que demasiado vejados por su padre, se hallaban reducidos á un estado el mas miserable. ¡Qué de lágrimas de alegría no vió derramar á tanto infeliz! Los ancianos, las madres cayeron á sus pies en demostracion de su gratitud por los medios que les procuraba para

vivir y educar á sus hijos: mas de un jóven robusto y enamorado que se vió, gracias á la bondad de su generoso señor, en estado de llamar á su querida esposa, le deseó aquella misma dicha que dispensaba á los otros. A las chozas miserables y arruinadas sucedieron bien pronto quintas y casas hermosas habitadas por familias que rebosaban salud y contento: todo volvió á tomar un espíritu de vida y de alegría, donde no se veia mas que abatimiento y miseria.

Estos cuidados y otros del mismo género ocupaban todos los momentos de Teodoro: pasó cerca de un año en sus diferentes estados en una actividad casi continua, pa-

ra reparar por medio de actos de generosidad bien entendidos, los males de la avaricia y del orgullo, y lo consiguió: testigo del fruto feliz de sus contínuos beneficios, este espectáculo le penetraba de una dulce satisfaccion, que mas que todo lo demas, reanimaba en su alma el gusto de la vida. Desde entonces empezó ya á sentir vivamente, que el poder de hacer felices indemniza de muchas penas, y que hai mas virtud en una beneficencia activa, que valor en despreciar inútilmente la muerte.

Sin embargo, se hallaba aun á una inmensa distancia de la felicidad: sus penas y sus recuerdos eran siempre dolorosos: el retiro en que se concentraba, no dismi-

nuia la amargura y tristeza que átormentaban su corazon. A la verdad, las cartas de Shechem, de Eduardo y de Hanson le separaban por intervalos de sus ideas habituales; pero esto no era mas que un consuelo pasagero é insuficiente en aquel contínuo aislamiento.

Resolvió viajar con la esperanza de que las distracciones de una vida ambulante acabarian de restituir la calma en su corazon, y le ayudarian á mas de esto á fijar ciertas ideas que le ocupaban hacia algun tiempo, á pesar de sus esfuerzos para olvidarlas. Despues de haber dispuesto lo conveniente para que sus intereses no sufriesen en su ausencia, se marchó á Lóndres, pasó tres dias con

Shechem y su hija, á quienes comunicó su proyecto, y los dejó casi arrepentido de haberle formado.

Visitó la Holanda, la Alemania, la Italia, la Francia, y empleó dos años en esta vuelta, recogiendo por todas partes conocimientos útiles; porque no se parecia á esos viageros que todo lo miran, y no ven nada. Se tranquilizó bastante su espíritu; pero necesitaba mudar de residencia; pues lo que buscaba sin saberlo, no existia sino en Inglaterra. Volvió, pues, á los dos años de ausencia, y se entregó otra vez á su soledad.

Hanson acababa de llevar á su hermana al condado de Lincoln, donde debia casarse con un jóven

mui rico y de buenas costumbres, que vivia habitualmente en sus estados. Un viage á la capital le habia proporcionado la amistad de Hanson; su hermana le habia agradado, y esta le habia igualmente hallado segun su corazon. Su generoso hermano le prometió un fuerte dote, y se habia concertado el enlace. Teodoro supo esta noticia á su regreso, é hizo un regalo considerable á los dos esposos.

Es de suponer que su correspondencia con Shechem no habia sufrido alteracion, y se entregaba siempre á ella con tal placer, que no podia esplicárselo á sí mismo. A pesar de las ocupaciones tan gratas á su corazon, á pesar de

sus paseos, sus lecturas, á pesar de todos sus esfuerzos para libertarse de sensibles reflexiones, y aunque la tranquilidad de la aldea le pareciese preferible á la agitacion de la ciudad, esperimentaba siempre que esta soledad daba un caracter mas sombrío á su melancolía, y conocia que tanto aislamiento no convenia á su edad. Cuando escribia á Shechem, hablándole de su hija, hallaba en su idea la persuasion de ser aquellas dos personas las que mas amaba su corazon de cuantas existian sobre la tierra. Esta ilusion le lisongeaba mucho, gustaba de reproducirla y prolongarla, multiplicando sus cartas.

A fuerza de meditar sobre lo

que pasaba en el fondo de su alma, creyó hallar en ella por Eva un sentimiento mas inquieto que el de una simple amistad, y este descubrimiento le estremeció al principio.

«No, no, se dice á sí mismo, despues de un nuevo exámen, no es amor lo que yo tengo: este afecto ardoroso nunca le he tenido sino por Elisa. Destrozado mi corazon por la desgracia, no es ya susceptible del amor. Todo lo que la estimacion, el reconocimiento, la amistad pueden inspirar de mas vivo, unido al irresistible atractivo de una figura hermosa, lo debo á Eva. Si estos sentimientos bastasen á su felicidad, ¿por qué no he de elegir yo una compañe-

ra que tome parte en mis penas, y me ayude á soportar el insufrible peso de la vida?»

Estas reflexiones se ofrecieron tantas veces á su imaginacion, le ocuparon, le agitaron tanto, que despues de haber sufrido mil inquietudes, y de haber luchado consigo mismo, tomó el partido de no disimular mas, y abrir enteramente su corazon á su anciano amigo. Hé aquí lo que escribió á Shechem:

«Vuestras cartas, mi querido amigo, son mi consuelo y el antídoto contra el fastidio de mi triste soledad, y vos sabeis si las mias son largas y multiplicadas. Esta será mas corta, y sobre todo mui clara. Vos ya me conoceis: des-

gracias inauditas me han hecho desear la muerte. Vos, al contrario, habeis querido que yo viviese, y he cedido á vuestros deseos: mi corazon está muerto, y no siente ya aquellas vehementes pasiones que le solian inquietar: lo sospecho al menos; mas sin embargo, le siento aun capaz de sentimientos tiernos y afectuosos. En cierto tiempo vuestra hija, la interesante Eva, me honraba con su estimacion: ¿seré siempre el mismo á sus ojos? Una tierna inclinacion, un reconocimiento sin límites, y una amistad absoluta, ¿llenarian los deseos de su corazon? Habladme sin reserva, mi querido amigo: vuestra respuesta puede decidir de todo lo que me resta que

gozar de felicidad sobre la tierra; pero se trata tambien de la de vuestra hija : yo no la separo de la mia : decidme, pues, si está en mi mano hacerla feliz.»

Teodoro esperó el regreso del primo con cierta impaciencia que podia igualmente llamarse temor. Shechem fue exacto en responder, y hé aquí su carta :

«Yo seré aun mas lacónico que tú : te conozco, y estoi libre de toda inquietud sobre la felicidad de mi hija : ven, llega, y en el acto de estrecharte Bensadí en sus brazos, será su hija tu muger.»

Leer esta carta, dar sus órdenes para disponer el viage á Lóndres, subir al coche y partir, todo fue cosa de un cuarto de hora.

Shechem recibió una tierna sorpresa al verle llegar tan presto, y le estrechó cordialmente la mano.

«A propósito, le dice sonriendo, hemos olvidado uno y otro, que te vas á casar con la hija de un judío: ¿no tienes algunos escrúpulos?

—Yo creo que os burlais, mi querido amigo; pues en ese caso pudiera haceros igual pregunta.

—Pues entonces no respondamos uno ni otro, pues ese será un punto que ventilareis los dos esposos. Vamos á ver á mi hija.»

Eva, al ver á Teodoro, no pudo disimular su grande emocion, asi como él sintió igualmente cierta agitacion repentina que no fue desconocida.

«Y bien, dice Shechem, ¿qué es esto? teneis el aire de dos personas que sienten el verse: vamos, vamos, abrazarse.... ó si no.... yo me retiro.»

Teodoro se sonrió, y Eva se sonrojaba mas y mas: se acercó á ella, la estrechó en sus brazos, segun la vió temblando, y selló en sus labios de carmin el juramento de no vivir sino para hacer su felicidad. Bensadí, viendo que su embarazo cedia poco á poco al placer de comunicarse sus pensamientos, se marchó, imaginando que su presencia no podia menos de estorbar á sus tiernas sensaciones.

La conversacion fue animada, y no pareció larga: lo que se dije-

ron no es difícil de adivinar. Teodoro manifestó á Eva sus temores de no poderla hacer bastante feliz, y la respuesta de esta hermosa jóven debió tranquilizarle.

«Teodoro, le dice ella con una mirada tierna y dulce, tengo un favor que pediros.

— ¡Un favor! mandadme, y me vereis siempre pronto á obedeceros.

— Prometedme que hablaremos frecuentemente de Elisa; que nunca creereis afligirme, haciéndome el testigo de vuestras penas. Su memoria no puede dejar nunca de seros cara; y yo por mi parte creo que me será mui dulce dedicarla algunas lágrimas de las que la debeis.

— ¡Hermosa y generosa amiga! tantas bondades me prueban que no seré jamas bastante digno de vos. Sí, yo os le prometo: la memoria de esta querida víctima nos será comun; y pues que yo he sido la causa inocente de sus infortunios, quiero consagrar el resto de mi vida á la felicidad de la única muger que puede reemplazarla.

— Aun otra súplica, amigo mio: ¿vos teneis su retrato?

— Sí.

— Dádmele: os lo pido como la señal mas preciosa de vuestro cariño: yo le llevaré á mi cuello, y le vereis todos los dias: no debeis olvidar á ninguna de las dos mugeres que os han amado.»

Teodoro estaba como embriagado y lleno de admiracion, de sorpresa y de reconocimiento, y sacando de su pecho el retrato de Elisa, le suspendió él mismo al cuello de Eva, cuando Shechem volvió. Esta escena le enterneció; abrazó á su hija y á su yerno futuro, diciéndoles que no habia nada mas que desear en el mundo; pues que iba á ver felices al uno y al otro, los dos seres mas queridos á su corazon.

Hanson, sus dos hermanas y sus maridos fueron los únicos testigos de esta union, que se hizo secretamente y sin ceremonia. Los esposos partieron despues á la provincia, y ocuparon la habitacion que Teodoro habia man-

dado preparar: la casa que habia ocupado su tio era mui antigua, se estaba arruinando, y ocasionaba tristes y crueles recuerdos, la habia mandado demoler, y en su lugar hacer un edificio cómodo y de buen gusto; y á este fue á parar con su muger. Sus criados y los babitantes de sus estados los recibieron con una alegria indecible. En este dia los guardas de los cotos limpiaron sus escopetas, y se puso en el asador la provision de dos meses: las jóvenes aldeanas desnudaron los jardines de sus flores para hacer ramilletes y llenar sus canastillas, que presentaron entre danzas y vivas á los nuevos esposos. Las madres les presentaban sus tiernos hijos, casi

todos frescos y vigorosos, deseándoles otros semejantes. Eva bajaba sus ojos, y Teodoro la estrechaba contra su seno con una embriaguez deliciosa. Hubo fiestas, danzas, una comida general servida á todos los habitantes de aquel pueblo y de todo el contorno. Teodoro y su muger presidieron esta mesa, y pusieron á su lado al mas anciano padre de familias de todo el canton, que lloraba de alegria, bendiciéndolos.

«¡Ah! esposo querido, decia Eva, apretándole cariñosamente la mano, ¡qué feliz soi yo!»

Al dia siguiente, estando escelente la mañana, dieron los dos un largo paseo. Eva pidió á Teodoro la condujese al sitio donde

estaba situada la habitacion del respetable Hanson, y consintió en ello.

«¿Cómo, querido mio, dice ella luego que llegaron, has dejado este terreno asi desnudo?

— Sí, amor mio, no he tenido aun espíritu para sustituir cosa alguna en lugar de lo que habia antes.

— Pues mira, me ocurre en este momento una idea escelente, que seguramente vas á adoptar: manda levantar esas ruinas, y la casa tal como estaba con el jardin, la huerta y demas, sin aumentar ni quitar cosa alguna, y vendremos aqui los dos alguna vez á recordar los buenos amigos que ya no existen.

—¡Ah, sensible y generosa criatura! la sublimidad de tu corazon ya no me admira por estar bien penetrado de ella: ¿pero podré yo nunca hacer cuanto deseo para tu felicidad?

—Y bien, repuso Eva, enjugando las tiernas lágrimas que bañaban sus ojos, ¿qué te parece mi proyecto? ¿le apruebas?

—Sí, mi tierna amiga, sí, le adopto, y desde este momento voi á ocuparme de su pronta ejecucion.» . . . .

Dejaremos ya de seguir mas á estos tiernos esposos en los pormenores de su vida doméstica: esta fue feliz, cuanto se puede esperar en este mundo. Al cabo de un año de matrimonio Eva dió á

luz una niña, y ella misma la puso el nombre de Elisa, añadiendo Teodoro el de Eva. Dos años despues fue este padre por la segunda vez de un varon, al que amó tanto como á la niña. Estos esposos se estimaron cada dia mas, y fijaron su residencia habitual en la aldea, lejos de aquel trato falso y superficial de las grandes capitales, donde es mas de temer la perversidad de los hombres.

Teodoro, poniendo su conato en mejorar sus fincas, y en hacer la felicidad de los habitantes que dependian de él, fomentando la industria, aliviando y consolando á los desgraciados con sus consejos y su bolsillo, no se creyó ser un individuo inútil á la so-

ciedad. Por otra parte, su esposa, siempre buena, siempre tierna, siempre afanosa por agradarle, cuidaba con el mayor esmero de la educacion de sus hijos, los veia crecer y adquirir diariamente nuevas gracias á sus ojos, con aquel entusiasmo y placer que solo es conocido de las madres.

El anciano Shechem los visitaba de cuando en cuando. Cada vez que iba á verlos, le suplicaban se retirase de los negocios; pero Bensadí tenia mucho apego á sus costumbres, y le costaba mucho mudar de vida. Sin embargo, su casa le parecia mui triste desde que no veia á su hija y á Teodoro en su compañía. Se encontraba allí mui solo: su edad á mas de

esto reclamaba aquellos cuidados que no son fáciles ni gratos sino á la piedad filial. Acabó, pues, por ceder á las instancias de su yerno; pero como no podia renunciar repentinamente al placer de hacer valer sus fondos, conservó un interes mayor en las operaciones mercantiles de algunos de sus socios, de quienes tenia mas seguridad y confianza. Arreglado este punto vendió su casa, y escribió á su hija que iba ya á vivir á su lado para siempre.

Teodoro y su esposa resolvieron celebrar esta reunion con una fiesta de familia, y Eva hizo todos los preparativos. Eduardo y su esposa, la otra hermana de Elisa y su marido, sin olvidar al

noble Hanson, que se habia casado hacia mui poco con una jóven hermosa, á la que habia hecho feliz, recibieron una invitacion circular, y llegaron casi á un mismo tiempo. El dia en que esperaban á Shechem determinaron salir á su encuentro: las cuatro mugeres subieron á un coche con los niños de Teodoro y de Eduardo, y los maridos á caballo las servian de escolta.

Apenas habian hecho dos leguas cuando divisaron la silla de posta de Bensadí, y se apresuraron á llegar á su encuentro: al momento fue rodeado y abrazado por ocho ó diez personas á un tiempo. Este sensible anciano derramaba lágrimas de ternura sin te-

ner fuerzas para hablar. Calmadas estas primeras emociones, colocaron en su carruage los dos niños de su hija, como él deseaba, y volvió á tomar toda esta comitiva el camino del palacio.

Apenas Shechem puso el pie en tierra, pasó por calles formadas de jóvenes de ambos sexos, que sabiendo habia salido su buen señor al encuentro de su padre político, se habian reunido en las avenidas del palacio, todos vestidos de sus mejores galas, para verle pasar y felicitarle de su llegada.

Comió tan numerosa y amable familia enmedio de vivas y bendiciones, confundiéndose sus gozosas lágrimas con la placentera ri-

sa y el delicado manjar. A la tarde propuso Eva dar un paseo al rededor del parque, y ella y Teodoro dieron el brazo al anciano Shechem que jamas se habia considerado mas feliz.

«Me parece que nos alejamos bastante del palacio, dijo á su hija: ¿te olvidas de que no tengo ya aquellos pies de quince años?

—Tened, padre mio, un poquito mas de valor, respondió Eva: vamos á descansar al momento.»

Un sendero sombreado de sauces y llorones, mezclados de arbustos odoríficos, los condujo á una casita rústica: era la habitacion del padre de Elisa, reconstruida por Teodoro á instancia de su esposa: al verla Hanson y sus

hermanas se admiraron y se enternecieron: el aspecto de los sitios donde habian pasado su infancia, les produjo recuerdos tan tiernos como amargos que les arrancó lágrimas de dolor.

A cada paso nuevos monumentos les recordaban un padre, una madre, una hermana, objetos tan queridos como infortunados: su ternura y reconocimiento por la que les procuraba estas dulces sorpresas, estaban pintados en sus miradas: su boca era muda, ¡pero qué elocuente su silencio!

Entraron en la casita: Eva habia sabido de su marido cuál era el órden interior del tiempo de los Hansones: todo estaba dispuesto de manera que no habia la me-

nor novedad, pues aun de los mas pequeños muebles nada faltaba: la pieza que servia de biblioteca estaba destinada para el mismo uso, y se hallaban en ella todos los libros que Teodoro habia visto en otros tiempos.

Lo mismo sucedia con el jardin y con el vergel ó huerto de los frutales: no habian hecho mas que hacerle mas grande: enmedio del nuevo plantío, que se componia de abetos, cedros del Líbano y otros árboles de larga vida, se elevaba una rotonda de una arquitectura elegante y sencilla, cuya cúpula ó media naranja reposaba sobre unas columnas de piedras de Portband, revestidas de estuco: sobre la puerta de entra-

da se leian estas palabras: *Templo de la virtud.* En lo interior habia muchos gabinetes de música y de lectura, decorados con el mayor gusto. La pieza principal formaba un salon circular con luces á los cuatro vientos: cada lienzo estaba adornado de pinturas alegóricas por diseños que habia formado Eva: pero lo que mas particularmente se observaba era un retrato en grande de Elisa, pintado por la misma mano de Eva, por la miniatura que llevaba constantemente suspendida de su cuello. Este retrato era tan parecido, que todos al verle se admiraban, y Teodoro al mostrarle decia á Shechem y á Hanson:

«A la mas generosa de las mu-

geres debo yo todo esto: su ingeniosa sensibilidad, lisongeando mis dolorosos recuerdos, les ha quitado lo que tenian de amargo: ella me ocupa siempre de otra, pero á ella es á quien encuentro por todas partes.

— Prima hermosa, decia Eduardo á Eva, mirando otro cuadro del lado opuesto, ¡me parece que os veo aquí en escena!

— Sí, en efecto yo soi: ese cuadro es de la invencion de Teodoro: vedle en la actitud de la desesperacion, levantando al cielo una mirada que invoca la muerte; y yo, rodeada de una nube trasparente, escoltada de mi Elisa y de mi hijo, bajo la forma de dos amorcillos, me ofrezco de lejos á

sus ojos, poniendo bajo mis pies al genio de la desgracia. ¡Ah! continuó ella con la mas viva emocion, ¡véate yo dichoso, mi querido Teodoro, y nada faltará á mi felicidad!»

Bensadí, colocado entre su hija y su yerno, contemplaba estos interesantes cuadros en un éstasis silencioso. Luego que Eva terminó la esplicacion de la alegoría ingeniosa de que ella era el objeto, le cogió la mano, la acercó á la que le ofrecia Teodoro, y cerrándolas ambas en las suyas, con los ojos elevados al cielo, esclamó con una voz apagada: «Son felices, y yo moriré contento.»

Mientras que todo el mundo estaba ocupado en examinar lo que

habia mas notable en las demas partes de la rotonda, se habia servido en el salon una comida elegante: sentáronse en amable desórden; mas sin embargo, todas las atenciones eran para el anciano Shechem que alternativamente apretaba la mano de Teodoro y la de su hija en las suyas, sin poderles espresar lo que sentia de otra manera que mirándolos cariñosamente con ojos llorosos que manifestaban su placer y su amor.

Queridos mios, dijo Teodoro en el momento de volver al palacio, habeis sido testigos de todo lo que ha hecho la mas amable de las mugeres para cambiar mi desesperacion en el sentimiento que me inspira tan inesperada felici-

dad. Consagremos entre nosotros la memoria de sus beneficios y de mi reconocimiento, reuniéndonos todos los años en este templo elevado á la virtud: aqui nos acordaremos de los funestos efectos del orgullo y de las pasiones odiosas, hasta de la de una temeraria venganza, cualquiera que sea la justicia. Este recuerdo nos enseñará á libertar á nuestros hijos y á todo el que apreciemos, de los males que tanto nos han hecho gemir y suspirar.»

Todo el mundo aplaudió esta idea, y se comprometieron solemnemente á reunirse todos los años en semejante dia. Estas fiestas de familia se celebran aun en los mismos términos que se estableció.

El buen Shechem, aunque mortificado por la vejez y las enfermedades, hace que le lleven al pabellon, y goza de la felicidad de su hija y de su yerno. El hijo de Teodoro, que tiene seis años, anuncia ya un gran fondo de inteligencia: la niña Elisa es el vivo retrato de su madre, y estos dos niños hacen las delicias de los dos esposos, que no pueden amarse mas, pero que estan bien seguros de amarse siempre lo mismo.

ÍNDICE

DE LAS HISTORIAS CONTENIDAS EN TODA ESTA OBRA.



Tomo I.

Tomo II.

Tomo III.

Tomo VII.

La bella Mantuana.
Emilia y Fabio.
Carmosina y Maximino.

Tomo VIII.

Los dos Crimenes.
Los Castillos en el aire, ò soñar despierto. (Novela.)

Tomo IX.

Varinka.
El Esclavo Moro.
Clotilde y Lirinio.

Tomos X, XI y XII.

El Judío bienhechor, ò Elisa y Teodoro.

LISTA

De los señores Suscritores á la obra titulada GALERÍA FÚNEBRE.

MADRID.

D. A. L.
D. Pedro Francisco Alvarez.
D. Evaristo Zorrilla.
D. Antonio Gonzalez Ribera.
D. Joaquin Cifuentes.
Escelentísima Señora Condesa Duquesa de Benavente.
Escelentísimo Señor Conde de Torrejon, Mayordomo mayor de S. M. la Reina.
D. José Foraster.

D. Juan José del Valle.
D. José Busembol.
D. José Diaz.
D. Francisco Rodriguez Lopez.
D. Pedro García.
D. Isidro Maria de Alvarez.
D. José Fernandez Trabancon.
D. Antonio Maria Tadey.
D. Pedro A. M. H.
D. Vicente Gutierrez.
D. Benito Valbueno.
D. José Maria de Castro, Coronel de Caballería y Contador general del Supremo Consejo de la Guerra.
D. Andres Iranzos.
D. Antonio José Pruna.
D. Eugenio Pulgar.
D. Ignacio Dameto.
D. José María Julia.

D. Ramon de Alecha.

D. Bartolomé Miralles.

D. Francisco Paula Horlando, Pagador general del Ejército.

D. Fernando Mendez Queipo de Llano.

D. Casimiro Montalban.

D. Joaquin Tablada.

D. José Rodriguez.

D. Ildefonso Vidal.

D. Narciso Adanero.

D. José del Portillo.

D. Gregorio Rújula.

D. Pedro Truega.

D. Gerónimo Fernandez.

D. Manuel Ponce de Leon.

D. Enrique Francisco Garcia Huerta.

D. Fernando Montoya.

D. Blas Marques.

D. Manuel del Rubio Iñiguez.

D. Joaquin Cagide y Taboada, Teniente del primer regimiento, tercer batallon de Provinciales de la Guardia Real de Infantería.

Doña Juana Irigoen.

Escelentísima Señora Condesa de Bedmar, Camarera mayor de la Reina N. S.

D. Antonio Rodriguez.

D. Juan José Hurtado.

D. Genaro Rubio.

D. José Carvajal.

D. Bartolomé Martinez.

D. Joaquin de la Torre.

D. Vicente Ramos Vazquez.

D. Manuel Rodriguez.

D. José María Acosta.

D. Domingo Aristizabal.

D. Francisco Mercedes Canencia, Secretario del Monte Pio de Corregidores.

D. Estévan Carralero.

D. Nicolas Montoro.

D. Diego Pelaez.

D. P. P.

D. Pedro Fontes.

D. Francisco de Paula Albert.

D. José Dominguez.

D. Juan José Oderiz, Dignidad de la Santa Iglesia Metropolitana de Santiago, del Consejo de S. M., del Supremo Tribunal de la Rota.

D. Vicente Martinez de la Riba.

D. Sebastian Figueroa.

D. Lucio del Valle.

D. Jaime Tro.

D. Antonio Gordo y Gasol.

D. Antonio Suarez.
D. Eusebio Dalp.
D. Manuel María Sacristan.
D. Joaquin Clavijo.
D. Antonio Armayor.
D. Joaquin Lopez.
D. Juan García.
D. Pascual de Irigoya.
D. Manuel María de Paz.
Escelentísimo Señor Don Manuel María Pusterla.
D. Francisco Pedro Bueno.
D. Tomas Soldevilla.
D. Nicolas de Gallard.
D. Ramon de la Rua.
D. Angel Mazon.
D. Benito Baquero.
D. J. J. L.
D. Santiago Lopez.
D. Mariano Boldme y Conde.

D. Francisco Diez Tellez.
D. Miguel Dorda.
D. Antouio María de Carranza.
D. José de Medina Jimenez.
D. Joaquin de Castro y Alarcon.
Sr. Conde de Cejalvo.
D. T. A. L.
D. Fernando Santos.
D. Juan Manuel Castrillon.
D. José Sainz de la Lastra.
D. Gonzalo Benito Milanés.
El Mariscal de Campo, Conde de Barot y Almudari.
D. Antonio Garfia.
D. Juan Pertinez.
D. Vicente Antonio Pentierra.
D. Leon de la Cámara.
D. Roque Ballabriga.
D. I. S.
D. Antonio Gayoso.

D. Alonso Rodriguez Araujo.
D. Tomas Mojados.
D. Manuel Correa, Comandante de Armada de la Alameda.
D. B. V.
Doña María de la Paz Cala y Gomez.
D. José Almarza.
D. Felipe de Novanes.
D. Andres Ruiz.
D. Cayetano Cornejo.
D. Antonio Rafael Altamirano.
D. José Vicente Baillo.
D. Fernando del Rio.
D. Francisco Holgeras García.
D. José Victoriano Montero.
D. Santiago Sanchez.
D. José Palacios.
D. José María Paton.
D. Ramon Ballabriga.

D. Cárlos Bruder.
D. Antonio Muñoz Hervás.
D. Alejandro del Valle.
D. Juan Manuel Gomez.
D. M. M.
El Licenciado Don Pedro Lujan.
D. Francisco Javier de Chaleco.
D. Mariano de la Quintana.
D. Gregorio Romero.
D. Juan de la Cruz Osés.
Escelentísimo Señor Duque de Hijar.
D. Francisco Flores.
D. Manuel Martinez Mazon.
D. Julian Serralta.
D. Francisco Carbonel.
Doña Manuela Trujillo de Galiano.
D. José Manuel de Mendivema.
D. Federico José Sanchez.
D. Nicolas Ortiaga.

D. Antonio Martin Roja.
D. Cayetano Fuentes.
D. Florencio Baraibar.
D. Pedro Nolasco Merendon.
D. Bartolomé Pinto.
D. Ramon Gutierrez y Ramos.
D. A. G.
D. Celedonio Revesado.
D. Bernardino Gallegos.
D. Felix Moreno.
D. Manuel Cean Bermudez, Administrador principal de Correos de Lugo.
D. Fulgencio Perez del Camino.
D. Antonio Lopez.
D. Antonio Giardoni.
D. Manuel Garges Bosuet.
D. Donato de Manterola.
D. Rafael Nuñez, Capitan retirado.

D. Antonio Muñoz García.
D. Pedro José Granero.
D. Joaquin Martin de la Cámara.
D. Francisco Sanchez.
D. Manuel Carro.
D. José Lopez de la Torre, Oficial 2.° de Correos de Córdoba.
D. Manuel Saen.
D. Ambrosio de Eguia, Corregidor de Illescas.
D. Francisco Javier Nuñez, Presbítero.
D. Francisco Herrero.
D. Gaspar de Aranda.
D. Clemente Riesgo, del comercio de libros de Santander.
D. José Sanz, del comercio de libros de Granada.
Escelentísima Señora Doña María de los Dolores de Cuadra.

Escmo. Sr. Duque de San Cárlos.
D. Angel Alonso.
D. Cárlos María de Llanos.
D. Francisco José Ruivoz.
D. Francisco Domingo Valiente.
D. José María Patero.
Doña María Hernandez y Sobrinos, del comercio de libros de Toledo.
D. Ignacio Acedillo.
D. José María Asensio y Ocon, Brigadier de los Reales Ejércitos.
D. José Gomez de la Cortina, Gentil-Hombre de Cámara de S. M.
D. José García de Angulo.
D. Pedro Bahamonde.
D. José María Gordo, Cajero de la Tesorería de Valores.
D. Ramon Casiano Fernandez.

Doña María Getrudis de Garayavieta.
D. Juan Piñeiro.
D. Juan Bautista Canapoz.
D. Isidro Diez Canseco, Cirujano de la villa de Ciervos.
D. Julian Burgos.
D. Martin Ortiz.
D. Ramon Gonzalez de Robles.
D, Andres Villa-Martin.
D. José Mendiez.
Doña Petra Lozano de Estarico.
D. Juan Miguel de San Vicente.
D. M. P. O.
D. J. H.
D. Eduardo Gutierrez.
D. Antonio Humaran.
D. Juan María Blanco de la Coja.
D. Andres Andrades y Giron, Coronel.

D. José Gomez y Ruiz.
D. Juan Antonio San Martin.
D. José Diez de Tejada.
D. Plácido María de Castaños.
D. Manuel Hermida.
El Capitan D. Joaquin Molina.
D. Antonio Cañes.
D. Santiago Contreras.
D. Vicente Rodriguez Blanco.
D. Felix Lopez, Empleado militar.
D. Tomás García Jurado.
D. Andrés Oregon.
Doña Antonia Martinez de Elhuyar.
D. Juan Ballesteros.
D. Juan Mier Castañon, Canónigo.
Doña Vicenta Gonzalez de la R.
D. Francisco de Paula Córdoba Ibarra.

D. Francisco Gutierrez del Ribero.
D. Fernando Ramirez.
D. José de Castro.
D. Antonio Aguilar.
Doña María Pinilla.
D. Juan Bautista de Diego.
D. Antonio Lopez.
D. Francisco José Ranero.
D. Angel Chamorro.
D. Manuel de la Mata García.
D. Ramon Fernandez.
D. Ramon de Arribas.
Doña Agueda Guzman.
D. Miguel de Espiga.
D. Basilio Gutierrez.
D. Nicolás Celada.
D. José Dusmet.
D. Pedro Estrada.
D. Rafael Justo.

D. Anselmo Sanchez Bueno.
D. Felipe Ortega Arnaez.
D. Angel María de Cabolugo.
D. Félix de Sebastian.
El Teniente Coronel D. Serafin de Aranda.
D. Inocencio de Angel.
D. Ramon Delgado.
Señora Marquesa de Quintanar.
D. Joaquin Pascual.
D. Antonio del Ara.
D. José de Pablo Blanco.
D. Leandro Bravo.
D. José Güell.
D. Antonio Ozores, Coronel Comandante de Provinciales de la Guardia Real.
D. Valentin La-Barca.
D. Francisco Blas Garoz y Zayas Yévenes.

D. Francisco Castañeda.

D. Isidro Pis, del comercio de libros de Plasencia.

D. Luis Ferrer y Bonis.

D. Manuel Macho de Quevedo.

D. Martin Fernandez.

D. José Nicolás de Sousa.

D. Francisco Ruiz.

D. Cárlos Mata.

D. Francisco Antonio Teullado, en Lucena.

D. D. D. J.

D. Antonio Posada.

D. Manuel Noves.

D. Felipe Guasp.

D. Francisco Oset.

Doña Josefa Puyol.

D. Bonifacio Lopez Mateos.

D. Luis María Castellano.

D. J. G. L.

D. Vicente Redondo.
D. Francisco del Real.
D. Felipe Santiago Jimenez, Cura de Santa Cruz.
D. Jacinto María Anglada.
D. Francisco Diez Razola.
D. Elías Perez.
D. Francisco Delgado y Ayala.
D. Julian Viana.
D. J. C. [illegible]
D. Francisco Diez Razola.
Fr. José Leon, Religioso Francisco.
Sr. D. Gaspar Remisa, Director General del Real Tesoro.
Sr. D. Antonio García Hernandez, Secretario de la Presidencia del Supremo Consejo de Hacienda.
D. Benito Llano, Cajero de la

Tesorería de Reales Loterías.

Doña Aquilina Ovalle.

D. Antonio Benet, Coronel de los Reales Ejércitos.

Escelentísimo Señor Conde Duchessi y Palli.

Sr. D. José Vazquez Ballesteros, del Consejo de S. M. en el Supremo de Hacienda.

Sr. D. Camilo Monteforte, Ayo de SS. AA. Hijos de los Serenísimos Señores Infantes D. Franciscò de Paula y Doña Luisa Carlota.

BARCELONA.

D. José Guaras de Villaba, Administrador de Corregidores del partido de Talarn y Vall de Aran.

D. Jorge Riera y Masblanch, Abogado de la villa de San Celoni.
D. Estanislao Sanchez y Puig.
Doña Carolina Compta y Ferrano.
D. Juan Coll.
D. José Fábregas.
D. José Valny, Procurador de la Real Audiencia.
D. Francisco Cardeñas.
D. José Joaquin de Mas.
D. Agustin Herrand.
D. Francisco Mones, Escribano del Castillo de Ampurias.
D. Nicolás Massanas.
D. José Valls, Presbítero de la Bisbal.
D. Joaquin de Ibero, Cansedico de la villa de Olot.
D. Francisco Gibert.

D. Ramon de Portell.

D. F. C. G.

D. Manuel Brieva, Comisario de Artillería.

D. Bruno Gimbernat.

D. Tomás Gaspar, Librero.

Dr. D. Francisco Escarra y Feliu.

D. Francisco Jorge.

D. Joaquin Abadal.

D. Antonio Alsima.

D. Benito Lafonte, Escribano.

D. Ramon Cuyas.

D. G. y P.

D. José Martin.

D. Francisco Soria.

D. Severo Soler.

D. Francisco de la Garza, Procurador Cansíndico de la Real Audiencia.

D. Vicente Arino.

Dr. D. Juan Bautista Zacarias Martinez.

R. P. Fr. Martin Gaspar, Religioso Servita.

Ilustrísimo S. C. F. T.

D. Francisco Roig.

D. Agustin Gali y Gali, Comerciante de Tarrasa.

D. José Valentin.

D. Andres Caponata.

D. José Enrich y Font.

D. Luciano Codina.

D. J. M.

D. Juan Gras de Levibe.

BILBAO.

D. José María Atristain.

D. Lorenzo Hernandorena.

D. Juan Antonio Orbegoso, de Murcia.

D. José Nicolás de Torres.

CADIZ.

Señores Hortal y Compañía, del comercio de libros, cuatro egemplares.

D. Nicolás Orvan Ramos.

D. Antonio Gonzalez Encina.

D. Lorenzo Malagamba.

D. Francisco Chiles.

D. Rafael Molina.

Doña María Luisa Sandoval de Sotomayor.

D. Fernando Gallego.

D. Francisco Marin.

D. Francisco Domet.

D. Ramon Martinez.

D. Jorge Laso de la Vega.
D. Pedro Soler.
D. José Ezquiaga.
D. Antonio Bonfante.
D. Rafael Fuente y Castellana.
D. José Gomez.
El Presbítero D. Domingo Jordan.
El Presbítero D. Pedro Camacho.
D. Antonio Ortega.
Doña Catalina Navarro.
D. José Morales.
D. Julian Altima.
D. Tomás Malhen.
D. José Vicente Duran.
D. Rafael de Echegaray.
Señora de Romero Campo.
D. Lorenzo Nicolás Medaro.
D. Francisco de Paula Miura.
D. Miguel Zumalacarregui.

D. Nicolás Fresno.

D. José Ramirez.

CORUÑA.

D. Vicente Princ.

D. José Ibañez.

Señor Marques de Almegras.

D. N. Bancta

D. Luis Grano.

D. Pascual Perez.

D. José Brandanio.

MALAGA.

D. Francisco Martinez Hurtado, vecino de Málaga.

D. José María Reyna, Brigadier de Artillería.

D. Manuel de Torres.

D. Juan Porta, del Comercio.

D. José García.

D. Guillermo Bitlivagren, del Comercio.

D. Guillermo Neumam, del Comercio.

D. José Mendoza, Médico.

M. R. P. F. José Alcaide.

D. Joaquin Bugella, vecino de Málaga.

El Señor Corregidor de Ronda.

D. Mariano del Rico, Médico en Lucena.

D. N., profesor de Farmacia en Alosama.

MURCIA.

D. José Cicilia, Abogado en Lorca.

D. Agustin Arenas.

D. Angel Ferro, del Comercio de Cartagena.

D. Andres Terren.

D. Blas Perez, Oficial de la Administracion de Rentas de la provincia.

D. José Maria Masegosa.

D. José Pigueras, Oficial de Rentas.

D. Miguel Martinez Iglesias.

D. Francisco de Paula Ruiz Mateos, de Lorca.

D. Juan Reso Valero, Escribano de Rentas.

D. Juan Sanchez de Velez Rubio.

D. José Santo Domingo, Escribano de Rentas.

D. Rosendo Clemente Zamorano.

D. Santiago Soto.
D. N. J. S.
D. José Gusis y Fernandez.
D. Ignacio Maya.
D. José Viudo.
D. Vicente Benedicto, del comercio de libros de Cartagena.

OVIEDO.

D. Nicolás García Longoria.
D. Joaquin García Jove.
D. Nicolás García Longoria.
D. Pedro Alvarez Moreno.

SANTIAGO.

D. Pedro Ramirez, de la Real Audiencia de Santiago.
D. Angel Martinez de la Riba.

D. Telesforo Jade.
D. Félix Martinez de la Riba.
D. Juan Nolasco Rodriguez.
D. Lorenzo Izquierdo.
D. Pascual Arza.
D. Francisco Camacho.
D. Matías Conde.
D. Vicente Diaz Tejeiro.
Los Señores Ribero y Torres, de Oporto.
D. José Valentin de Zufira, Oficial de la Secretaría de Rentas.

SEVILLA.

D. Alfonso Carrero, Contador de la Real Fábrica de Tabacos.
Doña Rita Fernandez Tello.
D. J. A.
D. Pablo Ibañez.

D. Joaquin de la Cabiada.
D. Miguel de Torres.
D. Rodrigo de Quirós.
D. Manuel Romero y Barberi.
D. Miguel Romero.
D. Juan Felipe Lopez.
D. Antonio Ruiz y Martos.
D. Francisco de Paula Arrafaso.
D. José María Santervas.
D. Manuel Lotario y Machado.
D. José Romero y Barberi.
D. Celestino Ortiz de Pinedo.
D. Francisco de Paula Ramos.
D. Rafael Carvajal.
D. Ventura Ruidorro.
D. Juan Bautista Barrero.
D. Celso Rubio.
D. Francisco Segura.
D. Hermenegildo Bermal.
D. Antonio Ruano.

D. Teodoro de la Cruz.
D. Joaquin Adrian.
D. Manuel de Sousa y Aguilar.
D. Antonio de Teria.
D. Joaquin María de los Santos Guzman.
D. Antonio Rosales.
Señor Marqués de Alverite.
D. Juan Muñoz.
D. José García Leconte.
D. Miguel Diaz y Sancha.
D. Manuel Lopez y Soto.
D. Santiago Martinez.
D. Joaquin Saenz.
Señor Vizconde de Benaojado.
D. Atanasio Aleson.
D. José Miguel Santa María.

VALENCIA.

D. N. Cañizares.
D. Francisco María Perez Laciarga.
D. Lorenzo Muriel.
D. Ramon Almida.
D. José Miguel Verges.
D. Damian Tirigall.
D. Manuel Lopez.
D. Teodoro Ibañez, Visitador de Fuentes.
D. Juan Sociats.
D. José Abad y Escudero.
D. Pedro Gallego.
D. Juan Sevilla.
D. Antonio Agustin.
D. Francisco Lozano Gonzalez.
D. Salvador Carrero.

D. Luis Soler.
D. Pedro García Agüero.

VALLADOLID.

D. Luis Lardizabal.
D. Cristóval Matallana.
D. José Soto.
D. Francisco Simon y Moreno.
D. Mariano Lino.
D. Manuel Alday.
D. Juan García Cabañas.
D. José Ignacio Orozco.
D. Antonio Zarandona.

ZARAGOZA.

D. Juan José Bautista.
Escmo. Sr. Marques de España.
D. José Pascual Palacios.

Escmo. Sr. Marques de Lazan.

Sr. Conde de Sobradiel.

M. I. Sr. D. Antonio Sainz de Zafra, Intendente de Aragon.

D. Juan de Vergara.

D. Mariano Bardagi.

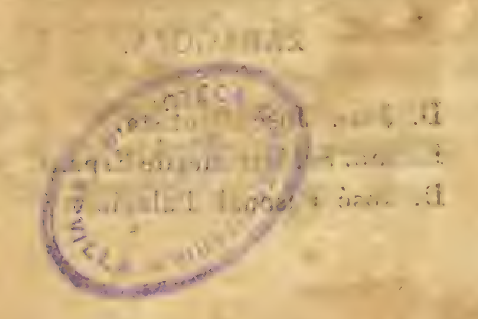
D. Félix Casanova.

D. Fernando Calvete.

D. Tomas Nolivos.

D. Felipe Lafita.

NOTA. *Se omiten los Suscritores de algunas provincias porque las listas no han llegado á tiempo.*










colorchecker CLASSIC
calibrite
mm